

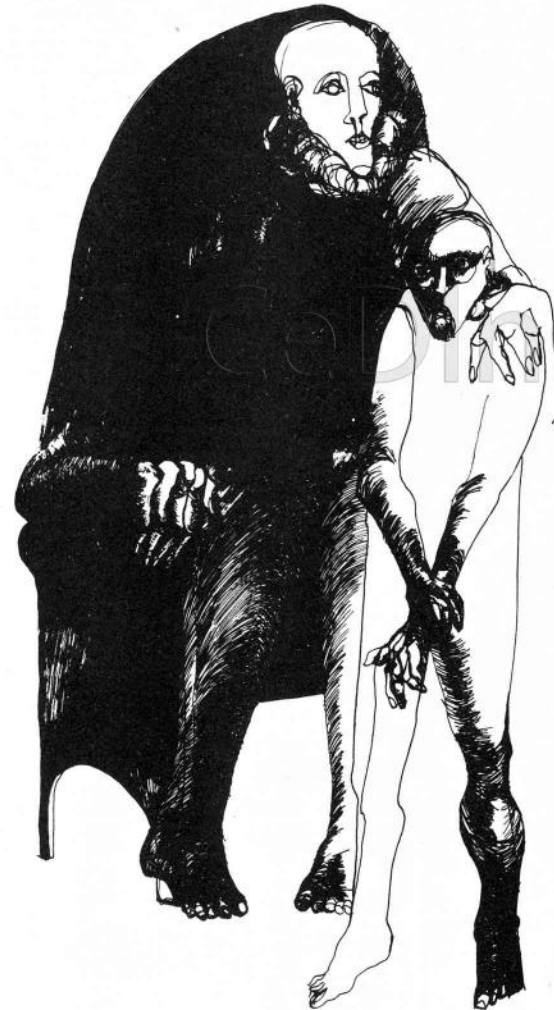
# Controversia

PARA EL EXAMEN DE LA REALIDAD ARGENTINA

SUPLEMENTO 1

ARGENTINA: LOS AÑOS DE LA CRISIS, 1930-1945

Portantiero, Aricó, Terán,  
De Ípola, Michellón, Gómez



*Bruschtein*  
*Bonaparte.*  
*Polémica:*  
*derechos humanos*

*Bernetti.*  
*Entrevista a*  
*Sandler*

*Nudelman.*  
*Bloques y*  
*estrategias*

*Del Barco.*  
*La crisis del*  
*marxismo*

*De Giovanni.*  
*Marx y la teoría*  
*del estado*

*A. Puiggrós.*  
*La universidad*  
*de 1973-1974*

*Bavio.*  
*La bolsa*

*Ulanovsky.*  
*La era Menotti*

*García Canclini.*  
*Los dibujos de*  
*N. Amoroso*

# Controversia

PARA EL EXAMEN DE LA REALIDAD ARGENTINA

Director: Jorge Tula.  
Editor responsable: Hugo Vargas C.  
Consejo de redacción: José Arió, Sergio Bufano, Rubén Sergio Caletti, Nicolás Casullo, Ricardo Nudelman, Juan Carlos Portantiero, Héctor Schmucler, Oscar Terán  
Diagramación: María Cristina Ocos y Hugo Vargas C.  
Dibujos: Nicolás Amoroso.

## Índice

POLEMICA Derechos humanos: sin abstracciones ni equidistancias, por Luis Bruschtein Bonaparte	2
ENTREVISTA Héctor Sandler: la larga marcha del aramulismo al peronismo, por Jorge Luis Bernetti	4
FOCOS Y VANGUARDIAS La revolución del voluntarismo por Rubén Sergio Caletti	7
La violencia en Argentina: 1969-1976, por Sergio Bufano	10
RESPUESTA A PARAMIO Y REVERTE Observaciones sobre la crisis del marxismo, por Oscar del Barco	12
Marx y la teoría del estado, por Biagio de Giovanni	13
BLOQUES Y ESTRATEGIAS Argentina en el conflicto de hegemonías, por Ricardo Nudelman	15
La universidad de 1973-1974, por Adriana Puiggrós	16
LA CUESTION GREMIAL EN LA ARGENTINA Sindicatos de liberación y liberación sin sindicatos, por Nicolás Casullo	20
La era Menotti, por Carlos Ulanovsky	24
FICCION La bolsa, por Ernesto A. Bavo	25
Los dibujos de Nicolás Amoroso, por Néstor García Cancinli	25
LIBROS, REVISTAS, INFORMACION BIBLIOGRAFICA Sin censura Información bibliográfica	26
COYUNTURA El documento de la CUTA Luchas y aumentos salariales Cámpora en México	27
SUPLENTO 1: ARGENTINA: LOS AÑOS DE LA CRISIS. 1930-1945	28
Introducción	I
Transformación social y crisis de la política, por Juan Carlos Portantiero	II
Los comunistas en los años treinta, por José Arió	V
Reportaje a Jorge Michellón	VIII
El nacionalismo sin nación, por Oscar Terán	XII
"Desde estos mismos balcones..." (Acercar del discurso de Perón del 17 de octubre de 1945), por Emilio de Ipola	XIV
La CGT y el 17 de octubre, por Federico T. Gómez	XVII

## Suscripción

Envío a ustedes la cantidad de importe de mi suscripción a Controversia por seis números - doce números, a partir del número .  
Pago mediante cheque bancario o giro postal a la orden de Hugo Vargas C.  
Suscripción México por seis-dos números \$ 200 o \$ 400  
Suscripción Europa por seis-dos números US\$ 20 o US\$ 40  
Suscripción Sudamérica por seis-dos números US\$ 16 o US\$ 32  
Suscripción América Central y Norteamérica US\$ 15 o US\$ 30  
Nombre  
Dirección

Dirigir toda la correspondencia a : Jorge Tula, Apdo. postal 20-619, México 20, D.F.

## POLEMICA

### Derechos humanos: sin abstracciones ni equidistancias

Luis Bruschtein Bonaparte

Lo irracional, lo afectivo, lo subjetivo

2 Antes de comenzar es necesario hacer un alto y reflexionar detenidamente para preguntarse si hay alguien capaz de abordar el tema de los derechos humanos —en este caso en Argentina 1976-1979— sin apasionamientos, en forma fría y sin subjetivismos.

4 Si hay alguien así, es preferible entonces que se dedique a estudiar el modo aséptico de producción o la reproducción de los pescados de colores, ya que los derechos humanos no son una abstracción filosófica ni una entelequia por encima de la lucha de clases o de los campos sociales enfrentados en la República Argentina. Por el contrario, forman parte de una problemática que se desarrolla de acuerdo con una realidad establecida de la que nosotros, los exiliados, los familiares de víctimas de la represión formamos parte de una manera clara. Somos los acusadores, testigos de la barbarie; somos los fiscales.

6 Como dijo Jean-Jacques Rousseau, los hombres nacerían libres, pero encadenados a miles de circunstancias, y los exiliados y familiares de víctimas de la represión no tienen ninguna necesidad de abstraerse de su condición para filosofar sobre este tema, porque todos ellos ya se han formado una opinión: no son equidistantes ni imparciales, ni moderados con respecto a este punto. Son personas lastimadas en lo más profundo de la condición humana. Son los que vieron al ejército llevándose vivos a sus familiares o amigos; son los que vieron a las fuerzas armadas destruir y robar sus viviendas en un espectáculo degradante y vergonzoso de pillaje; son los chantajeados por los militares, quienes a cambio de silencio y dinero prometieron falsamente la aparición con vida de los desaparecidos.

8 En Argentina, el veredicto de las masas, que es el de la historia, está resuelto, y las declaraciones críticas del gobierno empujadas últimamente por distintas fuerzas políticas, especiales de la del peronismo, no hacen más que recoger el sentimiento generalizado del pueblo argentino.

10 En el exterior es la opinión pública internacional la que debe juzgar al gobierno militar, para apoyar las

exigencias de las Madres de Plaza de Mayo. Somos los acusadores, el testimonio, la extensión necesaria del movimiento de defensa de los derechos humanos en el interior del país. Estar exiliado no significa estar en el Limbo. Hay un rol que debemos jugar con plenitud por el bien de nuestro país.

12 Para que quede más claro: cuando los argentinos abordamos el tema de los derechos humanos, no podemos hacerlo en forma equidistante e imparcial. Pretender lo contrario es no conocer la dinámica propia de este movimiento, hacer llamados a la "moderación" sin tomar en cuenta los factores afectivos y profundamente humanos que lo impulsan.

14 En este sentido, creo que es importante, para mejorar la lectura del movimiento por la defensa de los derechos humanos y de los grupos de familiares de víctimas de la represión, tanto en Argentina como en el exterior, señalar que en esta actividad solamente hay posiciones "correctas" o "incorrectas", de ninguna manera puede haber posiciones "moderadas".

16 Si se analiza como propuesta de acción a las reuniones de todos los jueves frente a la Casa de Gobierno, se trata sin lugar a dudas de una propuesta "extremista" que ninguna organización política se hubiera animado a formular por el riesgo y la tremenda responsabilidad que implicaba.

18 Sin embargo, todos los jueves, estas señoras acuden a su cita, y cada vez que las golpean, que las insultan, que las secuestran o las asesinan, paradójicamente su número aumenta. Quien conozca las actividades de estas increíbles mujeres podrá ver que para realizarlas se necesita, entre otras cosas, una absoluta falta de moderación, una consecuencia total y una intransigencia de acero. Estas son condiciones a las que difícilmente se llega en forma teórica, sino que se originan en la capacidad de afecto de las personas. De afecto y de odio.

20 Nadie puede decirles a estas mujeres (sin el riesgo de que se enojen) que deben ser moderadas y que en vez de ir a la Plaza de Mayo tienen que reunirse en un local cerrado; o que su consigna de que "aparezcan con vida los desaparecidos" la tendrían que haber cambiado por otra que no implicara la responsabilidad del gobierno militar sobre la vida de

estos secuestrados.

Los familiares "moderados" no participan de la movilización, ni en el exterior, ni en el país. Asumen como irreversible su situación particular y prefieren mitigar su dolor en el olvido. Los familiares de víctimas de la represión que participan en el movimiento de defensa de los derechos humanos socializan su problemática particular y asumen con valentía y generosidad una enfermedad que atañe a la sociedad en su conjunto. En cada movilización, en cada conferencia de prensa deben enfrentarse no solamente con la represión, sino también con sus fantasmas y sus recuerdos. Cada acto es un cuchillo que remueve el dolor y la angustia.

22 Sinceramente, creo que los argentinos no nos damos cuenta en toda su dimensión de la deuda de gratitud infinita que hemos contraído con las Madres de Plaza de Mayo por haber sido ellas los valerosos guardianes de los valores más caros de la condición humana. Por haber mantenido despierta la confianza en los hombres y en el futuro de nuestro país cuando el silencio y el error fueron los únicos reyes del período más oscuro de nuestra historia.

24 Es por esta razón, repito una vez más, que resulta absurdo que los argentinos pensemos a los derechos humanos por fuera de nuestra realidad. Es doloroso este tono y más aún cuando siguiendo esa línea de pensamiento se hacen afirmaciones despectivas hacia el movimiento de defensa de los derechos humanos en nuestro país, poniendo en duda las denuncias efectuadas. Nadie, solamente el gobierno, puede decir sin ruborizarse que estas denuncias son "infladas" o que existe la Liga de Familiares Víctimas de la Subversión.

26 Cuando el movimiento de familiares denuncia la existencia de entre 25 y 30 mil desaparecidos es porque realizó un estudio tan serio y puntilloso como su situación se lo permite.

28 La Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, el Movimiento Ecuinómico por los Derechos Humanos y las Ligas de Familiares deben circunscribir su denuncia ante las autoridades militares y a los casos en que fueron cubiertos todos los trámites legales. A causa del terror, por no tener asesoramiento legal y otras veces debido a que los secuestros fueron realizados sin que se enteren familiares o amigos, los casos en que efectuaron todos los trámites para la denuncia legal de rigor constituyen una ínfima minoría. Es por esta razón que las listas que los organismos presentan a la Junta Militar reúnen poco más de ocho mil casos.

30 A principios de 1978, el Departamento de Estado tenía una lista donde figuraban los nombres y apellidos, la fecha y las condiciones en que se efectuaron doce mil secuestros. Muchos de los casos que se estaban denunciando en ese momento no estaban contemplados en ella. Es muy difícil hacer coincidir las listas porque en la mayor cantidad de casos estas denuncias fueron efectuadas en la forma más diversa y dispersa en todo el mundo.

32 Cuando la Comisión Interamericana de Derechos Humanos llegó a la provincia de Tucumán, en septiembre de este año, existían solamente 90 denuncias de secuestrados. La CIDH estuvo nada más que un día en esa provincia y se llevó 400 denuncias, las que con toda seguridad tampoco constituyen el total. Es decir, que la relación entre casos denunciados cumpliendo todos los requisitos de la ley y aquellos que no fueron denunciados, más los que no efectuaron los trámites necesarios, es aproximadamente de 1 a 5. Esta

situación se reproduce en mayor o en menor medida en todas las provincias del país. Esta conclusión permite afirmar entonces que la cifra definitiva sobrepasará inclusive la de 25 o 30 mil secuestrados.

34 Esto es importante porque otra condición necesaria, pero no suficiente, para que no se repitan nunca más estas aberraciones en nuestro país, es el castigo ejemplar de los responsables. En este sentido, constituye un problema de fondo decir que la Junta deberá responder no solamente por un desaparecido sino por cada uno de ellos (lo cual es cualitativamente distinto, porque cada uno de ellos tiene vida y derechos) y por la herida profunda, moral y material, que infirieron a la sociedad argentina.



Derechos humanos: un problema de clase

36 Terminar con la violación de los derechos humanos en Argentina no es cuestión de buenas intenciones; hay que destruir a la burguesía oligárquica, porque el problema de la violación de estos derechos en Argentina no comienza el 24 de marzo de 1976, ni siquiera comienza durante el gobierno de Isabel Perón. Su origen se remonta a los orígenes mismos de nuestra patria, cuando se fue conformando de acuerdo con un modelo de desarrollo capitalista dependiente.

38 La violación de los derechos humanos formó parte desde un principio de los programas y del proyecto de país que impulsaron los grandes capitales nacionales aliados al imperialismo de turno.

40 Las campañas al desierto o las cárceles de indios que organizaron los Anchorena, Menéndez Behety y otras familias de la oligarquía tienen mucha similitud con la masacre y la hambruna desatada actualmente por Martínez de Hoz.

42 Hay que recordar también a la Semana Trágica, la represión de los obreros patagónicos, la Década Infame y la repetición de apellidos que como hoy es el de Martínez de Hoz ayer fueron los Lanusse y Krieger Vassena, entre otros. La intención de estas palabras no es discutir sobre la repetición o la innovación de los proyectos económicos de la burguesía oligárquica sino la de recordar que estos proyectos implicaron siempre la apropiación violenta de las riquezas del país y de los medios de producción por parte de una ínfima minoría, así como el control de los medios de comunicación, la cultura y los beneficios en general del esfuerzo y el progreso de la humanidad.

44 Por un problema de esencia de clase, la burguesía oligárquica y el imperialismo. que son los principa-

les enemigos de la clase obrera y el pueblo, deben apoyarse en la violación sistemática de los derechos humanos para gobernar, y eso es lo que hacen desde hace mucho tiempo.

46 Así se entiende la política del gobierno de Videla y las Fuerzas Armadas con relación a los derechos humanos. Es por esta razón que la Junta Militar está impedida de implementar, aunque sea mínimamente, una propuesta que implique la defensa aparente de estos principios. No es casual que nadie conozca a los integrantes de la Liga de Familiares de Víctimas de la Subversión. Tampoco es una casualidad que esta ligera fantasma se haga conocer colocando bombas, panfletos para provocar el pánico y la desconcentración de varios cientos de familiares de víctimas de la represión que se encontraban frente a la Casa de Gobierno. Si este organismo existiera realmente, su dinámica lo llevaría necesariamente a cuestionar aspectos esenciales del gobierno militar, en particular el argumento de la guerra sucia donde todo es válido.

48 Podemos definir a esta altura de la historia de nuestro país cuatro premisas básicas: a) que la violación a los derechos humanos surge de una organización social injusta y tiene su máximo exponente en la premienencia que ostenta en esa organización la burguesía oligárquica; b) que cualquier política que intente erradicar en forma definitiva esta problemática debe contemplar la construcción del poder económico, político y militar de la burguesía oligárquica; c) que esta política solamente puede ser implementada desde el campo del pueblo, y d) que el carácter obrero y popular es una condición necesaria pero no suficiente para el desarrollo de esta política de respeto intransigente de los derechos humanos.

50 Esta última hipótesis parecerá herética a más de uno, pero no es nada más que una lectura objetiva de la realidad, ya que a lo largo de los años surgieron desviaciones en el seno del campo del pueblo, como Severino di Giovanni y sus anarquistas expresados en el movimiento armado contra la represión y la tiranía. Obvian las palabras al respecto, porque la resistencia violenta no es propiedad de las organizaciones guerrilleras sino también del pueblo en su conjunto, como lo demuestran los miles de sabotajes a la producción y los atentados explosivos que en su gran mayoría responden a la espontaneidad de grupos de trabajadores que no integran ninguna organización armada.

52 Una cosa es criticar la práctica militar nacida de una visión distorsionada de la realidad y otra muy distinta es negarle al pueblo el derecho legítimo para defenderse de la agresión despiadada de que es objeto.

54 Finalmente, si tenemos claro que el enemigo es la burguesía oligárquica y el gobierno militar, es útil elevar la polémica a un nivel superior y recordar con honestidad y buena memoria que no existe fuerza política que no haya estado vinculada directamente a la práctica de la violencia política mal entendida. Sin ánimo de recordarlo para dividir, sino para superar, hay que hablar del asalto a los sindicatos y los fusilamientos de 1955-1956, con participación de comandos civiles, y apuntar los nombres de Felipe Vallese, Blajakis y Salazar así como los cientos de víctimas masacradas el 20 de junio de 1973 en Ezeiza y recordar a Atilio López, Rodolfo Ortega Peña, Carlos Mugica y Julio Troceni.

56 Ninguna de las fuerzas políticas que hoy enfrentan, cada una a su modo, a la dictadura, tiene derecho a arrogarse una autoridad moral que impida a otra de ellas, incluyendo a las organizaciones guerrilleras a participar activamente en la denuncia de la violación de los derechos humanos en Argentina. Es más, todas tienen la obligación moral de efectuar estas denuncias, cosa que lamentablemente muchas veces no ocurre como debería.

58 La revolución sandinista demostró la importancia que tuvo esta actitud durante la guerra contra la dictadura de Somoza. Si hubiera más espacio sería interesante narrar la forma en que los dirigentes sandinistas protegieron de la ira popular a jefes enemigos o la manera en que fueron duramente juzgados algunos combatientes sandinistas quienes enloquecieron al ver el terrible espectáculo de una familia asesinada y descuartizada, e intentaron hacer justicia con sus propias manos con enemigos prisioneros.

## El problema de la violencia

60 En Argentina se agotó definitivamente el modelo revolucionario expresado a partir del cobardazo por las organizaciones armadas u organizaciones político-militares. La subordinación de la política de masas y sus estructuras a la política militar o guerrillera y sus estructuras, determinó la absoluta imposibilidad para concretarse esa posición en la conducción de las masas populares. Este dilema todavía no pudo ser resuelto.

62 Un problema que se discute bastante poco, es que cuando las Fuerzas Armadas dieron el golpe en 1976 estaban demostrando por enésima vez en nuestra historia que la fuerza militar es la principal herramienta de poder de las clases dominantes en Argentina y que cualquier estrategia desde el campo del pueblo debe contemplar la necesidad de anular o derrotar ese factor de poder.

64 A su vez, el mismo día que los militares tomaron el gobierno dieron vigencia irrevocable a la Declaración de Ginebra de 1948 sobre los Derechos del Hombre, cuando establece el "legítimo derecho de los pueblos a levantarse en armas contra la opresión y la tiranía". Obvian las palabras al respecto, porque la resistencia violenta no es propiedad de las organizaciones guerrilleras sino también del pueblo en su conjunto, como lo demuestran los miles de sabotajes a la producción y los atentados explosivos que en su gran mayoría responden a la espontaneidad de grupos de trabajadores que no integran ninguna organización armada.

66 Una cosa es criticar la práctica militar nacida de una visión distorsionada de la realidad y otra muy distinta es negarle al pueblo el derecho legítimo para defenderse de la agresión despiadada de que es objeto.

68 Finalmente, si tenemos claro que el enemigo es la burguesía oligárquica y el gobierno militar, es útil elevar la polémica a un nivel superior y recordar con honestidad y buena memoria que no existe fuerza política que no haya estado vinculada directamente a la práctica de la violencia política mal entendida. Sin ánimo de recordarlo para dividir, sino para superar, hay que hablar del asalto a los sindicatos y los fusilamientos de 1955-1956, con participación de comandos civiles, y apuntar los nombres de Felipe Vallese, Blajakis y Salazar así como los cientos de víctimas masacradas el 20 de junio de 1973 en Ezeiza y recordar a Atilio López, Rodolfo Ortega Peña, Carlos Mugica y Julio Troceni.

## ENTREVISTA

# Héctor Sandler: La larga marcha del aramburismo al peronismo

Jorge Luis Burnett

Millones de Argentinos conocieron a Héctor Sandler aquel día lluvioso y tenso del invierno de 1970, cuando el cadáver de Pedro Eugenio Aramburu descendía a su tumba en el cementerio de La Recoleta. Frente a las cámaras de la televisión en cadena nacional, Sandler interpeló al entonces presidente Roberto Marcelo Levingston (segundo de la dictadura autonombra "revolución argentina") y al comandante en jefe del Ejército, el teniente general Alejandro Agustín Lanusse. Les reclamaba por una muerte que, tanto el gorilaje cuanto los liberales moderados como él, imputaban a los ímpetus corporativistas del derrocado gobierno de Juan Carlos Onganía. Se sabía ya entonces que no era así, que la muerte de Aramburu por los Montoneros de Fernando Abal Medina había sido la respuesta de los fusilamientos ímpios de José León Suárez 14 años atrás. Pero de aquel invierno porteño de 1970 a este otoño mexicano de 1979, mucha agua ha corrido bajo los puentes y dilatada ha sido la jornada de Sandler. Una parábola larga desde aquel inicio de la década, pero que ya tenía dibujada cierta impronta. Aquellas conversaciones privadas con Aramburu, mencionadas en este texto, aquella desilusión de ambos por sus amigos golpistas de 1966, diseñaban otro Aramburu y, por tanto, otro Sandler. Un famoso adversario de PEA en los años de la Libertadora, Marcelo Sánchez Sorondo, escribió en el prólogo de su libro Libertades Prestadas (recopilación de los editoriales del semanario Azul y Blanco, donde se justificaba duramente a Aramburu), que la muerte del ex presidente militar había interrumpido el diseño de un nuevo personaje. ¿Habría sido así, como lo escribió Sánchez Sorondo, como lo cree Sandler, precisamente el hombre que reconoció a PEA y MSS? Es materia opinable. Pero, ¿por qué hablar tanto de Aramburu? Porque era el mejor amigo de Sandler. Y porque Sandler está marcado por esa amistad, política y personal. Y hay que destacar ahora, en este alto del camino que es el exilio. Exilio donde Sandler se define, aquí en Controversia, como peronista. Largo ha sido la marcha de este hombre nacido en Buenos Aires en 1929 y cuyo estilo de vida es riosamente porteño. Egresado de la escuela industrial "Otto Krause", Sandler ingresó en la Escuela de Aviación Militar. Fue capitán de la Fuerza Aérea y luego se dio de baja en la institución armada. Estudió derecho y se graduó como abogado en 1966. Inició entonces una carrera docente universitaria que principió en la Universidad de Córdoba en 1957 y siguió en las universidades Joaquín V. González, del Salvador y de Buenos Aires en 1973. En México, hoy continúa desempeñándose como profesor titular en la UNAM, impartiendo Derecho Privado y Filosofía del Derecho.

En 1962, Sandler ingresó formalmente en la actividad política. Participó en la formación de la Unión del Pueblo Argentino (UDEPA), el partido que iba a propular "el De Gaulle argentino" a la presidencia. (Como se sabe, en los comicios del 7 de julio de 1963, Aramburu finalizó delrds de Illia y Alende). Sandler, en aquellas elecciones donde fue otra vez proscripto el peronismo, resultó electo diputado nacional por Córdoba para el período 1963-1967. El 66 lo expulsó de la Cámara. Desde 1970 fue de los liberales que giraron hacia posiciones de diálogo con el peronismo. UDELPA entró, por ello, en crisis. Sandler se manifestó en aquellos años como un abogado empeñado en la defensa de presos políticos secuestrados y torturados. Participante del FRECILINA, fue de los dirigentes políticos (él, que había sido secretario general de UDELPA de 1965 a 1970, junto a PEA), concurrentes a recibir a Perón en otro día lluvioso y tenso, pero además jubiloso para millones de argentinos: el 17 de noviembre de 1972.

Firmó junto al Partido Intransigente, el Partido Revolucionario Cristiano y el Partido Comunista, la Alianza Popular Revolucionaria (APR), por los comicios de marzo de 1973. Fue electo diputado nacional por la Capital Federal y, como en la Cámara anterior, fue integrante de la Comisión de Presupuesto y Hacienda. Amenazado públicamente por la Triple A de López Rega, debió abandonar el país en el gobierno de Isabel Perón. Volvió a la Argentina en septiembre de 1975 para salir, otra vez perseguido, luego de marzo de 1976. Su nombre figura entre los 37 ciudadanos privados de sus derechos políticos por un bando de la Junta, como Esteban Righi, Rodolfo Puiggrós, Ricardo Obregón Cano y Mario Kestelboim, entre los que residen en México, o Isabel Martínez de Perón, Lorenzo Miguel, Héctor Cámpora, Juan Manuel Abal Medina o Eduardo Duhalde, entre los que guardan prisión, están reclusos en embajadas o residen en otras latitudes del destierro.

A continuación una síntesis del diálogo con Sandler, que despertará sin duda ánimos de réplica. Pues de eso se trata. De que, como diría el propio Sandler, en la necrofílica sociedad argentina florezcan las cien flores del bien, entre las cuales está la de la palabra.

J. L. B.

P.: Exiliado, proscripto y sin integrar formalmente una fuerza política, ¿te consideras un político con perspectiva y porvenir en Argentina?

Héctor Sandler: Sí. Me siento con mucha perspectiva. Las cosas se han cruzado de tal manera en mi vida que, en ciertas circunstancias, creo que puedo ser efectivo en el país. Eso en niveles objetivos. En cuanto a los subjetivos, la voluntad de poder confieso que está hoy más amainada, lo que solaza. Tengo una voluntad de poder inferior a 10 años atrás. Abrigo la convicción profunda de que la voluntad de poder ha emponzoñado, tal como se la vivió en los últimos tiempos, la vida política del país. Todo político tiene que tenerla, pero la política nuestra ha estado dominada por la pura voluntad de poder. Y ha sido uno de los componentes de la crisis.

P.: Esta caracterización incluiría...

H.S.: A políticos, sindicalistas, guerrilleros, militares. A estos últimos hay que incluirlos también porque —más allá de los intereses que se dice dictan la política de las FFAA— existe un desarrollo autónomo de la voluntad de poder que es lo que define y decide a las FFAA a dar el golpe. Y en muchas organizaciones armadas he visto desarrollarse una perspectiva similar.

P.: ¿Y cuáles son las causas de esta exacerbación de la voluntad de poder?

H.S.: Es muy complejo. No voy a decir nada nuevo al afirmar que no tiene una sola determinación, sino múltiples. Pero la más importante es el desequilibrio económico y social que desencadena este fantástico desborde. Los hombres comienzan a pensar que no existe ninguna solución que no pase por el poder; por tener y ejercer el poder que radicaría en poder matar a otros.

P.: Es decir, un ejercicio del poder contrapuesto a la democracia...

H.S.: Más que a la democracia. Porque también los demócratas han pasado por este tipo de envilecimiento. Lo que pasa es que el demócrata dice: "yo este poder lo quiero legítimamente con gente que lo respalde", y el autoritario —de derecha o izquierda— te habla de los cañones que tiene. Pero en el demócrata también está presente esta orientación, que toda solución política pasa por el puro ejercicio de la voluntad de poder. ¿Qué pasaría si en la República Argentina se produjera una desinflación de la situación, una especie de ghandismo, de posición casi indostónica (donde el poder es casi una especie de pecado)? Es evidente que la desinflaría el proceso, se posibilitaría en mucho mayor grado una solución. Por eso, tengo una honda desconfianza en el poder para lograr solucionar los problemas políticos y sociales del país y la misma desconfianza en los que siguen sosteniendo esa vocación unilateral por el poder.

P.: ¿Cómo te identificarías políticamente en la Argentina?

H.S.: En el sentido más lato —y a fuer de ser sincero, no sé si esto me trae votos o me los quita— yo me sentiría muy bien con el peronismo. Absolutamente bien. Lo digo con toda sinceridad. Me siento cómodo porque en el peronismo está

toda la gente que necesita que se transforme el país: los trabajadores. También están muchos chicos que piensan a veces muy mal, pero que son como la salsa al guiso. Quizá mi actitud sea difícil de entender porque vengo exactamente del otro lado. Es el fruto de la experiencia adquirida en estos años.

P.: Este es un proceso verificado luego del golpe, en el exilio...

H.S.: Te diría que es un proceso de experiencia y meditación que, para mí en cuanto revisión de la política argentina, comienza mucho atrás. Yo lo situaría en propia vida de Pedro Eugenio Aramburu. Con él, en los últimos años de su vida, conversamos mucho de estos temas. Después de muerto Aramburu, yo realice diversas actividades políticas que me acercan al peronismo. Inclusive en el '73, cuando ya estaba fundada la Alianza Popular Revolucionaria (APR), Cámpora —con quien sostuve una excelente relación política y personal— me llegó a insinuar la posibilidad de mi ingreso al Frente Justicialista. En ese momento me detuvo sólo un elemento de pundonor. Veía entonces que en el peronismo y en el FREJULI podía ser de mayor eficacia. Y además, allí —que duda cabe— vencia. Pero necesitaba ganar algo, demostrar algo positivamente, solo. Algo así como legitimar democráticamente mi propio tránsito. Quedaba así aventada la perspectiva del oportunismo.

P.: Esta evolución, este largo curso que testimonias aquí, plantea un corte político en tu historia. Hasta 1970 estás integrando los flujos del liberalismo. A partir de entonces se podría hablar de la segunda etapa: el joven Sandler y el viejo Sandler. Pero llegando al peronismo conservas, como todo humano y todo político, marcas de nacimiento. ¿Sandler sigue siendo un liberal?

H.S.: La palabra liberal tiene muchas connotaciones. Es muy complejo que pueda definirse con relación a ella porque no me gustan las etiquetas. Pero diré que en mi cuadro de valores no figura —de manera exclusiva la libertad. La libertad no está sola; pero no falta la libertad. Pero simultáneamente quiero que se dé la justicia, la paz, la seguridad. ¿Cómo se concilia eso? Ah, bueno, eso es lo difícil, pero eso es lo que pienso. Se podría llegar a decir de mí que soy un liberal-nacional o un nacional-liberal. No acepto los emplazamientos provenientes de corrientes que se quedan encajonadas en el *status quo*. El proyecto que a mí me interesa es el de tratar de armar una propuesta que contenga valores que parecen incompatibles en la realidad argentina: libertad, justicia, democracia, estabilidad monetaria, recompensa plena del trabajo.

P.: En este proyecto, ¿qué fuerzas sociales y políticas se podrían congregar?

H.S.: Con un trabajo político previo, un proyecto como el que yo quiero tiene que poder satisfacer las necesidades y los requerimientos de los trabajadores urbanos y rurales, de las llamadas capas medias y de otros sectores. El límite estaría dado por los sectores del privilegio. A mí no me satisfacen las teorías clasistas donde se determina a priori qué sectores sociales pueden entrar en una perspectiva como ésta. Y de las fuerzas políticamente organizadas creo que, básicamente, el peronismo. Fuera del peronismo, honestamente, tengo muchas dudas. Las fuerzas de izquierda clásicas, por ejemplo, están dominadas por un pensamiento literario, no útil, no pragmático.

P.: ¿Y quién constituye esa izquierda clásica?

H.S.: Me refiero, básicamente, al Partido Comunista y también a gente desgajada del PC, pero que tiene la misma formación. En esta última variante incluyo tanto a grupos armados como no armados. Por eso, insisto, creo que el eje fundamental del proceso pasa por el peronismo.

P.: Para aclarar el cuadro, ¿qué rol jugaría entonces el radicalismo?

H.S.: El radicalismo es una fuerza poco permeable a la influencia de su propia base social. Es un partido próximo a cumplir cien años de vida, donde prima lo político por sobre otras determinaciones. La fuerza de los hechos y la aparición del peronismo la han convertido, por suerte, en un partido conservador encargado de pre-

servar un orden que otras fuerzas están dispuestas a corregir. La Unión Cívica Radical es una fuerza disciplinada que está sociológicamente consolidada en los sectores conservadores del país, dicho esto en el sentido más bueno de la palabra. En todo sistema político tiene que haber freno y acelerador. ¿Quién el progresivo? El peronismo.

P.: ¿Cómo ves la unificación del socialismo?

H.S.: Es un hecho importante. En la Argentina hay un lugar para un socialismo, mejor dicho, para varios. Es bueno que este socialismo, que ha luchado por tantas cosas nobles finalmente impuestas en la Argentina, pueda jugar un papel. Su unidad constituye un elemento de orden. El socialismo debe recuperar un lugar propio, después de haber sido tironeado por el peronismo, el radicalismo, las fuerzas revolucionarias y los propios militares.

P.: Existe una omisión en el análisis de las fuerzas políticas que no parece casual: el Partido Intransigente

H.S.: Creo que está buscando un rol. Porque la historia del PI es la constante búsqueda de un rol. Es un desgajamiento del Partido Radical. Los intransigentes dicen que son ellos los que se mantienen en la buena y los radicales en la mala. Yo opino justamente lo contrario. Creo que el balbismo encarna al radicalismo. Más bien, opino que las fuerzas que se han abierto son aquellas que se desvían en búsqueda de nuevos horizontes.

P.: Pero Alende estaría mucho más cerca de tu posición que Balbin...

H.S.: Yo creo que, objetivamente, Alende tiene grandes dudas. No sé cuál sería su relación con el peronismo. Es decir, el PI piensa en muchos aspectos sobre el peronismo como yo. Pero su punto de vista tiene una prosapia frondicista: el peronismo tendría todos los elementos, todos los ingredientes, menos el de dirección, la ideología, la materia gris, el coraje, la valentía. Esa no es mi manera de pensar, pero creo que se puede pensar de esa manera.

P.: Parece obvio preguntarlo, pero la perspectiva de reconstrucción de la APR, o algo parecido, no te parece una vía de solución política para el país...

H.S.: No. No puede ser una solución, como no podía serlo en 1973. Dije antes cuáles eran las razones y por no integrarme al FREJULI, Oscar Alende y Horacio Sueldo también pensaban que no podían entrar al Frente. Pero eso era, quizá, lo único que teníamos en común.

P.: Pero hubo un programa de la APR...

H.S.: Vamos a explicar esto. Yo me vi ubicado en 1973 en una coyuntura en la que por pundonor pequeño burgués no podía participar del FREJULI. Pero no quería cancelar mi actividad política, la posibilidad de estar en la Cámara para desarrollar una acción crítica que, en definitiva, es la que me trajo al exilio. En la APR se planteó la necesidad de un programa, y allí me di cuenta, en su confección, que no era una alternativa para el país. El programa se forjó; no creo que fuera malo, pero, te advierto, no era mi programa. Inclusive yo saqué documentos por separado para justificar mi posición. Pero los puntos planteados por la APR en materia económica y, particularmente, por el PI me parecieron bastante malos. Me siguen pareciendo malos hoy. Buscamos puntos en común durante un mes y fueron bastante laxos. Yo dije entonces: "mejor dejemos el programa como está para poder ir a elecciones".

P.: Hoy, el antiguo candidato de la APR plantea la formación de un Movimiento Nacional.

H.S.: El movimiento nacional, sociológicamente, ya existe. Mi decisión política está tomada en relación a él. Por eso, mi definición respecto del peronismo.

P.: ¿Cómo se pueden reordenar las fuerzas de la política argentina? Desde el 69 en adelante, se han planteado diversas convergencias (La Hora del Pueblo, el FRECILINA, la Asamblea del Niño, el FREJULI, la propia APR), que no habían

sido comunes en la historia reciente del país. Esto continúa después del golpe a través de los declaraciones multipartidarias...

H.S.: Es muy positivo, pero como un tramo del proceso, porque no queda consolidado en el acto de firmar un pacto. Los acuerdos generados después del 70 significaron un compromiso de la civilidad consiguiente. Han cargado a la conciencia política argentina con deberes que diez o quince años atrás no tenía. Es decir, con la premisa de que del proceso democrático deben participar todos para que la justa tenga sentido y obtenga estabilidad lo que se establezca. Sin embargo, hay algunos síntomas inquietantes. El pensamiento más conservador del país piensa que se perdieron 500 mil personas en una operación de poda y que se puede reanudar la vida política del país sin ellos. Pero esta década de acuerdo civil ha engendrado un fervor cívico tal que no creo posible ninguna salida si no están integrados todos los sectores, incluidos los de las organizaciones armadas. Aquí no queda falta nadie. El hecho de la derrota no es un argumento político como para que te digan: quédes fuera para siempre. Uno de los problemas que ha corrido el clima político del país es que los problemas se arreglan mejor rompiendo las cabezas que contándose. Este es un problema de todos los sectores del país, de todos los estratos. Los caminos de la violencia no han llevado en Argentina a una sociedad necrofílica en todos los aspectos. El proceso de la violencia ha fracasado. Políticamente, ha liquidado no a la



subversión sino al ejército. ¿Cómo se puede hacer un encuentro con gente que tiene las manos como Al Capone? ¿Qué tiembla por un Nüremberg? Y una cosa es clara: tiene que haber un Nüremberg. Si se publica esto, alguna gente va a decir: "Este tipo es un estúpido, porque está avisando la perdiz. Porque si hay la intención de armar un Nüremberg, nunca se van a convocar comicios." Digo frente a esto que las elecciones eventuales van a depender de unas palabras, sobre un piso muy débil se van a realizar. ¿Qué es el Nüremberg para mí? Darse cuenta, como se dio cuenta la sociedad alemana, que con el asesinato no se puede convivir. No se puede ser un general argentino, honrado y defensor de la patria y, al mismo tiempo, un asesino. Tiene que haber un acto de contrición. En los ejércitos dignos a los generales que roban se los degrada, como ocurrió con el negociado de las tierras del Palomar en la década del 40. Un ejército que asesina a sus compatriotas no es digno. El ejército argentino tiene que lavar su propia ropa. ¿Quién va a lograr que se produzca esto? Ah, bueno. Esto lo tiene que pedir todo el mundo: los políticos y el pueblo. Me pueden decir que la realidad nacional no puede ser enfrentada sin fobias ni miedos. Entonces será que la solución argentina está más lejos de lo que la gente piensa. Hay que convencerse que se trate de los Montoneros, de Héctor Sandler o del general Videla, somos todos productos nacionales. Los que acabo de mencionar son tan venáculas como el Martín Fierro. Si estos personajes se convencen de que matar no es un mecanismo

libros·discos·café·galería  
**galería**

miguel angel de quevedo 128/130 tels. 548 19 90 / 550 18 84

político, que la tortura es una desgracia, un cáncer, entonces la Argentina tiene una salida. Cuando los militares hablan de acuerdo cívico-militar, quieren tapar el problema de la masacre. Y eso no se puede hacer. La solución argentina depende, especialmente, de la puesta en claro de esta verdad. De la necesidad no se va a salir convirtiendo los campos de concentración en parques. Hay que lograr la comiseración de todos los argentinos; sean 6 mil o 30 mil los desparecidos. No importa el número. ¿Qué acuerdo político se puede hacer si no se puede darle una explicación al padre o a la madre que le falta el hijo? El único que le puede decir: "métele para adelante, aunque mi hijo haya muerto", es el propio interesado. Es que tiene que haber una cosa muy grande en el país. Ese padre tiene que ver que el propio asesino de su hijo está en la misma posición respecto a solucionar el drama. Y hablo con este criterio, porque a mi me mataron a mi mejor amigo, que era Aramburu. Y mirá lo que son las vueltas de la vida: me lo vinieron a matar los Montoneros, que hoy son perseguidos por la dictadura.

P.: Volvió a aparecer Aramburu y, por cierto, esto no es una casualidad. ¿Cómo vivió el Aramburu de los últimos años de su vida? ¿Quién pensaba que lo había secuestrado aquel 29 de mayo de 1970? ¿Qué pensás hoy del hecho?

H.S.: Para esa época, aunque pareciera un exabrupto lo que voy a decir, habíamos celebrado un pacto político con Aramburu. Ubicándonos en el clima político de 1966, hay que anotar que el golpe de Onganía fue un impacto severo para Aramburu. Él se quedó solo porque compró que mucha gente a la que él tenía fe, no podía ser depositaria de su confianza política. Se habían ido con los golpistas. Muchos de los que decían ser liberales y demócratas, no eran ni una cosa ni la otra. Y yo me quedé solo con él.

P.: ¿Quiénes fueron aquellos que defecionaron?

H.S.: No, nombres no, porque no ayuda a la solución. En junio de 1966 nace mi verdadera amistad con Aramburu, porque nos sentimos como dos hermanos a la intemperie. Allí nació una a-

mistad muy íntima. Él decía: "Estamos de malas en este país y puede pasar cualquier cosa". Cuando lo mataron a Vandor, Aramburu estaba azorado. Me dijo entonces: "Vea, Sandler, el país está en situación de vivir cosas tremendas. Y no sé si veremos el final de esto." Y me dijo entonces una cosa que hoy está muy de moda: "Solamente viviendo y aplicando los principios de los derechos humanos en su plenitud jurídica, social y económica podremos salir de esta crisis que puede llegar a ser espantosa."

P.: A la luz de estas reflexiones, ¿qué pensaba Aramburu de los fusilamientos de José León Suárez?

H.S.: Con el empeinamiento de un caudillo, de un jefe militar, siempre repetió: "Yo soy el único responsable". Yo sabía que aquello se había hecho con la participación de mucha gente que no quiso dar la cara o asumir sus responsabilidades. Nunca le pude sacar una palabra más sobre ese tema. Pero el sentido profundo que tenían aquellas conversaciones que tuvimos era que el 9 de junio no debía haber pasado y que, sin duda, no debía suceder nunca más en el país. En aquella época es que Aramburu formula declaraciones públicas donde señaló: tiene que haber elecciones con el peronismo y si gana se tiene que reconocer su victoria. También entonces, en el semanario *Esquía*, se publicaron sus opiniones sobre la guerra de Vietnam. Allí afirmó que "los EEUU no tienen nada que hacer en Vietnam. Los vietnamitas tienen razón y por eso van a ganar la guerra". Aramburu estaba convencido de que había que hacer una reforma agraria en la República Argentina. Esto fue conversado hasta el cansancio entre nosotros. Todo esto te lo digo para contestar cómo me sorprendió el 29 de mayo de 1970. Para mí entonces fue la derecha la que lo mandó matar. Y, hoy, más allá de los agentes específicos de su asesinato, sigo pensando lo mismo.

P.: ¿Cómo pensás que va a afectar a la Argentina el programa de Martínez de Hoz?

H.S.: Creo que hay mucho menos planificado en los resultados de Martínez de Hoz que lo que se supone. El orden económico en la Argentina de los últimos años es una especie de potro ingo-

bernable con estas dos opciones. La tendencia dominante en la economía argentina es una concentración de los poderes. De Alsogaray, pasando por Gelbard, a Martínez de Hoz sucede este proceso. Unos concentran para recaudar más impuestos; otros para poder vender mejor el país a la banca internacional. Y al mismo tiempo existe una situación gelatinosa entre los detentadores de ese poder económico. Un tipo fabricaba naranjas anteaer; ayer heladeras y hoy te dice que la cosa está en las financieras. ¿Qué clase de burgués es éste? No hay una versatilidad del inversor sino una tendencia al sálvese quien pueda. Las estructuras económicas después de Martínez de Hoz van a estar cambiadas; lo que no va a cambiar es este orden económico movido e inestable.

P.: ¿Cómo queda el empresariado nacional luego de esta experiencia?

H.S.: Lógicamente, más derruido que antes, aunque nunca fue muy sólido. Deben existir menos empresas que antes porque fabricar con 200% de inflación es absurdo. Lo que conviene es escaparse hacia la especulación, salvo aquellos que son proveedores del estado o monopolistas en un sector muy privilegiado. Creo que hay que reconstruir las centrales empresarias, pero al efecto de encontrar alguien con quien dialogar. Pero hay que escucharlas de un modo distinto. No se puede dar a una central empresaria el control de la economía, que fue lo que pasó con la CGE. Hay que fijar reglas de juego claras para que los sectores empresarios las puedan cumplir y no pretender más. Es cierto que la CGE cumplió un rol progresivo, pero cumplió ese rol o debió hacerlo con exclusividad, porque los sectores políticos carecían de las posiciones progresivas. No quiero ofender a nadie, pero he sido participante de los Acuerdos de Coincidencias entre políticos, empresarios y sindicalistas en los días del '73. Y las medidas económicas fueron profundas y apoyadas por los hombres de la CGE. Esto sí que se llama vacío de poder, porque, ¿dónde se ha visto que haya dirigentes políticos que no entiendan de economía? Los líderes políticos argentinos no saben qué hacer con el espacio de la República, no saben qué hacer con ese tema. Por ello, no creen que exista un problema de la tierra, ni qué el problema de la tierra tenga que ver con la inflación, ni con el de los alquileres urbanos. Saben que existe un brutalísimo problema con la oligarquía pampeña, pero eso lo dijeron los del Grito de Alcorita y el colorado Ramos. Y pará de contar. Puede estar lo que Flichman ha escrito sobre el problema de la renta agraria, pero ése no es un político. Y para organizar la economía hay que saber cómo se organiza la tierra. Y el que no sabe de eso, se tiene que callar en economía. Y también en política.

P.: Apelando a tu formación liberal y jurídica, ¿qué importancia le das al problema de la Constitución en la perspectiva de reinstauración de un orden democrático? ¿Tiene una significación formal o sustantiva?

H.S.: Hay que distinguir entre la Constitución formal y la real. La pregunta sería: ¿cuánto tiene que ver en la salud del país la salud de la Constitución en sentido formal? Tiene bastante que ver. Es un punto de referencia para la actuación de los poderes públicos. Los países se pueden organizar sin ella, pero en una época técnica como la nuestra, ni al nivel de la organización jurídica se puede prescindir de ella.

Digo que la Constitución del '53 es realmente una pieza modelo; ni siquiera la Constitución norteamericana se le acerca. Pero, por cierto, hay una dicotomía entre la realidad actual y la Constitución del '53. No hay que setear la Constitución para adaptarla a la realidad ni viceversa. Partiendo de la del '53 hace falta una reforma constitucional. Claro que hay que agregar una dificultad: que hay otra constitución, la del '49. Que está mucho más adecuada a la realidad, por la implantación del derecho del trabajo y diversos aspectos económicos. Otpar por otpar, me quedaría por eso con la del '49. Y no porque haya expresado a mí vocación peronista sino por puro pragmatismo. En definitiva, lo que hay que hacer es definir los parámetros reales de la constitucionalidad argentina para construir una normatividad jurídica apta para la recreación adulta, moderna y justa de un orden de convivencia para todos los argentinos.

## FOCOS Y VANGUARDIAS

### La revolución del voluntarismo

Rubén Sergio Caletti



Cuando el proceso argentino discurre ya por otros caminos distintos a la lucha armada y la revolución mañana, el derrotero seguido por las organizaciones guerrilleras desde su aparición como fenómeno maduro (hacia 1970) hasta su liquidación política y militar (hacia 1976) sigue siendo continente de múltiples significados que permanecen en la sombra.

En un artículo publicado en la edición anterior de *Controversia* abordamos este tema y propusimos algunas líneas de discusión para el develamiento de esos significados.<sup>1</sup> Hoy retomamos esas líneas generales y, en particular, la caracterización de *ideal-marxista* con que tipificamos el cuerpo ideológico de la izquierda radicalizada del país en los últimos lustros. Pero ahora intentaremos una indagación de lo ideológico que se inscribe en el telón de fondo de la historia reciente, a la cual resultarán útiles las aproximaciones teóricas formuladas.<sup>2</sup> Es en este plano donde, tal vez, puedan alcanzarse las explicaciones apropiadas a cuestiones tan concretas y complejas como han sido en la reciente historia nacional la violencia revolucionaria vuelta terrorismo, la reproducción de formas de autoritarismo y represión en el seno de políticas que supuestamente debían engendrar su superación o tantas otras que requerirían idéntica luz explicativa.

Pero volvamos al punto de partida. Sería ingenuo suponer que el *ideal-marxismo* es una pura deformación producida de manera endógena en el propio cuerpo teórico del materialismo histórico. Existen, sí, algunos conceptos de este corpus que, sea por su estructura, sea por las formas adoptadas en su vulgarización, resultaron pilares en la reconversión ideológica del marxismo. Pero no es este el eje principal en el proceso de producción del *ideal-marxismo*.

Más bien, este eje radica en una dinámica de subordinación seguida por categorías y conceptos del materialismo histórico respecto de la ideología dominante una vez que, en manos de cierta izquierda, han sido reducidos a vademécum. En esta dinámica, el marxismo muta su condición por la de un ensamble de definiciones vacías, paradigma de una flamante y robusta rama del pensamiento hipotético-deductivo en la que, bajo la sacrosanta bendición de los manuales, se puede recorrer otra vez e impunemente el trayecto que va de las verdades universales-abstratas, previamente consagradas, a lo histórico concreto, sin que ese montón de categorías muertas pierda su apariencia de marxismo intacto.

Este carácter sincretismo entre el marxismo y los supuestos metodológicos troncales de la ideología vigente ha sido una de las mayores victorias del *statu quo* en las dos décadas transcurridas.<sup>3</sup> Las más violentas en la historia del continente desde mediados del siglo pasado.

Nuestra hipótesis: el proceso de producción del *ideal-marxismo* está en la base de los fenómenos guerrilleros argentinos de la última etapa, del mismo modo que las expresiones prácticas de este *ideal-marxismo* habitaron en la materialización política de dichos fenómenos. Pero veremos el problema por partes.

**El ideal-marxismo antes de Cuba o las razones del evolucionismo vulgar**

La historia de la izquierda en nuestros países es, en buena medida, la historia de un pensamiento sobre el deber ser. Esta paradójica inversión del marxismo viene de lejos: de cuando las noticias sobre él desembarcaban en nuestras costas de los mismos barcos que traían manufacturas inglesas

de algodón, descubrimientos científicos o progresos sociales y jurídicos. Sería, sin embargo, una simplificación atroz atribuir a las bodegas de aquellos navíos algo más que el ser bodegas. Pero igualmente simplificador es pensar que la teoría marxista no tiene más caminos a recorrer que ella misma imaginó para sí. El proceso histórico que vinculó a los hombres de un lado y otro del océano, en condiciones determinadas, hizo transitar al pensamiento marxista por significaciones específicas que lo emparentan con la ontología de cualquier pensamiento colonizador en tanto racionalidad imbricada en el desarrollo histórico de las metrópolis y transmitida, desde estas metrópolis, en el marco más amplio de los procesos de dominación imperialista.

Pensamos en la colonización ideológica como la *ruptura compulsiva* de la unidad dialéctica de producción que existe entre la realidad social y el pensamiento que la expresa, a favor de un nuevo pensamiento nacido de otra praxis, en la praxis de los años. En esta perspectiva, tanto el nuevo liberalismo parlamentario como el marxismo padecieron un mismo proceso de resemantización al mantener una *ajenidad no reconvertida* al nuevo escenario social. La ajenidad se planteaba entre la historicidad de un pensar que "desembarca" —apoyado por cañones, mercaderías o créditos— y los habitantes de otra historia que estaba siendo apropiada por la dominación. El marxismo desembarcado se sumó así a un proceso integral de colonización, en vez de hacerlo a un proyecto de liberación frente a los colonizadores. En esta inversión, la responsabilidad central —si existe— le cupo a la intelectualidad latinoamericana. Salvo contadas excepciones (José Carlos Mariátegui de manera relevante), esta intelectualidad no recibió al marxismo como un sistema de herramientas teóricas a ser sometidas al intercambio con la propia realidad sino que, por el contrario, sumida en el positivismo de la época (colonizador por excelencia), prefirió abrirle los brazos como a un nuevo discurso completo y salvador: la ciencia era ciencia pura, más allá de la historia y en cualquier lugar donde se instalase. Las especificidades latinoamericanas —las consecuencias de la dominación entre ellas— eran cuestiones secundarias aun cuando Lenin escribiera su folleto sobre el imperialismo, aun cuando la guerra, la crisis del '29 y la nueva guerra, seguían señalando dramáticamente la necesidad de distinciones estructurales entre un tipo de formación social y otra.

La izquierda de nuestros países, por lo común, fue "revolucionaria" ante las burguesías metropolitanas, pero se unía a ellas en las categorías más abarcaradas del pensamiento cuando le tocaba enfrentar culturalmente a los movimientos populares nacionales. Comprendía cabalmente el problema de la aristocracia obrera europea, pero ignoraba —también cabalmente— la problemática en la que se situaba la realidad a transformar, la estructura trasnacional de la dominación.

Las sinérgicas afirmaciones de tipo evolucionista que durante décadas distinguieron a las izquierdas tradicionales no fueron una debilidad ideológica azarosa. Valga decir ahora, una vez más, lo ya sabido: eran resultado de concebir a las sociedades centrales como el modelo anticipado (también desde el punto de vista de las luchas políticas) del futuro que llegaría. Habría así finalmente un día en que las izquierdas podrían protagonizar una historia a su altura y tener el proletariado que merecían, aquel que fuera a la huelga leyendo *Das Kapital*, levantando banderas rojas y reclamando la abolición de la propiedad privada de los medios de producción. El problema de los movimientos y luchas populares nacionales no eran la especificidad de lo real sino su *atraso respecto* a, eran lo que *debía ser* de otro modo. El deber ser del paisaje que habitaba se volvió obsesión paralizante de una izquierda que deseaba votar por Leon Blum, batallar con De Gasperi, o cualquier cosa menos vérselas con lo que tenía.

El país —y también el continente— careció de una izquierda emparentada con su propio escenario del mismo modo que careció de un pensamiento propio en general, porque careció, y en gran medida carece, de una *historia apropiada*. La nuestra no es solamente la historia de la dominación de una clase sobre las demás, sino también, al mismo tiempo, la historia de la enajenación de nuestra historia.

Las trascendentes repercusiones de la revolución cubana se explican parcialmente por haber sido un hito decisivo en el proceso de reapropiación latinoamericana, vale decir de la posibi-

## cuadernos de pasado y presente

SOBRE EL PROBLEMA NACIONAL Y COLONIAL.

● **PP 30 MATERIALES PARA LA HISTORIA DE AMÉRICA LATINA**  
K. Marx y F. Engels

● **PP 36 EL GRAN DEBATE (1924-1926). Vol. 2 EL SOCIALISMO EN UN SOLO PAÍS**  
J. Stalin y G. Zinóviev

● **PP 52 LA INTERNACIONAL COMUNISTA Y EL PROBLEMA COLONIAL**  
R. Schlessinger

● **PP 69 LA CUESTIÓN NACIONAL Y LA FORMACIÓN DE LOS ESTADOS**  
K. Marx y F. Engels

● **PP 71 EL DESARROLLO INDUSTRIAL EN POLONIA Y OTROS ESCRITOS SOBRE EL PROBLEMA NACIONAL**  
R. Luxemburg

● **PP 72 IMPERIO Y COLONIA. ESCRITOS SOBRE IRLANDA**  
K. Marx y F. Engels

● **PP 73 LA II INTERNACIONAL Y EL PROBLEMA NACIONAL Y COLONIAL. Vol. 1**  
K. Kautsky y otros

● **PP 74 LA II INTERNACIONAL Y EL PROBLEMA NACIONAL Y COLONIAL. Vol. 2**  
K. Kautsky y otros

● **PP 80 LA INTERNACIONAL COMUNISTA Y AMÉRICA LATINA. LA SECCIÓN VENEZOLANA**  
M. Caballero

● **PP 81 LA CUESTIÓN NACIONAL Y LA AUTONOMÍA**  
R. Luxemburg



# La violencia en Argentina: 1969-1976

Sergio Bufano

La relación entre las clases ingresa, a partir de 1969, en un período de violencia; se trata de una fase en donde la lucha política que deben afrontar las organizaciones revolucionarias—que como ya dijimos estaba anteriormente ceñida al reducido ámbito universitario—, sufre una conversión hacia la lucha militar. Podría suponerse que ese viraje es producto de una ofensiva terrorista de grupos marginales, románticos y justicieros. No obstante, la magnitud que alcanzan las organizaciones que ejercitan la violencia y el grado de adhesión implícita que logran en diversos sectores sociales señalan que se había producido una agudización de las contradicciones sociales en donde la lucha armada no actúa como factor discordante en la realidad. Por el contrario, son las condiciones objetivas las que propician el surgimiento de la violencia, ya sea ésta espontánea u organizada. En Córdoba, Rosario, Tucumán, Corrientes se aprecian formas de lucha masivas e inéditas hasta ese momento que enfrentan a los sectores revolucionarios ante la alternativa política —y también militar— de dirigir o no esa tendencia social.

La violencia, que históricamente aparece como el recurso natural de resolución de las diferencias de clases, comienza a integrarse como una metodología más en las luchas populares. En sus inicios como producto de la acción de reducidas formaciones sociales; posteriormente —y sin duda en forma parcial—, será asumida por los sectores más avanzados del campo popular.

Los puntos de coincidencia entre las diversas organizaciones armadas son la liberación nacional y social, el carácter prolongado de guerra revolucionaria, la ruptura con el reformismo tradicional, la violencia de masas, la creación de un ejército popular y, muy particularmente, la política acerca de la relación vanguardia-masa. Esta última es la preocupación principal de los grupos revolucionarios. En realidad, sólo se está reeditando el planteamiento no resuelto por los cuadros de la izquierda argentina. La diferencia en este caso es que a partir de este momento la búsqueda se efectuará en el ejercicio directo de la acción política y militar.

En primer lugar se proponen lograr la creciente adhesión de las masas; para ello recurrirán a acciones simplificadoras, proclamas radiales, repartos de elementos de primera necesidad en los cordones de miseria, secuestros que incluyen reivindicaciones salariales y ridiculización de las fuerzas represivas del estado. En segundo término, la caracterización de que la lucha será prolongada impone la acumulación de armas, locales, radios y todo aquello que significa la logística de la guerra. En tercer lugar, enfrentar en combates —aunque sean parciales— a fuerzas pertrechadas y con experiencia, supone que las organizaciones armadas cuenten con guerrilleros que conozcan las leyes militares. Se inicia, pues, un riguroso entrenamiento.

Todas esas formaciones político-militares son conscientes de que durante un período estarán aisladas; saben también que en caso de que el aislamiento se prolongue demasiado, estarán condenadas a la derrota. Juegan, entonces, con el tiempo: hay que lograr una consolidación militar que permita hacer política en las nuevas condiciones objetivas de violencia que ha generado la lucha de clases. Comienza así un intenso accionar militar: toma de comisarías, desarme de policías, repartos de leche, asaltos a bancos, secuestros, asaltos de armerías, etc. Esta actividad militar tiene, durante sus primeros años, un signo peculiar: se evitan los enfrentamientos y las muertes. Salvo en el particular caso de Aramburu, que no analizaremos aquí, sólo son muertos aquellos personajes directamente vinculados con la tortura. Las organizaciones recomiendan a la policía no oponer resistencia y la institución se ve obligada a imponer sanciones a aquellos que se dejen arrebatar el arma y el uniforme. La razón de esta política es que las masas deben acostumbrarse paulatinamente a la

violencia organizada. Se trata de brindar una imagen que no esté asociada con la muerte y sí con la justicia popular; simultáneamente, se trata de demostrar que la hegemonía de la violencia, que siempre se reservó la clase dominante, puede ser disputada.

Hasta 1972 la relación vanguardia-masas se mantiene a través de la propaganda. Y los resultados que se obtienen son la simpatía hacia los guerrilleros, el apoyo implícito y la solicitud para que intervengan, en muchos casos, en la resolución de los conflictos sindicales. Esto último confirma que se está operando un cambio efectivo en los métodos de lucha de la clase obrera, que ya observa que las patronales ceden ante las organizaciones revolucionarias cuando éstas intervienen a través de la violencia. El optimismo en ese período no puede ocultarse y la lectura que se realiza de la situación política es la siguiente: la dictadura militar se encuentra en retroceso, las fuerzas revolucionarias hemos crecido numéricamente, el prestigio alcanzado en la lucha de clases; aunque divididos contamos con una fuerza militar considerable y, finalmente, la sociedad civil ha comprendido que la violencia revolucionaria es el recurso natural para enfrentar al estado.

Simultáneamente se inicia una polémica interna acerca del carácter que está asumiendo la lucha revolucionaria en relación con las clases populares. El secuestro del industrial Silverstein, en Rosario, con la demanda de reincorporar obreros cesantes y repartir juguetes entre los hijos de los trabajadores, más los constantes asaltos a camiones transportadores de leche —que se refieren a la relación vanguardia-masa—, alertan sobre la tendencia al sustituirse por parte del PRT. La crítica planteada en términos políticos, roza sin embargo la concepción ideológica que puede estar oculta detrás de esas acciones.

Si se trata de demostrar que a través de la violencia organizada es posible arrancar reivindicaciones al estado, el método sólo crea confusión. Los trabajadores, estén o no de acuerdo con el accionar armado, no visualizan ese accionar como propio. Para que ello ocurra, deberán crearse condiciones que van mucho más allá de una agudización entre las clases; esas condiciones se vinculan específicamente con la relación vanguardia-masas. Hasta tanto no se ingrese en esa etapa superior de lucha, las masas pueden manifestar un sentimiento de complacencia, de simpatía hacia la lucha armada, pero no identificarse al punto de asumir—individual o colectivamente— esa estrategia de acción. Los repartos de leche o de juguetes se transforman en días de fiestas para los beneficiarios, pero no se traducen, políticamente, en nivel de conciencia que permita al proletariado crecer como fuerza dirigente. Se agrega a ello que un alto porcentaje de esas acciones son realizadas en zonas marginales, en villas de emergencia que no son precisamente habitadas por obreros fabriles. Comienza a operarse entonces una suerte de sustitución-acción entre la formación social que se propone como vanguardia de clase y los métodos que para ello emplea.

Los cuatro primeros años se caracterizan por un ascenso vertiginoso, en el aspecto cuantitativo, de las organizaciones armadas; a la vez, se van definiendo las líneas políticas y estratégicas que impulsan las propias tendencias sociales: se desintegran los grupos FAR y FAP, carentes de líneas políticas que pudieran sintetizarse en una política coherente, y FAR inicia su rápido ingreso a Montoneros. Durante el siguiente período, serán Montoneros y PRT los principales exponentes de la violencia organizada. Existen, además, cerca de veinte pequeños grupos que se ubican en la llamada "franja socialista" y cuyo accionar político y militar en esta etapa se limita al autoabastecimiento y supervivencia.

## Los peligros de la guerra

Aunque citar a Clausewitz es ya un lugar común, hay que reconocer que el prusiano ordenó metodológicamente una serie de leyes o reglas de la guerra que hasta principios del siglo XIX eran patrimonio de los generales. Además de los factores morales, la audacia y las categorías de la táctica y la estrategia, Clausewitz estableció que la improvisación, cuando de guerra se trata, significa la muerte del participante.

Desde 1969 las formaciones guerrilleras argentinas se preocuparon por respetar esas premisas y muchos de sus cuadros fueron educados militarmente. La necesidad era obvia: la toma del poder del estado requiere de una lucha de masas que sea capaz de modificar la correlación de fuerzas no sólo en el aspecto político sino también en el militar. Para ello será necesario un ejército popular que pueda conducir militarmente a las masas y ésto sólo es posible si existen expertos en el plano militar. Ya no bastan las masas insurrectas para enfrentar al ejército de la burguesía, entrenado y especializado durante muchas décadas en la lucha contrainsurgente. Esas masas necesitan formar —sea para un período de insurrección o para una guerra civil prolongada—, sus propios dirigentes militares que conducirán, en ese plano, el desarrollo de los enfrentamientos. Pero surge aquí la clásica contradicción, tan antigua como el propio Clausewitz: el proceso de desarrollo de la lucha armada tiende a generar al *hombre de aparato*. Es aquel militante que se ve arrastrado por la propia dinámica militar —y sin la cual no existirían las organizaciones armadas— a un aislamiento del contexto político general. Se supone que el partido, como entidad política, actuará como garantía orgánica de las posibles transformaciones profesionales de ese militante, pero no siempre es así. El peligro del militarismo nace en el preciso momento en que un partido-político se lanza a la acción armada.

Esa desarticulación entre lo político y lo militar dio lugar a una escisión que no siempre se tradujo en fracturas; por el contrario, ambos sectores convivieron en las mismas organizaciones, aunque el *hombre de aparato* fue desarrollando una concepción que ganó espacio interno y confundió la disciplina con la democracia, la seguridad con el aislamiento, la base social con el refugio guerrillero y, lo que sin duda alguna fue lo más grave, la ofensiva militar con la ofensiva de masas.

Al cabo de cuatro años el militarismo ha penetrado profundamente en las organizaciones armadas: existen jerarquías militares, medallas al valor, una permanente exaltación al heroísmo y a una simbología que se manifiesta en marchas, banderas de guerra y uniforme que pocas veces podrán ser utilizados en las ciudades. No nos interesa valorar aquí la simbología revolucionaria; habría que comenzar, en ese caso, por la hoz y el martillo, las banderas rojas o los puños cerrados; lo esencial es desentrañar que detrás de aquella superestructura de los símbolos existía la convicción de que se había ingresado en un período revolucionario en el cual el estado se encontraba en disputa. Era ésto por lo tanto una fase de guerra y el aspecto militar cobraba una importancia superior. La exaltación de los valores morales correspondía, pues, a esa falsa lectura de la realidad.

La realización diaria de tres o cuatro acciones armadas demandó un esfuerzo logístico de gran envergadura; el desplazamiento del centro de gravedad a lo militar se tradujo en un empobrecimiento teórico y político de los cuadros formados en la década anterior. A la vez, no se lograron verificar las tendencias sociales y económicas que comenzaron a producirse en la estructura de poder.

## Violencia y democracia

El mes de mayo de 1973 encuentra a las organizaciones armadas intactas en su estructura de combate pero desarmadas en su capacidad para interpretar los acontecimientos políticos que se han producido. La clase obrera y las capas medias aciaban a los combatientes que desfilan por las calles aunque existe una clara distinción de siglas y estrategias; poco antes, la mayoría de las organizaciones marxistas han sufrido fracturas internas debido a la controversia *voto en blanco-voto al peronismo*.

La violencia que se ha entronizado en toda la estructura de la sociedad civil no es producto de

la voluntad subjetiva de sectores marginales, sino que ocupa un lugar destacado en todas las relaciones políticas y sociales. Las ocupaciones de fábricas, escuelas, organismos gubernamentales y sindicatos se realizan con armas; en algunos casos interviene militantes organizados, pero aun sin ellos existe un movimiento espontáneo que tiende a recuperar conquistas perdidas durante el período anterior. La agudización de la lucha de clases y la existencia de sectores sociales que defienden distintos proyectos se manifiesta en Ezeiza, donde objetivamente queda demostrado que no sólo no habrá tregua, sino que la lucha será mucho más encarnizada. A partir del 13 de julio el gobierno de Lastiri y posteriormente el de Perón se ubican fuera de la presunta lucha entre fracciones. Como si el estado fuera un agente mediador y ajeno a la violencia cotidiana, se intenta mostrar una imagen que confundirá a amplios sectores del campo popular, incluyendo a capas medias progresistas: las derechas y las izquierdas se ultiman entre sí mientras el estado actúa como elemento pacificador. El estado se desarma y crea una oficina para recibir las armas que sólo la izquierda deberá entregar. Mientras tanto, el Ministerio de bienestar social acumula modernas ametralladoras belgas y norteamericanas.

La iniciativa militar, que hasta mayo de 1973 había estado en poder de las organizaciones armadas revolucionarias, pasa ahora a manos del estado. Durante este período se produce, además, una transformación radical: el bloque dominante ha aprendido de sus antecesores que los presos políticos deterioran la imagen del estado y no eliminan verdaderamente sus conflictos. Se reemplaza la detención por el asesinato.

Este proceso no es comprendido por los movimientos armados; el desarme político referido muestra ahora sus consecuencias, precisamente en el momento en que la situación objetiva exige gran riqueza de interpretación. En algunos casos la lectura escapa a un estado superior de la lucha armada, y tiene en cuenta la pérdida de la iniciativa militar: Azul, Fábrica de armas del ejército de Córdoba, Regimiento aerotransportado en Catamarca, zonas liberadas en Tucumán, Monte Chingolo, en otros se pasa alternativamente de la confianza en la modificación del proceso a la guerra total (asalto al cuartel de Formosa, muerte de policías, ataques a comisarías).

Sectores progresistas que hasta ayer habían apoyado a la acción armada, alentados por el retroceso de la dictadura militar y por el innegable romanticismo de la primera etapa, retiran su colaboración y tratan de apartarse ante el cariz *foquista* que ha tomado la lucha. El militarismo alienta esa defecación a través de acciones confusas e incontrolables políticamente. La falta de claridad acerca de la *justicia revolucionaria* y la venganza lleva al militarista a dar muerte a Rucel, a Mor Roig y a más de una docena de oficiales en respuesta al masivo asesinato de combatientes en Catamarca. Se ha ingresado a una etapa de descontrol político y militar por parte de las organizaciones armadas que sólo favorecerá al campo enemigo.

Ahora bien ¿es ésa la única lectura posible de aquella realidad? ¿La lucha armada ya ha perdido todo contacto con las clases populares? ¿Las organizaciones que nacieron interpretando una nueva etapa en la lucha entre clases han ingresado a la categoría del anarquismo, que dispersa sus armas contra todo objeto que mueva?

Ese es el tradicional discurso que sucede a una derrota. *La lucha armada sólo se justifica cuando se triunfa... y ustedes en la Argentina fueron derrotados*, afirmó recientemente un socialista europeo. Quizá sea ésta la mejor síntesis de ese pensamiento.

Pero la realidad es diferente; las organizaciones armadas, aunque inmersas en el militarismo y la falsa ofensiva, están presentes en los puntos neurálgicos donde se concentra el poder industrial: Córdoba, Santa Fe, Tucumán y Gran Buenos Aires. Esa presencia no se da desde fuera sino en las comisiones internas de delegados, en las coordinadoras, en los trabajadores en general y, en el caso de Villa Constitución, en la propia población. Los sindicatos cañeros y del citrus, en Tucumán; metalúrgicos, Fiat, Perkins, caucho y municipales en Córdoba; la UOM de Villa Constitución; Squibb, Chrysler, Ford, Fiat, gráficos, astilleros, textiles, metalúrgicos y otros en Buenos Aires. No se trataba de una penetración en las fábricas y sindicatos, ya no eran estudiantes universitarios *proletarizados*; las organizaciones revolucionarias habían ganado un espacio entre

los sectores más combativos de la clase obrera. ¿Puede ser eso producto de una estrategia *foquista*?

La lucha por el poder implica siempre una crisis generalizada del estado, de las instituciones que de él dependen, de los aparatos de esa gran maquinaria, y también implica necesariamente la presencia de una vanguardia obrera consciente que actúe como dirección de ese proceso. La cuestión radica en que las formaciones políticas armadas de la Argentina de ese período confundieron la crisis del estado y el alza imponente en la conciencia de algunos sectores obreros, con la descomposición general del sistema. Ese es el error global que hoy se califica como *foquismo*. Aún no se estaba en condiciones de discutir el poder a la burguesía; por el contrario, los sectores monopolísticos y su ejército se preparaban para su contraofensiva. La vanguardia, como entidad dirigente, aún no estaba conformada. Aunque las diversas organizaciones armadas habían logrado una interacción política —y en algunos casos militar—, con sectores obreros representativos de las grandes industrias, el espectro abarcado no era suficiente como para deducir que el conjunto del proletariado había madurado las condiciones revolucionarias. Simultáneamente —y como consecuencia de lo anterior—, el ejército de masas permanecía aún en el nivel de consigna. Pero esto no quiere decir que la situación objetiva de la lucha de clases no hubiera alcanzado, legítimamente, su especificidad militar.

## Finalmente el golpe

Cuando culmina 1975 la situación de las organizaciones armadas es ya de franco deterioro; el triunfalismo, que aún perdura, no reconoce que durante tres años ha sufrido un desangre constante. Las AAA estatales han eliminado a gran cantidad de cuadros sindicales y del aparato; la trágica ofensiva expresada en Catamarca, Azul, Monte Chingolo ha contribuido, además, a esas pérdidas. El sistemático aislamiento que las fuerzas represivas han ido imponiendo a las organizaciones populares comienza a dar resultados. Por otra parte, la clase obrera no tiene tendencias suicidas y se aparta de una propuesta que le exige ir a un combate donde la correlación de fuerzas es totalmente desfavorable.

Se inicia entonces una campaña en contra del golpe que se acerca; pero nuevamente priman las concepciones ya no militares, sino mili-

taristas, pues el propio Clausewitz —sin entender demasiado de política—, hubiera aconsejado un repliegue en orden. En cambio, la campaña para detener el golpe se basa en acciones espectaculares dirigidas contra las Fuerzas Armadas; la intención es atomizarlas contra una supuesta guerra civil en caso de golpe de estado. El efecto producido es inverso y se polarizan las fuerzas: ahora sí es una lucha entre aparatos que no acompaña ni está integrada a la lucha de clases. *Argentina... a las armas...*, es quizá la máxima expresión de desorientación política una vez que Videla toma el poder; el llamado a una nueva ofensiva política militar sólo puede caer en el vacío. Cuando se ataca contra Coordinación federal, contra el auditorio del ejército, contra la Jefatura de policía de La Plata, se están quemando los últimos cartuchos. Porque la derrota ya está iniciada.

En realidad, el llamado a la resistencia, que significa un paso atrás con respecto de la etapa anterior, que implica un período defensivo tanto en el aspecto político como el militar, no se concreta en la acción. Como si existiera un mecanismo que impidiese frenar el empuje de otros años, las organizaciones prosiguen en una carrera que contradice sus propias consignas. Esa no es la resistencia, esa es la ofensiva que no se ha detenido.

Lamentablemente, el costo de este error ha sido muy grande; y no nos referimos precisamente a la pérdida de vidas o a la derrota sufrida. El error ha dado impulso a una antigua concepción política que reúne en un mismo saco al terrorismo, al foquismo, a la lucha armada, en fin, a la violencia en general. Fueron dos bandos —es el discurso—, el de los foquistas y el de la derecha. Y la sociedad civil, las clases populares, permanecieron ajenos.

Si así hubiese sido, la extirpación de ese presunto cáncer foquista sólo hubiera requerido una simple operación quirúrgica, tal como la realizada al grupo Baader-Meinhoff en Alemania, y no al exterminio sistemático de obreros, estudiantes, intelectuales que combatieron y alentaron la violencia revolucionaria.

Es cierto que falta una autocrítica, que se carece de un balance riguroso que señale aciertos y errores; pero también es cierto que ese vacío no podrá ser llenado con rótulos que oculten que las vanguardias, en la búsqueda de una síntesis, alcanzaron durante el período descrito el punto más alto de toda la historia de los movimientos revolucionarios en Argentina.



REVISTA TRIMESTRAL DE EDICIONES ERA

21

CUADERNOS POLITICOS

- Gustavo Gordillo ► Estado y sistema ejidal
- Alvan Arias / Manuel Lavaniega / Hipólito Rodríguez ► Estado y contrarrevolución en México
- René Antonio Mayorga ► Internacionalización de la economía y Estado nacional
- Carlos Pereyra ► Gramsci: Estado y sociedad civil
- Georges Haupt ► Rosa Luxemburgo y la cuestión nacional
- Olas Fuentes ► La Universidad Pedagógica Nacional

Ediciones Era Agencia Guadalajara  
Avenida 102, México 13, D.F. Federalismo 958 Sur  
581-77-44 Guadalajara, Jal. 12-60-37

# RESPUESTA A PARAMIO Y REVERTE

## Observaciones sobre la crisis del marxismo

Oscar Del Barco

El trabajo de Paramio y Reverte sobre los problemas de la crisis del marxismo me han producido una serie de inquietudes respecto a las consecuencias que, seguramente más allá de lo deseado por ellos, pueden extraerse de la manera como enfocan dicha problemática. Sobre esta cuestión quisiera hacer algunas observaciones.

Me parece que al ubicar la teoría como el elemento central de la crisis se corre el riesgo de que se esfume la raíz fundamentalmente política de la misma. Con esto no quiero decir que los autores desconozcan la existencia de elementos políticos, sino que se trata más bien de marcar la predominancia de una perspectiva que, como se sabe, es producto de una tradición fuerte en la historia del marxismo occidental, la que produjo consecuencias como la del llamado "socialismo real", respecto al que comparto los duros juicios de P. y R.

Mi opinión, no obstante, es que la "crisis teórica" no es explicable por sí misma, sino que se trata de una crisis global en la que no puede aislarse el elemento teórico sin correr el riesgo de caer en el *tecnicismo*, el cual implica un movimiento doble que escinde a la teoría de la práctica y luego produce la conversión de la teoría en sujeto social (con todas las consecuencias políticas y organizativas que esto implica). Repasemos el texto para señalar algunos de los enunciados que configurarían esta perspectiva.

En primer término Paramio y Reverte plantean la existencia de una "crisis general de nuestra cultura y de nuestros valores", crisis que a su vez afectaría al marxismo por cuanto éste forma parte "de esa cultura y esos valores" en un segundo término reconocen la existencia de una "crisis teórica" específica del marxismo. Esta distinción se vuelve a afirmar algunos párrafos más adelante: "así como la crisis cultural y de valores afecta al marxismo en cuanto parte integrante de la actual cultura de nuestra sociedad, lo que llamamos crisis del marxismo es más específicamente una crisis teórica..." (las cursivas son mías).

Me llama la atención, y aunque no puedo detenerme en este aspecto del artículo no quiero dejar de mencionarlo, que se afirme la existencia de una crisis general de cultura y de valores donde se subsumirían las particularidades y las determinaciones tanto de las clases subalternas como de las clases dominantes. Sin embargo, aquí sólo quiero limitarme al análisis de la calificación de la crisis del marxismo como crisis teórica.

La "crisis del marxismo no es tan sólo el re-

flejo sobre éste de una crisis general de valores. Es también, más específicamente, una crisis teórica, como señaláramos en nuestro anterior artículo; una crisis teórica, además, *aplazada*". Esta tesis se articula, a su vez, y no puede ser de otra manera, con la tesis según la cual el marxismo "no puede ser sino una teoría", una teoría que al mismo tiempo "no puede dejar de tratar de convertirse en una ideología, o, más precisamente, en una visión del mundo". Esta distinción, que nos recuerda la alternativa planteada en el mismo sentido por Colletti, introduce en el interior del marxismo una dicotomía imposible de superar en una etapa posterior de razonamiento.

Pero esto no es todo. Pareciera que para Paramio y Reverte el marxismo se agota en el tránsito lineal desde lo teórico a la visión del mundo, sin tener en cuenta lo que me parece esencial para lo que sin mucho convencimiento podríamos llamar la "epistemología" marxista: la cual implica una circularidad donde la experiencia y la acción de las clases explotadas constituyen sus momentos fundamentales.

Lo que se borra en este discurso son los determinantes no-teóricos de la crisis teórica. No es casual entonces que se enuncien proposiciones como la siguiente: "el núcleo de la actual crisis del marxismo [es]: la inexistencia explícita de un nuevo paradigma". Ya la introducción de la temática del "paradigma", de moda en cierta sociología española actual, es significativa; y en el fondo se trata de una nueva forma, más sofisticada si se quiere, de clausurar al marxismo en el marco epistemológico (cierto retorcimiento de la tesis original de Kahun llega hasta aproximar la temática de los paradigmas a la sociología del conocimiento, otorgándole un relieve enunciativo al factor ético, pero sin llegar a precisar esta ética como política, y, lo que es más importante en nuestro caso, sin tematizar su incidencia en la propia constitución de lo teórico).

El paradigma faltante sería, para P. y R., el de "la transición al socialismo". Es legítimo preguntarse si este "paradigma" puede ser, como ellos sostienen, obra de los teóricos marxistas ("... los elementos precisos para la construcción de un nuevo paradigma estaban ya presentes, de forma inconexa y preconiente, en los nuevos desarrollos de la teoría marxista"), o si más bien habrán de ser las transformaciones producidas en lo real las que posibilitan los nuevos enunciados teóricos.

También yo creo que es "preciso volver a la vieja cuestión de las relaciones entre teoría y práctica en el marxismo", pues me parece que

la reconversión del marxismo en una teoría (la que no fue un hecho teórico sino la consecución teórica de profundas transformaciones sociales) constituye una de las causas estructurales de la llamada "crisis".

La respuesta dada por P. y R., al decir que el marxismo "en cuanto pretende ofrecer un conocimiento científico de la realidad social" no puede ser "sino una teoría" (las cursivas son mías), implica un desdoblamiento hacia el *tecnicismo*, el que no puede evitarse mediante el simple uso del condicional "en cuanto...". Primero, porque el marxismo no posee las características que la tradición le atribuye a la ciencia: desinterés, objetividad, neutralidad, previsibilidad, en resumen, un concepto de verdad válido en general; segundo, porque el concepto de *uno* conduce, necesariamente, a la idea casi hegeliana de una Teoría capaz de reducir a la totalidad de lo real. Se vuelve a introducir así, sin quererlo, la racionalidad del sistema bajo las categorías de ciencia, paradigma, teoría, etcétera.

Creo que a partir de esta demarcación debería comenzar a pensarse el problema de la crisis.

### II

El marxismo, según mi criterio, no es una teoría que acompañe a la práctica, que está al servicio de la práctica, ni tampoco es un "arma" del proletariado, sino que más bien debe determinarse como formas (teóricas) de ser de las clases y sectores de clases explotadas, desplazándose así por lo tanto el problema del estatuto y el origen de la teoría.

Lo cual no quiere decir, a la inversa, que las teorizaciones marxistas carezcan de una estructura conceptual, es, precisamente, esta estructura compleja y altamente técnica la que hace tomar una cosa por la otra: la fascinación ejercida por la conceptualización marxista (tras la que se oculta el dominio de cierta estructura fuerte del sistema capitalista, la que privilegia a la máquina-ciencia por sobre el trabajo vivo) ubica en primer plano el problema epistemológico y produce, como efecto, la conversión del marxismo en Ciencia o Teoría, la que sólidamente instalada en un presunto orden teórico tiene por función "controlar", "iluminar", "dirigir" el proceso de la lucha de las clases explotadas actuando como "mentora", "maestra", etc. (el "leninismo" en otras palabras).

Es necesario cuestionarnos sobre el sujeto de la "crisis del marxismo", vale decir sobre el "marxismo". ¿Se trata de una ciencia construida por sabios o científicos "burgueses" y posteriormente trasladada a la clase mediante la acción privilegiada de un partido o de un grupo político?, lo se tratará (y esto es algo distinto a una determinación mecánica de la clase sobre los intelectuales) de las formas teóricas de las clases explotadas, formas que se constituyen orgánicamente, formas de la experiencia múltiple y compleja de dichas clases, caracterizadas por una especificidad propia, ajena a la neutralidad y a la objetividad de la "ciencia" (aun cuando el proceso inicial de subsumición pueda producir un efecto invertido). De acuerdo a la respuesta que le demos a esta cuestión será la manera que tendremos de encarar la crisis.

Si el marxismo, como pienso, es el conjunto de formas teóricas que van adquiriendo en su proceso las prácticas revolucionarias, entonces la crisis no puede ser sino una crisis política, vale decir morfológica, y donde el acto de marcar una predominancia o un "origen" se funda en la propia práctica. Para decirlo claramente: se trata de la crisis de la II y la III Internacional, del reformismo y del bolchevismo-leninismo.

A partir de la transformación finisecular del capitalismo se produjo una reconversión de la teoría revolucionaria. Dos son los aspectos fundamentales de esta reconversión: el estatuto ontológico que se le da a la teoría y el tipo de organización que implica dicho estatuto (organización fundada en un orden exterior a la clase), y el eurocentrismo expandido que caracterizó al marxismo posterior, incluso contra la voluntad del propio Marx, quien denunciara teóricamente el intento de transformar su análisis del "capitalismo europeo" en una "filosofía de la historia". El "modelo" marxista, tanfo el reformista como el bolchevique, se universalizó, cubrió con esquemas "teóricos" una realidad cada vez

más rica e insuñita tanto a un centro político como a una centralidad teórica.

Estas organizaciones políticas se concretizaron, vale decir accedieron al poder en diversos países: la socialdemocracia demostró ser una buena *partenaire* y una eficaz gestora del capitalismo en sus etapas más críticas de desarrollo (precisamente en las etapas post-bélicas); mientras que la revolución rusa concluyó con el afianzamiento de una poderosa y sanguinaria capa burocrática convertida en nueva clase explotadora.

Me parece que éstos son los nudos centrales de la crisis. Los mismos podrían expresarse diciendo que vivimos el momento histórico de la toma de conciencia del fracaso de un tipo de práctica política. Tanto los países del llamado "socialismo real", como los socialdemócratas, así como gran parte de las organizaciones políticas basadas a nivel mundial en el bolchevismo y la socialdemocracia, se han mostrado incapaces de realizar la revolución socialista. La crisis no se refiere pues a la totalidad de lo real. Se vuelve a introducir así, sin quererlo, a los europeos y no europeos están tomando conciencia cabal del callejón sin salida a que fueron llevados por sus propias organizaciones, vale decir que adquieren una conciencia cada vez más profunda de su propio fracaso. Es como si se tocara el techo de un modelo de revolución cuyos resultados negativos, no deseados, están a la vista.

### III

Ese marxismo ha estallado. Ha estallado una realidad, una política y una teoría; ha estallado el "socialismo real", el "partido guía", la "ciencia" marxista. Frente a este verdadero derrumbe del "marxismo" lo que surge naturalmente es la crisis. No una crisis teórica, porque la teoría vive en permanente crisis si es entendida como forma que rinde cuenta de una realidad cambiante. La crisis es el momento de la fisura, el momento en que las clases explotadas se cuestionan sobre sus experiencias históricas en lo que va del siglo, en que la necesidad de la revolución exige, para no ser una idea muerta, un nuevo tipo de prácticas y de teorías.

Se trata de la imposibilidad de una práctica y una teoría determinadas. Pero la posibilidad de plantear esta imposibilidad, esta crisis digamos, Ciencia o Teoría, la que sólidamente instalada en un presunto orden teórico tiene por función "controlar", "iluminar", "dirigir" el proceso de la lucha de las clases explotadas actuando como "mentora", "maestra", etc. (el "leninismo" en otras palabras).

Esta reconversión de la que hablamos produjo la cesura teórica-práctica (con excepciones entre las que podemos citar a Gramsci y a Korsch) frente a las transformaciones en profundidad del sistema capitalista (particularmente a partir de la crisis de los treinta), a las que el "marxismo" mal llamado ortodoxo ignoró completamente: la teoría del "derrumbe", de la "rueda de la historia", del partido considerado *anguardia iluminada por la ciencia*, así como la ignominiosa "racionalidad" nacionalista y culturales de los distintos pueblos, y la pobreza de una "teoría" que se negaba a mediar dialécticamente de la deconstrucción teórica que a partir del espacio abierto por las clases explotadas realizaban las distintas ciencias sociales, fueron el estereotipo con el que se quiso enfrentar a un capitalismo pleno de vitalidad y de imaginación.

Los movimientos revolucionarios comprueban hoy que las viejas respuestas ya no les sirven, es cierto, en este sentido, que hay una crisis del "paradigma" de la transición al socialismo, como dicen P. y R.; pero esta carencia de modelos de transición no proviene de una falencia o de una falsación, vale decir de un movimiento cerrado del orden teórico, sino que es producto de la experiencia global del movimiento revolucionario, es producto del fracaso de los países socialistas y de la imposibilidad de realizar la revolución según la estrategia reformista o bolchevique.

Las transformaciones del capitalismo son otro factor fuerte de la crisis: no sólo por su positividad, sino porque son un factor fuerte en la determinación moderna de los sujetos revolucionarios; y así se trate de las complejas modificaciones introducidas en el seno del proletariado, como de la emergencia de otros sectores que tratan de

destruir las constricciones del sistema: el movimiento femenino y de jóvenes, los movimientos que se extienden desde los manicomios y las cárceles hasta las escuelas y la familia, las luchas en defensa del medio ambiente, por la libertad sexual, etc., son movimientos que han roto la idea burguesa (y de la "ortodoxia marxista") que considera a la política como actividad clausurada dentro un orden propio y sometida a la actividad de "especialistas". Todos los órdenes se han politizado, o, mejor dicho, también el *orden político* ha estallado, y desde el interior de cada grupo o sector social oprimido surgen reclamos, exigencias, necesidades y deseos immanentes absolutos, vale decir que no pueden ser ni aceptar ser reducidos a ningún tipo de generalidad.

### IV

Por cierto que esta encrucijada, de realidades inéditas y de movimientos revolucionarios también inéditos, a los que es imposible subsumir en una Teoría, no pudo dejar de conmovir al "marxismo". Pero mal haríamos si pensáramos que se trata de una crisis científica del marxismo y que puede ser resuelta a un nivel de teoría científica.

Cuando decimos que el marxismo es el conjunto de formas teóricas de las clases explotadas, no ignoramos que estas formas, lejos de ser una reproducción especular, se abren paso a través de historias, de tradiciones, de complejísimos mundos culturales, pero este hecho no debe ocultar que el suelo de pensamiento es el cuerpo de dichas clases (no otra cosa significan los textos

## Marx y la teoría del estado

Biagio de Giovanni

La hipótesis central de mi contribución es que la teoría del estado en Marx no debe ser buscada solamente en aquellas obras en las que habla explícitamente del estado, en particular en la *Crítica de la filosofía del estado de Hegel*, sino que elementos importantes pueden ser extraídos especialmente de los libros II y III de *El capital* que tienen por objeto específico la crítica de la economía política. Esto acota el horizonte global de una lectura de Marx que establezca una relación orgánica entre crítica de la economía política y crítica de la política, en el sentido de que cada una de estas articulaciones remite a la otra por su propia fundación real. Para precisar algunos elementos de reflexión en torno a esta tesis deseo partir de la categoría que unifica en sus inicios el discurso de Marx sobre el estado, del análisis del *feticismo* como terreno de reconstrucción del movimiento hegeliano de la idea y de la estructura real del estado moderno.

Puede decirse que desde 1843 el estado en Marx se presenta de algún modo como la primera forma histórica, definida por el feticismo, lo cual es perceptible ya en aquellos lugares en los que se torna explícita la confrontación polémica con la teoría hegeliana del estado como inversión del proceso real. Recordemos todas las páginas en las que Marx destaca, confrontando la posición que él va elaborando con la hegeliana, cómo en el corazón de esta posición subyace la tesis de una inversión del proceso real. Sin detenernos en el análisis de los textos particulares, creo que es suficiente mencionar que el punto de partida de la crítica de Marx a Hegel está en el análisis de ese parágrafo 262 de los *Principios de la filosofía del derecho* donde es subvertida la relación cronológica entre estado, familia y sociedad civil, y el estado es fundado como el concepto que, en su movimiento, se escinde en las realidades particulares que lo constituyen. Aquí está el punto más decisivo donde la inversión del proceso se muestra a la altura de un contenido determinado. Y sin embargo Marx no se limita a registrar la dimensión especulativa de esta posición, sino que destaca, de este trocero, su correspondencia con el modo en el que realmente el estado moderno, el estado

donde en las obras de Marx hablan directamente los oprimidos; o la preocupación de Gramsci por las clases subalternas, por su lenguaje, por su historia molecular y grandiosa).

Se trata de una globalidad, circular si se le quiere expresar de manera dialéctica, en la que es imposible aislar ontológicamente tanto su momento político como su momento teórico, por eso recurrimos a la categoría de *forma*; el *tecnicismo* sería en última instancia realizar el corte a partir de lo teórico (conociendo a lo político como supuesto o ignorándolo lisa y llanamente). A mi parecer el corte es inevitable, es el problema del comienzo, pero el comienzo marxista está en la política.

Es cierto que la "teoría" marxista se caracteriza por una inmensa puesta en crisis de su conceptualización, pero pienso que a esta crisis no se le puede determinar con la idea de *paradigma* de Kahun, pues de hacerlo así se volvería a someter la realidad a su expresión ideal, y la llamada crisis se resolvería en un problema de *teóricos* y de una teoría que debe actualizarse.

Una de las crisis del marxismo es su manera de ser natural, por cuanto está inserto como *forma* en la intimidad de un conjunto de clases que deben rendir cuenta de una realidad en constante cambio para transformarla; la otra crisis, específica de la época y más profunda, es consecuencia del fracaso de las propias clases explotadas en su lucha por construir una alternativa socialista. Hay que distinguir entre ambas crisis para no caer en la tentación, siempre presente en los intelectuales, de explicar a partir de la propia especificidad el movimiento histórico.

político, organiza la estructura del propio dominio y los caracteres reales de su propia primacía.

De aquí, y a través de la inversión de la relación estado-sociedad civil, emerge la "crítica" global, que se puede organizar en torno a la expresión *dominio de la forma* y formalización del proceso político. La primacía del estado, en Hegel, es considerada como primacía de los modos de producción del dominio general respecto de la estructura separada de la sociedad civil, y no elevada todavía a la altura del concepto de *formación económico-social*, aunque ya deja emerger el proceso de descomposición de las masas en círculos particulares, respecto de los cuales la política se dispone como un horizonte externo de unificación. De algún modo ya está aquí presente la separación de los productores de los instrumentos de producción, aunque estos últimos sean por ahora específicos a la altura del dominio político donde la realidad "se produce" en su significado más general.

La forma de la política en Marx se entrelaza así directamente con la teoría del dominio de la forma valor. Nos encontramos en un nivel de análisis respecto del cual, recorriendo algunos años de la evolución teórica de Marx, es posible individualizar un entrelazamiento profundo entre la crítica del estado, como organización general del dominio de la forma, elemento decisivo de la *hegemonía*, y la crítica del capital, a la altura de su formulación más general, allí donde emerge la condición histórica y epistemológica del capital, la separación violenta y luego constantemente ampliada entre productores e instrumentos de producción. Se ponen en evidencia así algunos elementos de este entrelazamiento capital-estado y de la *homología* que existe entre la crítica dirigida por Marx a la forma de la política, tal como se encarna en el estado moderno, y la crítica que hace al capital, como forma de producción en la que el valor de cambio domina sobre el valor de uso, tornando así visible la realidad del dominio de la forma valor. Esto permite captar diversos elementos de tal conexión entre crítica del capital y crítica del estado: la realidad constitutiva de la *inversión*,

## Controversia

NÚMERO 4

### ACERCA DEL EXILIO

Eliashev, Picatto, Schmucler, Rozitchner, Ulanovsky

### SOBRE LA CRISIS MUNDIAL DEL CAPITALISMO

Ábalo, Galgano, Napoleoni, Rusconi, J. Robinson

### A PROPOSITO DE NICARAGUA

Julio Godio

como elemento bastante denso, expresivo del trastocamiento real del proceso; la generalidad de la separación, como otro elemento que caracteriza la relación que Marx establece entre crítica del estado y crítica del capital. Capital: separación de la fuerza de trabajo de los medios de producción. Estado: organización separada del dominio dentro del formalismo general de la burocracia y del saber, en cuyas estructuras se organiza la producción profunda de la realidad organizada, *hegemónica*, que construye en torno a sí la unidad del mundo histórico.

Ya estas anotaciones dan alguna clave de lectura sobre los modos en los que la teoría del estado se entrelaza con el problema del capital con referencia particular a aquellas secciones de análisis en las que uno de los niveles centrales de la "crítica" se convierte en la formalización de la fuerza productiva en el ciclo de reproducción del capital. Coloque rápidamente en el centro de atención la categoría de la reproducción porque pienso que allí está una de las claves para redescubrir en *El capital* la dimensión de la política. A la altura de la reproducción el problema se desplaza de las modalidades de producción del capital a las modalidades de su producirse y reproducirse como capital. Respecto de este problema, la necesidad de descomposición de los elementos productivos, encerrada en el núcleo central de la escisión entre trabajo vivo y fuerza de trabajo, es solamente la base que, reproduciéndose continuamente como separación fundamental, se recompone, se reune a la altura de la organización del capital global. Todo el movimiento y las transformaciones descritas en los libros II y III captan la recomposición económico-política propia del movimiento real de la forma valor, de la negación continua de la inmediatez de la alternativa: producción o circulación. El problema del tiempo de reproducción se define allí como tiempo de la relación política que se instala entre las clases. Más allá de muchos elementos de análisis aún presentes en el libro I, advertimos en qué medida la "crítica" de Marx rebasa una simple teoría de la explotación capitalista, y en este nivel el terreno de fundación decisivo es la separación-escisión entre tiempo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo y tiempo de objetivación del valor de uso de ésta. En el desarrollo del análisis de *El capital* se define el problema de la determinación de los términos de cambio entre las mer-

cancías, que por lo demás no es diferente al problema de la formación histórica del mercado y del control político del desarrollo capitalista. El mismo problema de la transformación, si es observado desde los límites estrechos y desviados de una pura determinación económica de los precios, implica el concepto de que el dominio de la forma valor —más allá de un cierto nivel espontáneo y automático de equilibrio del mercado, que se torna súbitamente en anacrónico respecto a la fenomenología compleja del desarrollo capitalista— expresa la organización de la relación producción-mercado a través de la reproducción del aislamiento de la fuerza de trabajo en la forma de cambio.

¿Qué implica en este cuadro el dominio de la forma valor? Relaciono inmediatamente el razonamiento a cuanto acabo de exponer. Un elemento emerge con claridad en el libro II de *El capital*. Marx analiza el aislamiento de la fuerza de trabajo en la forma salario como núcleo expresivo de la relación necesaria fuerza de trabajo-consumo individual, y de la separación necesaria de la fuerza de trabajo con respecto al consumo productivo. A partir de esta descomposición, Marx capta críticamente las formas teóricas de la economía política, que deben ser organizadas en torno al concepto de separación entre circulación y producción, rédito y valor, y vincula, en torno a éstas, las críticas que él dirige a la forma de cientificidad de la economía política clásica. Esta crítica toca así el nivel de construcción teórica del objeto entrelazado con la reproducción real de la forma capital. El dominio del esquema del valor se confunde con el problema de la reproducción. La politicidad de la forma valor reside en esta conversión recíproca entre la descomposición económica y la recomposición política de las relaciones sociales. La formalización de la fuerza de trabajo coincide con la aprobación de la fuerza productiva por parte del capital. A través de esta apropiación, se especifica la forma teórica del capital, del cual veremos el nivel específico de funcionamiento en la separación entre tiempo de circulación y tiempo de producción. La reducción de la producción a cosa, relación material/entre instrumento de producción y trabajo, y de la circulación a socialidad y a intercambio: he aquí la forma teórica en la que se vertebra el funcionamiento real del capital, es decir no la ideología del capital sino la modalidad concreta

en la que aquél es reconducido por la necesidad objetiva a vincular el ocultamiento de las específicas conexiones reales con su propia reproducción.

Esto significa que, al construir la relación entre crítica de la política y crítica de la economía política, no nos podemos detener exclusivamente en la fase: intercambio como superficie igual-producción como nivel profundo desigual, retornando al análisis de la relación entre formalismo de lo político y separación-contradicción de lo económico. Debemos dar un paso adelante decisivo hacia el análisis de la *densidad histórica del valor de cambio*, es decir de los contenidos que, en el momento en los que éste se convierte en forma dominante, logra transferirse al propio movimiento. La densidad histórica del valor de cambio se concreta en su constituirse como nivel de *aprobación material de la historia*: la historicidad de la acumulación del capital constante, la imposibilidad de reducir el nivel del cambio a la transformación contingente en disolución del dinero en mercancía y de la mercancía en dinero.

En el momento en que el problema se transforma en el de la apropiación de la historia por parte del capital, se entienden las contradicciones que se mueven en su interior, y se aferra la relación profunda de estas contradicciones con la forma del estado. El punto esencial no es sólo el de la distribución del plusvalor extraído con los problemas vinculados a esta dimensión del dominio de la forma. Hay algo más radical a estudiar. La estructura misma de la distribución, en cuanto está vinculada al aislamiento de la fuerza de trabajo en la forma del cambio y a su alejamiento del consumo productivo, individualiza, en esta dimensión económica, la *estructura del dominio de clase*, la forma subvertida en la que se muestra la reproducción política de las relaciones entre las clases. Todo esto aparece bajo la forma de un proceso puramente económico (descomposición cuantificada de los elementos productivos, emergencia de la magnitud de valor), pero este proceso *puramente* económico es el modo de funcionamiento del estado y de su relación negativa con lo "social". A través de la reducción a lo económico, es decir a la magnitud de valor de los elementos productivos, funciona el esquema del valor, y por tanto el entrelazamiento de la producción y el concepto de una formalización históricamente determinada de "primacía" de la política. Esto ocurre tanto a nivel de la fuerza productiva de rédito, tanto a nivel del capital, en el momento en que desaparece el plusvalor y aparece la ganancia como rédito del capitalista, y se pierde la relación entre forma y magnitud de la apropiación; con el consiguiente desarrollo de una dimensión central del dominio de clase, ya que la reducción a lo económico de la fuerza de trabajo significa la clausura de la clase obrera en la fábrica como especificación histórica de la estructura morfológica del capital.

El problema central deviene así el de determinar analíticamente el significado de la reapropiación del valor de uso por parte de la fuerza de trabajo. A la altura de este problema se reconquista por entero la dimensión política de la fuerza de trabajo. La interpretación económica de ésta es incluida por el capital. El problema del trastocamiento de este estado de cosas se convierte en un problema enteramente político. Y aquí debe ser destacado el *espesor estatal* de la reapropiación del valor de uso que parte del proceso de recomposición de las fuerzas productivas, así como se mueve ya dentro del desarrollo de la contradicción fundamental del capital. Esta recomposición no implica expandir la forma del cambio, pero se especifica en el problema del control del desarrollo, de la recalificación de la productividad, a partir de las condiciones dadas de la productividad capitalista, en cuyo interior el choque entre la complejidad del valor de uso y el formalismo del valor de cambio deja entrever la recomposición subjetiva, de clase, de la fuerza productiva.

Partiendo, como hace el análisis de Marx, del dominio del valor de cambio y de la construcción de la historia en el esquema del valor, vemos que es precisamente aquí donde germinan la posibilidad de la crisis, la especificidad de la contradicción, el entrelazamiento de economía y política, de crisis y "constitución" de la conciencia de clase.

(Tomado de Lelio Basso et al., *Estado y teoría marxista*, Milán, Gabriele Mazzotta editore, 1977. Traducción de J.A.)

# Controversia: suplemento 1

## ARGENTINA: LOS AÑOS DE LA CRISIS, 1930-1945

### Introducción

Desde el momento en que un periodista nacionalista los bautizó así, los años que nacieron con el derrocamiento, de Irigoyen han quedado fijados en la política argentina como la *década infame*. Pero el epíteto limita, con el juicio moral descalificante, la posibilidad de analizar racionalmente uno de los momentos más complejos de la historia del país. La Argentina moderna nace en la crisis del treinta. En esos años se definen las características fundamentales del crecimiento industrial, se estructuran los mecanismos para la intervención del estado sobre el mercado, crece impetuosamente la clase obrera.

Los conservadores, que a partir de Roca y la generación del ochenta habían fundado el estado liberal, serán los encargados de comenzar su demolición abriendo un proceso —de ningún modo lineal porque en su interior se producirá la enorme ruptura que significó el peronismo— que se prolongará mucho más allá de la década inicial. Esa crisis del estado liberal en la Argentina coincidirá con la reestructuración del sistema mundial capitalista que sigue a la Gran depresión. El modelo de desarrollo que emprende entonces nuestro país implica un intento de las fuerzas dominantes internas —que el radicalismo sólo había subordinado políticamente— a ajustarse a ese camino cuyas metas fija el capitalismo imperialista, obligado a una política proteccionista para salvar a sus economías del descalabro productivo.

La opción puesta en marcha en la Argentina no difiere demasiado de la adoptada por otros países dependientes de parecido nivel de desarrollo de sus fuerzas productivas, en los que se lanzará el proceso de modernización que los economistas han consagrado como de "industrialización sustitutiva de importaciones".

La particularidad del caso argentino consiste en que esos cambios se realizan bajo la dirección de la misma élite que había conducido la integración del país al modo de crecimiento del capitalismo mundial característico de la etapa anterior.

Hacendados poderosos, viejos caudillos urbanos o rurales, abogados, profesores de la universidad anterior a la Reforma, representantes de compañías extranjeras, abigarrados componentes de una judicatura descaudada y clasista y de un parlamento cada vez más formal constituirán los cuadros de una clase política decadente, incapaz de asumir la novedad de las tareas que la situación planteaba. Contribuir al derrocamiento de Irigoyen y su "chusma radical" había sido tarea simple; reconstruir al capitalismo argentino en un momento de crisis mundial desbordaba a esa caduca aristocracia criolla.

El primer esquema político abordado murió antes de nacer: el corporativismo proyectado por Uriburu, mucho más maurasiano que fascista, si es que fuera lícito atribuirle bases teóricas a lo que sobre todo era una efusión políticamente incongruente, al punto que el candidato que tenía Uriburu "in pectore" para sucederle era Lisandro de la Torre.

A partir de allí, del fracaso de los jóvenes hijos de los conservadores que habían constituido el primer destacamento nacionalista y que inauguraban, al rodear al viejo general, su tercer papel de "maquiavelos" en busca del Príncipe, comenzaría con mayor seriedad el operativo de reconstrucción. Porque la década, en rigor, comienza en 1932, con Agustín P. Justo en la presidencia.

A partir de entonces el régimen se estructurará sobre una doble realidad de poderes que terminarán destruyéndose mutuamente. La crisis no será, como en un principio fue pensado por la élite dominante, un paréntesis de enfermedad en un organismo fundamentalmente sano. Pronto quedaría de-

mostrado que los automatismos del mercado no alcanzaban para hacer retornar las cosas a la situación económica anterior, porque la depresión internacional lo que indicaba era una ruptura profunda en el capitalismo, su ingreso a una nueva fase. Para las clases dominantes argentinas —que habían sido socias preferenciales en la etapa anterior de reproducción mundial del capitalismo— el reajuste implicaba la necesidad de abandonar el llamado libre juego de los mecanismos económicos y también sus articulaciones políticas. Con Justo nace el Poder ejecutivo moderno, esto es, la convicción de que ese aparato y no en el parlamento está dada la posibilidad de centralizar las negociaciones entre las fracciones de clase, a través de la presencia de un personal tecnocrático.

A partir de Justo el estado será la resultante de un pacto entre los grandes grupos económicos organizados, una tecnocracia incipiente que para protegerse de los avatares de la política inmediata tiene su cuartel general en el Barco estado, y las Fuerzas armadas. El parlamento y el sistema de partidos perderán peso como mediadores, en primer lugar porque su representatividad era casi nula como resultado del fraude sistemático que caracterizaba a los mandatos. Pero esta subordinación de la base partidaria del pacto estatal (que en el fondo significaba un repliegue de las viejas formas de la política con todos sus vicios) iba a traer como consecuencia una contradicción ingobernable para los sucesores de Justo: Ortiz, primero, que busca infructuosamente el camino de una mayor racionalidad para el sistema y es derrotado por la aristocracia política conservadora, y Castillo, luego, representante contumaz de esta última que hará estallar la crisis política general.

Toda esta operación habrá de desarrollarse —y ésta es la otra cara de la moneda— en medio de la ausencia de intervención política real de las clases populares. Mientras los socialistas funcionaban como "oposición de Su Majestad" en el parlamento, los radicales entendían muy poco de lo que estaba pasando en la sociedad y agotaban su actividad en invocaciones más o menos retóricas sobre la libertad de sufragio. El sindicalismo y el Partido comunista se enredaron en la misma confusión y desde un clasismo aséptico o un democratismo genérico (según los momentos) mostraron una absoluta incapacidad para entender los cambios que se estaban produciendo y para promover una alternativa a partir de esa misma historia en construcción. Será vano buscar en la izquierda, en los partidos democráticos o en el sindicalismo algún proyecto integral opuesto al oficial. La lucha, ciertamente librada en condiciones muy difíciles, estaba compuesta por escaramuzas de defensa corporativa o demoliberal sin ningún proyecto hegemónico sosteniendo esa batalla por reformas.

Sin embargo, una historia silenciosa se estaba levantando a espaldas de todos esos protagonistas. La Argentina de la modernización conservadora alumbrará, a partir de 1935, la expansión social de la clase obrera industrial en un proceso verginioso, inabsoible, que se incendiará como lucha política en la primavera del cuarenta y cinco.

Por eso este suplemento, que pretende presentar un panorama ciertamente muy incompleto de "los años de la crisis", enlaza dos fechas: el 5 de septiembre de 1930 y el 17 de octubre de 1945. Lo hace porque toda historia es siempre múltiple y compleja. Si el 17 de octubre es la negación del proceso que empezó con Uriburu lo es porque sus fuerzas emergieron, como contradicción, en el interior de la descomposición del régimen, autoproduciéndose calladamente como partes de esa sociedad que crecía. No vinieron de fuera de aquel presente; no las traía a la historia un remoto "ser nacional" oculto hasta el momento de su revelación. El giro del cuarenta y cinco tiene que ver con las formas en que surgen los movimientos históricos en las situaciones de crisis, al recomponer en un solo estallido fragmentos dispersos y por eso ignorados de nuevas estructuras y de nuevas voluntades.

Por qué repensar ahora una década como la del treinta? Quizás en nuestra Argentina de hoy se estén dando mutaciones parecidas y quizás, también, persista la sordera ante esas nuevas voces que, sin embargo, no serán ya más expresadas por los viejos discursos.

JCP



# EL JUGLAR

LIBROS DISCOS  
PZA. DE LA RUEDA AVE. REVOLUCION 1915 TEL. 548-2697 MEXICO 20, D. F.

## SOLAMENTE LIBROS PARA LEER

### secciones

méxico • américa latina • marxismo  
antropología • historia • feminismo  
comunicación • psicología • teatro  
literatura • economía • lingüística  
poesía • sociología • educación



# Transformación social y crisis de la política

Juan Carlos Portantiero

En la mañana del cuatro de junio de 1943 la convención del Partido democrata nacional debía iniciar las sesiones en las que sería proclamada la fórmula presidencial integrada por Rubustiano Patrón Costas (conservador salteño) y Manuel de Iriondo (antipersonalista) "satrapino"; en medio del descrédito general nadie dudaba que ambos prohombres del régimen ocuparían a partir de 1944 las primeras magistraturas de la república: el "fraude patriótico" garantizaba los resultados.

Pero la convención no pudo reunirse jamás: a la misma hora de su convocatoria las tropas marchaban desde Campo de Mayo a la Casa Roca. Un heterogéneo golpe militar acababa de estallar y de él habría de surgir, tras zigzagues, idas y vueltas, una nueva edad en la historia argentina que sepultará a personajes valedurinos como Patrón Costas y como Iriondo pero también a las estructuras sobre las que se sostenían.

La emergencia militar de junio del 43 y dos años después la movilización obrera y popular del 17 de octubre certificarán la crisis insuperable de un sistema político, la decadencia de una forma de encarar, por parte de élites de variado signo, las relaciones entre sociedad y estado.

La crisis será, así, crisis de una forma de la política. Porque los acontecimientos que se mueven entre 1943 y 1945 no destruirán solamente al sector gubernamental de ese sistema político sino también a las fuerzas que buscaban ser la oposición dentro del mismo. Salvo los radicales (aunque también amputados a través de sucesivos fraccionamientos) el resto de los partidos políticos que protagonizaron la década virtualmente desaparecieron: conservadores, antipersonalistas, socialistas y demócratas progresistas sucumbieron al promedio los años cincuenta. El comunismo, que parecía crecer impetuosamente entre 1935 y 1945, no recuperó jamás ese impulso y devino una fuerza minoritaria sin anclaje sólido en la clase obrera y sin rumbo político.

La crisis que precipitó el golpe militar del 43 fue, sin dudas, una crisis en el interior de ese sistema político, incapaz de gobernar a una sociedad que se estaba transformando, salvo a través de la receta de la violencia y la corrupción.

Hablar de una crisis implica hablar, previamente, de un sistema que, al desagrave, entra en crisis. ¿Cuál era ese sistema? ¿Cuáles sus reglas? ¿Cuáles los pactos sobre los que buscaba estructurarse?

Entre 1862 y 1930 la burguesía argentina intentó la aventura —exitosa— de fundar un estado liberal: sus 62 años de estabilidad institucional que construyen un "orden conservador" (como ha sido calificado por Natalio Botana en el excelente libro con ese título) que permiten a la burguesía local colocar a la Argentina —dentro del equilibrio mundial anterior a la crisis del 30— como octava potencia mundial.

En el momento culminante de

ese ciclo, un presidente conservador perteneciente al grupo más moderante de la coalición que desde Roca controlaba al país, pretende ampliar las bases de ese liberalismo oligárquico abriendo las compuertas del sistema político a la principal fuerza de oposición nacional, el radicalismo. El socialismo, como grupo puramente urbano que no podía alterar el equilibrio global del sistema, tendría también por esos años su legitimación: en 1913 ganaba las elecciones para diputados en la Capital. El propósito de Sáenz Peña en 1912 era superar, de manera transformista, la crisis política del sistema, notablemente aguda entre 1905 y 1910 mediante la introducción en el interior del liberalismo de algunos reclamos democráticos, en primer lugar el sufragio libre. Sáenz Peña buscaba crear las condiciones para construir la hegemonía burguesa de la manera en que ella se consolidara en Europa; permitiendo la absorción por el liberalismo de ciertos temas de la democracia. El experimento implicaba terminar con el ciclo de los "gobiernos electores", identificado con la figura de Roca, el verdadero fundador de la república oligárquica quien, en 1913, calificaba a los reformadores como "líos, rucos, ingenios", mientras advertía: "Ya veremos en que se convierte el sufragio libre cuando la violencia vuelve a amagar". La innata expansión del sufragio prov-cada por la ley Sáenz Peña vino a demostrar hasta qué punto la sociedad estaba ya preparada para el ejercicio electoral: en 1910 el porcentaje nacional de votantes era del 21%, en 1912 la cifra subió al 69%.

En 1916 el conservadurismo pierden la presidencia de la república y se abre, hasta el golpe militar del 30, el ciclo radical que amplió la participación en el sistema político incorporando al pacto estatal a nuevos actores, pero que agotará sus metas en esa redistribución sin preparar al país para el inevitable fin de una era cuyo anuncio, para el capitalismo mundial, había sido la guerra del 14. Entretanto, el espejismo

no bien lo que pasó en la década. ¿La década del treinta puede ser calificada meramente como una restauración? En rigor, y bajo el control de los conservadores, la Argentina burguesa se reorganizó para adecuarse a las nuevas condiciones que generaba la Gran depresión. Esa reorganización implicará modificaciones profundas en la estructura social del país que de ninguna manera se agotan en la imagen de una vuelta al pasado. La Argentina contemporánea vive todavía hoy, en muchos de sus rasgos, de las transformaciones puestas en marcha durante esos años. Pasa a la ruptura que implicó la etapa peronista, las respuestas que las clases dominantes elaboraron para superar la crisis del treinta dejaron huellas profundas. En rigor, los que ahora han entrado en crisis son los esquemas de adaptación de la Argentina al reordenamiento mundial capitalista que abarcan los veinticinco años posteriores a 1930.

Baja el control de la vieja élite conservadora (y es esta presencia la que sellará, con la fuerza del sentido común, la imagen de la "restauración") la Argentina, entre 1933 y 1943, sufrirá transformaciones notables, asociadas, como he señalado, a la crisis del estado liberal.

Esto último será particularmente claro en el nivel de las relaciones entre estado y mercado, esto es, en el estado y gobierno político de la economía. Con el ascenso de Justo a la presidencia, en 1932, la fracción más poderosa de la burguesía agraria —el riñón de la oligarquía argentina— tomará las riendas del estado. En mayo de 1933 el Imperio Británico y la Argentina suscribirán el pacto Roca-Runciman que asegurará a esa fracción "los ganaderos y lavaderos" la libertad de exportaciones de carnes al mercado inglés en los niveles anteriores al estallido de la crisis, mientras desampara al resto de los productores agrarios, consolidando así una división profunda en el sector rural que estará en el núcleo de las contradicciones políticas de la década. Ni la actitud en el senado de Lisandro de la Torre ni buena parte de la oposición mantenida por el radicalismo durante el período, podrían ser explicadas sino recurrir a esa base material de fragmentación objetiva de intereses en el frente agrario.

A partir de esta consolidación de sus metas económicas, la fracción de los hacendados invertidores se embarca en un proceso de reconversión del que surgirá la expansión de un sector industrial moderno y de un nuevo proletariado.

El instrumento para operar esa transformación es el estado que desde 1933 —momento de instalación de Federico Pinedo en el Ministerio de Hacienda— comienza a intervenir en el mercado poniendo fin al modelo liberal de gobierno de la economía. El equipo tecnocrático que rodea a Pinedo —señaladamente el joven Raúl Prebisch, cuya huella están en todas las iniciativas económicas de la época y en la literatura oficial con que ellas son explicadas— comenzará a aplicar un keynesianismo a *avant la lettre*, tratando de ajustar los proyectos locales de crecimiento a la opción, entonces proteccionista, con que los países imperialistas acomodaban su salida a la Gran depresión. En 1940 Pinedo resumía ante el Senado el sentido de esa política: "No creemos que sea posible ni conveniente cambiar el tipo de cambio del país [...]. No pensamos llegar a una industrialización total, masiva del país [...]. La vida económica del país

# Congreso de la Unión sindical argentina (USA)

Este Congreso se realizó el día 15 de mayo de 1937; asistieron 42 sindicatos, más dos con carácter consultivo. Aprobó la siguiente *Declaración de principios*:

"Que la estructura económica o modo de producción de la vida material determina toda la superestructura jurídica, política y social de la sociedad, correspondiendo el dominio de ésta, exclusivamente a la clase social dominante en el campo de la economía.

Que la existencia de dos categorías o clases sociales, detentadora una de los medios de producción, suelo y subuelo y de trabajadores asalariados la otra, origina el actual antagonismo que se expresa en la moderna lucha de clases.

Que ese antagonismo se presenta irreducible en la diferenciación económica, jurídica y social de cada agente de producción: capitalistas y asalariados, y da a los primeros la preeminencia en todos los órdenes de esas actividades que se resumen en el estado capitalista.

Que el sistema de producción mercantilista, resultante del monopolio de los medios de producción presenta en el ordenamiento social actual una insoluble e irreconciliable contradicción entre el carácter social de la producción y la forma capitalista de la apropiación, cuyo signo fundamental es el perenne conflicto entre la producción y el consumo.

Que esa características y contradicciones propias del actual sistema son las generadoras de las crisis con su secuela inevitable de armamentismo, guerras, paros forzosos, miseria, régimen de fuerza y de la opresión que sufre la clase trabajadora.

Que esas crisis que fueron frecuentes y generales y que hoy asumen carácter definitivo cuya extensión y profundidad afectan a toda la economía mundial, revelan el absurdo sistema imperante y se presentan como crisis de superproducción, resultando de ello una verdad axiomática y social para los mismos creadores de esa riqueza.

Que siendo ello un fenómeno propio del sistema de producción vigente, sólo un cambio fundamental del mismo podría superar, económica, social e históricamente, las contradicciones que lo caracterizan y los antagonismos sociales que provoca, resolviéndose en un todo social armónico en el cual la producción y distribución estén en consonancia con la exigencia del progreso y la civilidad humanas.

gira alrededor de una gran rueda maestra que es el comercio exportador. Nosotros no estamos en condiciones de reemplazar [esa] rueda maestra, pero estamos en condiciones de crear, al lado de esa mecánica, algunas ruedas menores que permitan cierta circulación de la crisis, cierta actividad económica, la suma de la cual mantenga el nivel del pueblo a cierta altura."

Carlos Díaz Alejandro en sus *Ensayos sobre la historia económica argentina* consigna algunos datos que ilustran acerca de esa transformación: el valor agregado por la manufactura argentina se expandió un 62% entre 1932 y 1939 y el PBI en esa última fecha estaba casi un 15% por encima del de 1929 y un 33% más alto que el de 1932.

Pero esta reorganización del capitalismo —expresada por una política económica que por primera vez colocaba a la industria explícitamente como un elemento dinámico del sistema, superando el dilema entre proteccionismo y librecambio que había dividido antes de la crisis a agrarios e industriales, y que recomponía el cuadro de las alianzas de clase al marginar a un sector rural mientras favorecía la emergencia de una coalición entre grandes industriales, compañías financieras y hacendados poderosos, se sostenía profundamente sobre un endeble esquema de violencia y corrupción.

Entre 1932 y 1938 Justo cree que el pacto entre conservadores y radicales antipersonalistas (con la presencia subordinada de socialistas y demócratas progresistas que aprovechaban la abstención electoral del radicalismo) alcanza para dar barniz parlamentario a un sistema político que vive en realidad del sostén que le dan las Fuerzas Armadas y los grandes grupos organizados del po-

der económico. Por ese modelo era insanablemente frágil porque no podía sostenerse sino sobre la base del fraude electoral y la represión de toda manifestación de protesta social.

Cuando a partir de 1935 el sistema productivo se recupera de la crisis y los datos sociales, políticos y culturales de la Argentina comienzan a mostrar la magnitud de los cambios con respecto a la década anterior, la legitimidad de ese poder conservador montado sobre la corrupción política comienza a desmenuarse. El proceso será rápido: la decadencia de la élite política mostrará el rostro de su irracionalidad estamental frente a la racionalidad de clase de quienes gobernaban la economía. Pero esta contradicción era inevitable, aunque algunos azires habrán de precipitarla. Hacia el final de la década el sistema busca generar un nuevo Sáenz Peña que lo saque de ese marasmo crítico incapaz de articular un modelo de desarrollo económico con un modelo de hegemonía. Ese será el momento —fugaz— de la operación transformista que intenta llevar a cabo Ortiz, el sucesor, también fraudulento, de Justo. Hace pocos meses un libro de Félix Luna (*Ortiz, reportaje a la Argentina opulenta*) vino a rescatar el enorme interés histórico del breve paso —poco más de dos años— de Ortiz por la presidencia.

A partir de 1935 varios elementos de la realidad política tenderán a modificar el cuadro de situación. Por un lado, el radicalismo irá abandonando su posición abstencionista; por el otro, el movimiento obrero y dentro de él el Partido comunista comenzarán un proceso de ascenso sostenido de sus luchas, tras la recuperación posterior a la crisis. Es el momento, además, en que podero-

so para estos fines el proletariado debe organizarse en el sindicato, agrupación que vincula por intereses a todos los trabajadores frente a su enemigo común: el capitalismo, con prescindencia de sus particulares concepciones políticas, filosóficas o religiosas.

Que para conseguir los propósitos inmediatos de mejoramiento, sindical debe conservar su carácter autónomo, única forma de asegurar la unidad del proletariado en su lucha liberadora concretada en el principio de la Internacional: La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos.

Que el sindicato aislado no representa la suma del poder de conquista de la clase obrera, antes bien: si pretendiera permanecer desvinculado del conjunto de las organizaciones, cometería el mismo error que el obrero que confía su liberación a la eficacia de su acción individual: por tanto deberá vincularse orgánicamente en escala nacional e internacional en igualdad de derechos e igualdad de deberes a los fines de hacer más potente y eficaz sus acciones inmediatas y mediadas frente al capitalismo;

En consecuencia, proclama:

La necesidad ineludible de restablecer la unidad sindical de la clase trabajadora del país, sobre base inclinable de la autonomía en sus organizaciones sindicales y los principios de la lucha de clases.

Que la única garantía para la unidad sindical y la necesaria convivencia para el avance de la organización obrera, órfela su independencia, sin que esta posición implique desconocer o invalidar el derecho inalienable de cada obrero sindicado a exponer o propagar sus especiales puntos de vista, siempre que ellos no entren en conflicto con los fines que persigue la organización obrera y se ajusten a los postulados de la clase proletaria y confíen en sus propias fuerzas desarrollando su actividad dentro del método de lucha de acción directa, respetando la condición y característica de cada organización obrera.

A continuación se aprueban los estatutos, en cuyo artículo 52 se establece que "El secretario y todos los miembros del C.C. tanto titulares como suplentes no podrán ser candidatos a ninguna función pública; aceptar candidaturas de este género implica la renuncia inmediata de su cargo. Esta disposición rige también para los delegados del C.C. en gira de propaganda y los delegados a los Congresos."

Nombre de la central. Se resuelve denominar la nueva central *Unión Sindical Argentina*, por entender, dijo el delegado proponente, que ese nombre sintetiza una vieja idealidad de la clase trabajadora y que fue disuelta en mala forma.

Se pasa a designar el Comité central que queda formado de esta manera y cuyos cargos quedan finalmente así: Secretario general, Fortunato Marinelli; secretario administrativo, Modesto Orozco; secretario de propaganda, Pedro Petrocelli; tesorerero, Atilio Biondi; prosecretario, M. Olivetta; vocales: Luis F. Gay, José Rita Luz, Diego Bagur, A. Yácomo, N. Varela, Antonio Aguilar, Rodolfo Almeida, Laureano Carril, Oscar Ruggiero, Oscar Rossi; revisores de cuentas: Sebastián Ferrer, José Cabrera, José A. Mendoza."

pos factores internacionales comenzarán a operar: ideológicamente, primero a raíz de la guerra civil española y luego por la expansión nazi en Europa, el tema de la democracia y el pacifismo comenzará a distinguir a las fuerzas políticas locales hasta transformarse en un gravitante elemento de convocatoria interna. Esta división cortará a las fuerzas políticas pero, sobre todo desde 1940, también al ejército hasta entonces baluarte inconvertible de la voluntad de Justo.

De este panorama, mucho más complejo aún (al que debe sumarse la intensificación de las fricciones interimperialistas en relación con la Argentina) tratará de hacerse cargo Ortiz, quien advierte que si el funcionamiento del sistema político no cambia, si no se amplía la base del pacto estatal, la situación se tornará ingobernable a corto plazo.

Su proyecto no es de ningún modo democrático: postula una transformación desde arriba que, como en 1912, sea capaz de hacer más fluida la relación entre estado y sociedad, dotando al primero de una mayor capacidad de absorción con respecto a las fuerzas excluidas en el acuerdo político del que el propio Ortiz había surtido.

Es sabido que una clase social sostiene su dominación sobre la pura violencia cuando "satura" su posibilidad de incorporar fuerzas nuevas y pierde capacidad expansiva; la resultante de esa situación es un semi-estado que no alcanza para consolidar una dirección estable sobre la sociedad. Este agotamiento del imperio estatal en una clase tiene siempre como motivación inmediata a causas políticas y no metafísicamente económicas: sea el crecimiento de la movilización autónoma de las clases subalternas, sea la

imposibilidad de una élite para construir un modelo de hegemonía que implique el sacrificio de intereses estamentales.

El diagnóstico que hace Ortiz es el segundo: la "Concordancia", el pacto político entre conservadores y radicales "antipersonalistas", no alcanza ya para contener la necesidad de representación de las fuerzas sociales emergentes: es insanablemente ilegítimo y proyecta su ilegitimidad sobre el conjunto del estado. La receta es, a partir de ahí,



clara: la "vieja política" deberá replegarse dada su incapacidad para deshacerse de intereses corporativos que ponen en cuestión la expansividad del sistema y tienden a disgregarlo.

Su proyecto —que comienza a implementar mediante la anulación de dos elecciones fraudulentas en San Juan y Catamarca y que culminará con el envío de la intervención federal, por las mismas razones, a la provincia de Buenos Aires, el principal de los feudos conservadores— busca, en primer término, desmantelar los núcleos fundamentales de

la corrupción política sostenidos sobre el "fraude patriótico". En segundo lugar, se lanza a una intensa política de captación de los radicales —sus ex correligionarios— liderados por Alvear, de quien había sido ministro, para tratar de fundar un pacto estatal sobre nuevas bases. El éxito parece acompañarlo y no sólo en su acercamiento con los radicales sino también con los socialistas (proyecta ofrecerles una cartera en su gabinete) y aun con el movimiento obrero, que se recuperaba después de 1935, con el que empieza a tener, a través de emisarios, algunas conversaciones, y con el partido comunista, también en pleno crecimiento de sus fuerzas, que considera públicamente a Ortiz como una garantía para la normalización constitucional.

Las repercusiones locales del enfrentamiento internacional entre el Eje y los Aliados favorecen esta operación transformista. El general Justo —que en el mejor estilo roquista le había transferido el gobierno a Ortiz en el sobrentendido que éste le devolvería el cetro en 1944— se ha convertido en vocero de la causa anizani y eso, de algún modo, lima sus diferencias con Alvear que en el radicalismo ha tomado activamente la misma posición. Justo, como reconocido líder del ejército; Alvear como principal figura de la oposición y Ortiz, con el poder que le otorgaba el control del gobierno, tendrían que ser los puntales de ese proyecto de reorganización política que se proponía articular, al modelo de desarrollo formulado por Pinedo y su incipiente tecnocracia representada por Prebisch, un modelo de hegemonía.

Pero Ortiz deberá, a mediados de 1940, por razones de enfermedad, delegar al mando en su vicepresidente, el conservador Castillo. El

camino comienza a ser desandado a partir de una revisión puntual de todos los pasos emprendidos, que tiende a recomponer los mecanismos —empezando por el fraude que es otra vez escandaloso en dos elecciones provinciales que se realizan bajo Castillo— que caracterizaban al momento que Ortiz quería superar: la "vieja política" no entregaba fácilmente el terreno.

Todavía en 1940, con Ortiz ya alejado del gobierno, Pinedo, otra vez ministro de Hacienda, intenta volver al cuadro de alianzas proyectado por aquél al negociar con los radicales —personalmente con Alvear— su Plan de reactivación económica que buscaba complementar, en el terreno de la economía, el plan político de Ortiz. El plan, que se planteaba el estímulo de las actividades industriales mediante una política de créditos y protección frente a la competencia extranjera, al tiempo que promovía la compra por el estado de los excedentes agrícolas y la formulación de un programa de viviendas, era ambiguo: simultáneamente expresaba las bases de acuerdo probable entre los grupos económicos dominantes durante la década y prefiguraba la posibilidad de nuevas alianzas. Mientras tranquilizaba a la élite de hacendados ligada a Inglaterra, abría las puertas para negociaciones con los Estados Unidos, deseadas por la gran burguesía industrial y financiera y por el sector de propietarios rurales vinculados con el radicalismo. Su remate debía ser un reforzamiento del intervencionismo estatal y su supuesto político el gran acuerdo planeado por Ortiz. Pero el Plan Pinedo cayó en el vacío: en la Argentina de Castillo el compromiso político que debía sustentarlo no podía ya construirse.

Ortiz finalmente muere en julio



de 1942. En marzo de ese año desparece Alvear; en enero de 1943, Justo. Cuatro años antes se había suicidado Lisandro de la Torre. Toda posible reforma del sistema desde adentro había quedado sin líderes. Durante el proceso en que trata de recomponer la dirección puramente conservadora del gobierno, Castillo, para enfrentar al poder militar de Justo, había alentado al sector neutralista del ejército que mezclaba confusamente los viejos anhelos proindustriales y nacionalistas de las Fuerzas armadas con una visión autoritaria de la política teñida en lo internacional por fuertes simpatías hacia los alemanes. Serán esos militares, montados sobre el decrecimiento ciudadano ante un sistema político hipercrítico y corrupto, quienes devorarán a Castillo y, con él, a toda una década. Sobre el fracaso del transformismo y los escombros de la política, la Argentina comenzará un nuevo ciclo. En su

transcurso se modificarán no sólo los protagonistas políticos sino también los actores sociales.

Esa sociedad que comenzó a transformarse impetuosamente en la década del treinta buscará finalmente una expresión estatal que finque en las fuerzas que integraban el sistema político —gubernamentales y opositoras— era capaz de darle. La reestructuración de la sociedad, operada por la industrialización, logrará proyectarse en la transformación del pacto estatal: el estado mantendrá y acrecentará sus rasgos intervencionistas, pero modificará el sentido de esa regulación sobre el mercado, colocando como ordenador de la misma al intervencionismo social. La crisis del estado liberal será entonces total: nacerá el estado benefactor como especificación del estado intervencionista. Claro que los militares del 43 no pensaban en esto cuando derrocaron al régimen: Perón deberá arduamente convencerlos y sólo lo logrará cuando incorpore en 1945, por primera vez en la historia argentina, a las masas organizadas y desorganizadas, a ese proletariado industrial en fusión que la década anterior había generado, como elemento activo de resolución de una crisis política. Mientras esto pasaba, todos los actores del sistema político de los 30 iban a seguir evocando los temas en los que habían quedado fijados: conservadores, radicales, socialistas y comunistas hablarían, desde la Unión Democrática, para un país que agonizaba.

## Los comunistas en los años treinta

José Aricó

1. Por muchos motivos es útil reflexionar sobre los años treinta si frente a la historia nos esforzamos por mantener una actitud crítica y no complaciente. Negándonos a admitir en los hechos una necesidad absoluta, podemos reconocer que lo que fue tuvo razones para serlo, pero que no por ello las demás combinaciones hubieran sido imposibles. La conquista de las masas por el peronismo en los años cuarenta no estaba ya inscrita en la lógica de los acontecimientos desatados por la crisis del treinta. Y si esto es así vale la pena reflexionar por qué existiendo condiciones relativamente favorables para una conquista de esas masas por la izquierda argentina, y más en particular por el comunismo, los hechos ocurrieron de manera distinta y la década de mayor presencia comunista en la vida política nacional concluyó en su radical apartamiento de la conciencia y de la práctica política del proletariado y de las clases populares argentinas.

Reconstruir la historia de esos años resulta de todas maneras una tarea difícil por el hecho mismo de que el peronismo implicó una transformación tan radical de la relación entre movimiento obrero e historia nacional que todo un pasado de luchas del proletariado argentino por conquistar su autonomía teórica y política ha quedado silenciado, oscurecido o por completo deformado en el interior de una historia mítica que reconoce en los sucesos tumultuosos e inesperados del 17 de octubre de 1945 el acto fundacional, cae el niño, de la presencia en la vida nacional de la clase obrera y de las masas populares argentinas. El hecho de que la historiografía peronista haya prolongado hacia el pasado esa presencia protagónica de las masas, pretendiendo reencontrarla con la misma significación y pureza en muchas otras etapas de la historia nacional, no es sino una manifestación más de ese anacronismo fatalista que convierte a lo real en la mera encarnación de una racionalidad subyacente ya desde la noche de los tiempos. La historia permanentemente discontinua de las clases subalternas se trasmuta así en un falso *continuum* en el interior del cual la trama viva de los hechos es desarticulada caprichosamente y luego recompuesta en función de propuestas políticas determinadas.

Retornar al examen de los años treinta significa ineludiblemente admitir la presencia de dos hechos de fundamental importancia para poder explicar luego el surgimiento del peronismo: 1] el proceso de unificación sindical, y hasta cierto punto político, de la clase obrera, con el consiguiente reforzamiento de su tendencia histórica a la conquista de su autonomía e independencia frente al resto de la sociedad y del estado; 2] el peso creciente que en dicho proceso tuvieron las organizaciones de izquierda, y más en particular los comunistas, quienes mostraron una capacidad desconocida en los años veinte para la construcción de estructuras sindicales "modernas". Es evidente que estos hechos reconocen como punto de partida las profundas transformaciones

operadas en la sociedad argentina a partir de la crisis de 1929, que modifican radicalmente las relaciones entre economía y política, entre estado y clases sociales, y que dan inicio a un proceso de acumulación capitalista con características tales que a la vez que ampliaba la extensión y concentración de la clase obrera industrial y de servicios, consolidaba un ordenamiento institucional y político tendiente a excluir a los beneficiarios. Pero lo que nos interesa destacar es que por esos años se manifiestan en el Partido comunista —y en menor medida en el socialista— ciertos cambios en su estrategia y táctica que le permiten adecuarse a la nueva situación sus propuestas políticas y sindicales de modo tal que en la segunda mitad de la década del treinta pueden ambas corrientes detentar una posición relativamente hegemónica en el movimiento sindical argentino. Lo mismo plantea —es el de las limitaciones existentes en el interior de esa nueva política como para que, producida la revolución de 1943, o en los años que la precedieron, dicha capacidad hegemónica se fuera extinguir y entre movimiento obrero e izquierda se abriera una fisura nunca jamás suturada.

buena parte responsable de la derrota del movimiento obrero mundial —signada entre otros hechos por el asenso de Hitler al poder y la destrucción política y física de la izquierda alemana desde 1933. Pero en las condiciones concretas de nuestro país, la circunstancia de que dicha línea planteara como tarea primordial una fuerte tensión organizativa y política hacia la conquista del proletariado, en un momento de descompaginación y cambios profundos de la sociedad argentina permitió una suerte de "proletarización" acelerada de un organismo paralizado por el extremismo más primitivo. Los comunistas pudieron así romper el alveolo pequeño burgués en que estuvo encerrada su actividad en los años previos a la crisis y pusieron todas sus energías y recursos, toda su capacidad organizativa en la reconstrucción de un movimiento al que las corrientes ideológicas que tradicionalmente lo habían dirigido mostraban incapacidad o renuencia de aglutinar. Al fracasar el intento por lograr la unidad de la clase obrera destruyendo previamente las instituciones en las que históricamente aquellas se había estructurado, se sucedía ahora una estrategia que apuntaba a la organización de las nuevas capas de trabaja-

## Los comunistas y el 17 de octubre

Entraba el número anterior en prensa cuando, desde Avelaneda, salían, en dirección a la Capital, las primeras bandas armadas del peronismo, obedeciendo a un plan de acción dirigido por el coronel y sus asesores nazis. El plan se reveló en toda su audacia el día 17. Las bandas armadas del peronismo entraban en acción para sembrar la confusión y el terror en la población desprevenida, con el propósito de crear el clima favorable para un nuevo golpe sorpresivo al gobierno [...] El peronismo logró engañar a algunos sectores de la clase obrera, pequeños por cierto, en especial a jóvenes y mujeres recientemente incorporados a la producción y del interior, a quienes no había llegado la prédica democrática por la represión del movimiento obrero y popular. Esos sectores engañados de la clase obrera fueron en realidad dirigidos por el malevaje peronista que, repitiendo escenas dignas de la época de Rosas, y remediado lo ocurrido en los orígenes del fascismo en Italia y Alemania, demostró lo que era arrojándose contra la población indefensa, contra los hogares, contra las casas de comercio, contra el pudor y la honestidad, contra la decencia, contra la cultura, e imponiendo el paro oficial, pistola en mano y la colaboración activa de la policía que, ese día, y al día siguiente, entregó las calles de la ciudad al peronismo bárbaro y desatado. A pesar de todo esto, no logró el peronismo ni la décima parte de lo reunido el día 19 de septiembre, pese a todos los obstáculos, por la Marcha de la Constitución y de la Libertad.

[en *Orientación*, órgano oficial del Partido comunista, año X, núm. 310, 24 de octubre de 1945. Editorial.]

2. En nuestra opinión, es posible explicar el relativo éxito del Partido comunista en su inserción sindical admitiendo como punto de partida el efecto paradójico que tuvo durante cierto tiempo la aplicación de la línea de "clase contra clase" instituida por la Comintern desde su VI Congreso mundial (1928). No es el caso explicar aquí las características esenciales de esa línea que tendía a orientar a los comunistas con las corrientes de izquierda del proletariado europeo y con todos los movimientos nacionales populares en los países dependientes. Tampoco corresponde abundar en ejemplos acerca de cómo su aplicación fue en

dores emergentes del proceso de industrialización que no encontraban aún estructuras sindicales a las que pudieran incorporarse. Frente a la extrema cautela con que la recientemente creada CGT (1931) intentaba tornar soportable por las masas una política económica de senfadammente británica, lesiva de la dignidad nacional y que descargaba sobre las clases populares los costos de la reestructuración capitalista, los comunistas pusieron un empeño superior a sus escasas fuerzas en organizar la resistencia de la clase trabajadora. Lo cual explica que fuera preferentemente sobre ellos que recayera la represión,

aunque también sufrieron persecuciones los anarquistas y por otros motivos las corrientes insurreccionales del Partido radical. Cientos de sus militantes debieron soportar cárceles y torturas, deportaciones y vejámenes de todo tipo. Es precisamente por esa época que se forma la Sección especial de represión del comunismo y se instituye como norma la tortura contra los presos políticos.

La debilidad con que las clases populares y sus instituciones —responsores de la política de estabilización económico-financiera y de reconstitución expansiva del capitalismo, basada en la acentuación brutal de las desigualdades sociales, permitió o mejor dicho facilitó que las energías desplegadas por los comunistas en su tarea sindical lograra éxitos. Hacia mediados de los años treinta un bloque sindical de mayoría socialista pero con fuerte presencia comunista conquistó la dirección de la CGT, imprimiendo un vigor desconocido a la actividad hasta entonces atardegada y burocrática de esa central. Con sólidas posiciones en textiles, madereros, alimentación, frigoríficos y otras ramas de la industria, los comunistas concluyeron con un éxito sorprendente de un movimiento sindical que, en las condiciones difíciles creadas por la manifiesta hostilidad del estado y de los patronos, ha logrado organizar alrededor del 30% de los obreros industriales.

Asimilando la experiencia del sindicalismo industrial de masas europeo y norteamericano, los comunistas —junto a las corrientes favorables a la reactivación de la actividad gremial germinadas en el interior del Partido socialista— contribuyeron a crear las estructuras complejas y estables requeridas por la expansión del número de afiliados inscriptos en los organismos sindicales. Los viejos gremios de minorías militantes —es del caso recordar la persistente oposición de los anarquistas por ejemplo, a la creación de redes de funcionarios permanentes y remunerados en los sindicatos— son sustituidos por nuevos organismos que responden más bien a las características que prevalecieron entre los trabajadores de servicio, características que, probablemente, son las que facilitaron la prolongada hegemonía lograda entre éstos últimos por los "sindicalistas". La eficacia con que condujeron las luchas económicas emprendidas por los gremios en los que tenían predominio resultaba ser así el producto de una concepción más correcta del papel de la movilización de masas como elemento decisivo en la potenciación de la capacidad negociadora de la clase obrera y del reconocimiento del estado como árbitro del conflicto. La acción sindical dejaba de corresponder a las pautas "de acción directa" características del sindicalismo de las tres primeras décadas del siglo, en un momento en que el estado practicaba una política cada vez más intercalada sobre las clases populares entre los costos de respetuosidad de la autonomía sindical, energéticos y honestos organizadores, hábiles negociadores frente a la patronal y el estado, los comunistas conquistaron por esos años un prestigio que entre algunos sectores logró perdu-

## alianza editorial mexicana

### ALIANZA UNIVERSIDAD

E.H. CARR  
HISTORIA DE LA RUSIA SOVIETICA

LA REVOLUCION BOLCHEVIQUE (1917-1923)

1. La conquista y organización del poder [AU 15]
2. El orden económico [AU 19]
3. La Rusia soviética y el mundo [AU 35]

EL INTERREGNO (1923-1924) [AU 75]

EL SOCIALISMO EN UN SOLO PAIS (1924-1926)

1. El escenario. El renacimiento económico [AU 85]
2. La lucha en el partido. El orden soviético [AU 120]
3. Las relaciones exteriores

Primera parte La Unión Soviética y Occidente [AU 151]

Segunda parte La Unión Soviética y Oriente. La estructura de la Comintern [AU 152]



CELEBRACIÓN DEL 1.º DE MAYO  
 Trabajadores del mundo, unidos  
 FIESTAS RITUALES



Con más fe que nunca el proletariado debe reafirmar su decisión de vencer al enemigo

LA REDUCCIÓN DE LA JORNADA

MITIN DEL PRIMER DE MAYO

rar hasta bien avanzado el proceso de control sindical peronista.

3. ¿Pero podríamos deducir de estos éxitos la aceptación por parte de sectores considerables de los trabajadores de la política global de los comunistas? La gravitación sindical conquistada ¿era el resultado de un desplazamiento "de masas" hacia la izquierda en la conciencia política de los trabajadores? ¿Entre Partido comunista y clase obrera se estaba operando ese tipo de "encuentro" a nivel también intelectual y moral evidenciado en la situación chilena desde mediados del treinta en adelante, o en la Francia e Italia de posguerra? Es evidente que se trataba de un fenómeno distinto, más larvado y primitivo; que ni el viraje de las masas era tan claro ni el predominio adquirido tan irreversible como para que pudiera afirmarse que entre las corrientes comunista y socialista y el proletariado industrial urbano existía un bloque político con propuestas alternativas y capacidad hegemónica. Lo que sí existía, y esto vale la pena destacarlo, era una presencia cada vez más significativa de las organizaciones de izquierda dentro del movimiento sindical, lo cual indicaba la maduración de condiciones favorables para la formación de un verdadero movimiento sindical de masas, y la tendencial capacidad comunista de dirigirlo. Sin embargo, el proceso de estructuración de dicho movimiento no habrá de desembocar en los años cuarenta en un bloque político de izquierda dirigiendo a las masas populares, sino en una alianza de la autonomía sindical conquistada con el sector nacionalista del ejército. (En perjuicio, claro está, de comunistas y socialistas, algunos de cuyos dirigentes sindicales fueron absorbidos por el peronismo.) Visto desde la perspectiva que estamos planteando,

do, es éste el significado que asume la fundación en 1945 del Partido laborista y su transformación en soporte electoral de masas de la candidatura de Perón.

El reclamo de participación obrera en las decisiones políticas más estrictamente referidas a su situación de clase —ocupación, salarios, servicios sociales, plena legislación de sus instituciones y de sus derechos laborales y políticos—, que era el resultado lógico de la expansión del movimiento sindical y de la modificación de las relaciones entre el estado y la sociedad, da lugar a una nueva institución política en la que la autonomía obrera encuentra una forma expresiva radicalmente distinta de la propuesta por la izquierda. Si desde mediados de los años treinta el movimiento sindical orientado por comunistas y socialistas había encontrado en la propuesta de formación de un frente popular una síntesis entre economía y política derivada de diversas experiencias internacionales de lucha contra la recomposición capitalista (España, Italia, Francia, Chile, y en cierto sentido México), en las nuevas condiciones generadas por la revolución de 1943 el movimiento obrero visualizaba en el Partido laborista la concreción organizativa de sus exigencias de autonomía política en un tipo de alianza que excluía a los partidos políticos de la clase. Recordemos en tal sentido las palabras con que el ex socialista Angel Borghelli defendía en 1945 esta postura del sindicalismo: "No estamos conformes en que se hable en nuestros nombres; vamos a hablar por nosotros mismos. Y nosotros hemos resuelto que el movimiento sindical argentino, colocándose a la altura de los más adelantados del mundo, grave en la solución de los problemas políticos, económicos e institucionales de la República y a tra-

vitado con absoluta independencia". Lo cual no hacía sino reiterar una concepción de la relación entre política y sindicatos predominante en el gremialismo argentino ya a comienzos de los años cuarenta y que constituye el basamento de todo sindicalismo moderno.

Las explicaciones del fracaso de la izquierda, y más en particular de los comunistas, son diversas aunque giran en realidad en torno a dos líneas interpretativas fundamentales: la de los propios comunistas y la de sus críticos de izquierda. Existen también otras versiones, pero en la medida que se aferran a la creencia en un permanente divorcio prejuiciosamente establecido entre las organizaciones de izquierda y las masas obreras para sostener la absoluta originalidad del peronismo no tienen la más mínima validez historiográfica.

En el caso de los comunistas, su visión del proceso está como siempre signada por la necesidad de defender una tradición de pensamiento y un grupo dirigente y un estilo de razonamiento y de acción política que hace recaer sobre las incomprendiones de los demás —en muchos casos, de sus propios militantes— los fracasos de sus propuestas, con lo cual la no realización de éstas es explicada por las mismas razones que debieran haber llevado lógicamente a su formulación. En nuestro caso el problema se complica aún más por el hecho paradójico que los grandes éxitos comunistas corresponden a una etapa en que su grupo dirigente tradicional no predominaba en su dirección política, mientras que el camino que condujo a la derrota estuvo signado en gran parte por la recuperación de la dirección partidaria por parte de Víctor Codovilla y Rodolfo Ghioldi. Es precisamente desde 1941 que se constituye en el PCA un grupo dirigente destinado a perdurar prácticamente inmodificado hasta el presente. El éxito del peronismo, según esta interpretación, debe ser atribuido a la incapacidad de las formaciones políticas "democráticas" en articular una alternativa de poder de características frentistas lo cual facilitó que mediante la utilización discrecional del aparato del estado la coalición peronista —en ese momento definida como nazi-fascista— pudiera atrapar demagógicamente a vastas capas de trabajadores políticamente inmaduros. Es éste el eje interpretativo con que se analizaron los hechos que condujeron al triunfo de Perón en esta expresión máxima de la distorsión histórica que fue el *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina* publicado en 1947.

Sin embargo, si analizamos con mayor detenimiento los materiales preparatorios del XI Congreso nacional realizado por los comunistas dos meses después de instalación del nuevo gobierno, cuando aún perduraba en el interior del partido la perplejidad causada por el triunfo electoral de un movimiento al que poco antes no se le otorgaba la más mínima chance, podremos encontrar otra explicación a partir de la cual encuentra un fundamento válido todo lo arriba expuesto. Según indican las tesis y el informe de Gerónimo Arnedo Alvarez, gran parte de la responsabilidad de lo ocurrido estaría en los propios errores cometidos por los comunistas y que habrían consistido fundamentalmente "en el debilitamiento de la lucha por las reivindicaciones económicas de los obreros y los trabajadores en general, determinado por el temor de perder aliados en el campo de los sectores burgueses progresistas". El debilita-

miento de las posiciones en el campo obrero no tendrían su explicación única en la represión, "sino fundamentalmente en la aplicación de una política no siempre acertada que nos impidió influenciar y dirigir el movimiento obrero". Esta política, que tendía a privilegiar una salida de tipo intransigente contra el gobierno militar, renunciaba de hecho a la movilización de las masas y objetivamente "enfrentaba al partido con grandes sectores de la clase obrera". "Era claro que el partido, a medida que se desprendía del movimiento de las organizaciones de masas, que postergaba la defensa de sus intereses económicos, se separaba de su punto de apoyo fundamental y tenía que caer inevitablemente en la potestad de esponeñamiento, en el aventurerismo y en la improvisación, sustituyendo la organización por un concepto de espontaneidad de las masas." Gerónimo Arnedo Alvarez, *Cinco años de lucha. Entre el X y XI Congreso*, Buenos Aires, Editorial Anteo, 1946, pp. 43-45.

Este razonamiento, aceptado en ese momento por buena parte de la militancia obrera comunista, tendía en última instancia a dar la razón al variado espectro de corrientes ideológicas y políticas que, desde la izquierda, seguían aún reprochándole al Partido comunista ser intentado supeditar los objetivos propios de la clase obrera a los del bloque político objetivamente conservador de la Unión Democrática, cuando lo que hubiera correspondido era apoyar la coalición peronista, donde por lo menos el momento de la autonomía obrera buscaba puntos originales de su reconstitución con la política. Negándose a admitir el rol hegemónico del partido político prepago por los comunistas como condición *sine qua non* de la reunificación entre política y economía, quienes con razones suficientes los cuestionaban no tenían otras opciones que plantear que las de un proceso que acabaría finalmente por hacer del estado esa fuerza hegemónica que se negaban a admitir. En tal sentido podemos afirmar que tanto defensores como críticos de los comunistas tuvieron —y no podríamos afirmar que aún no lo hie-

masas populares, eran arrastrados a una apreciación incorrecta de las formas de dirigir la lucha contra la dictadura". Si para derrotar a la dictadura era preciso movilizar ampliamente a las masas, lo que los comunistas no lograron entender —según su Secretario general— es que la lucha reivindicativa desempeñaba un papel político excepcional. Pero la desempeñaba no por la posibilidad que abría de politizar la lucha económica sino simplemente por el hecho de que era factible de ser utilizada para precipitar la crisis del gobierno. Partiendo sin saberlo del mismo criterio de la manipulación de la lucha económica en pro de objetivos políticos, lo que Gerónimo Arnedo Alvarez reprochaba a sus compañeros era simplemente no haber comprendido su importancia.

Lo que sectores importantes de la izquierda siguen aún reprochándole al Partido comunista es haber intentado supeditar los objetivos propios de la clase obrera a los del bloque político objetivamente conservador de la Unión Democrática, cuando lo que hubiera correspondido era apoyar la coalición peronista, donde por lo menos el momento de la autonomía obrera buscaba puntos originales de su reconstitución con la política. Negándose a admitir el rol hegemónico del partido político prepago por los comunistas como condición *sine qua non* de la reunificación entre política y economía, quienes con razones suficientes los cuestionaban no tenían otras opciones que plantear que las de un proceso que acabaría finalmente por hacer del estado esa fuerza hegemónica que se negaban a admitir. En tal sentido podemos afirmar que tanto defensores como críticos de los comunistas tuvieron —y no podríamos afirmar que aún no lo hie-

no más bien en su actitud frente a la clase obrera, en su negativa a comprender que a partir de los cambios operados en la sociedad argentina, fundamentalmente desde 1935 en adelante, toda la relación entre economía y política había cambiado y el espacio autónomo que comenzaba a conquistar el sindicalismo requería de propuestas estratégicas y políticas radicalmente distintas de las puramente defensivas del frentismo. Fueron, sin saberlo, uno de los instrumentos más poderosos para la conquista de una conciencia reivindicativa por parte de la clase obrera. Creyendo trabajar como comunistas en el seno de la clase eran en realidad elementos avanzados de la propia clase en la construcción de sus organizaciones. En tal sentido no era estrictamente necesario que existiera identidad entre sus propuestas políticas y su estrategia sindical. Sólo bastaba que no se contradijeran. Cuando las necesidades del bloque antifascista requirieron controlar el movimiento obrero para que no afectara con sus luchas la tasa de ganancia de los capitalistas, la clase abandonó a los dirigentes sindicales defensores de esta política (es ilustrativo en este sentido el caso de Peter en frigoríficos). No necesitó abandonar a los dirigentes, porque en realidad no lo tenía.

Porque esta relación entre clase y partido nunca fue clara ni correctamente entendida por los comunistas; independientemente del signo que adquirió en diversos momentos su línea estratégica y táctica mantenía la continuidad de un error básico. Si esa línea fue desde cierto punto de vista menos incorrecta cuando tendía a ampliar el campo de los aliados de la clase obrera, o cuando en pleno período "neutralista" (la del pacto nazi-soviético) re-

X

## siglo veintiuno editores

novedades

---

**américa nuestra:**

**ANTIMPERIALISMO Y NACIÓN**  
**José Ingenieros (Introducción de Oscar Terán)**

Esta obra se inscribe en una línea editorial que busca rescatar las ideas de quienes han ido forjando el pensamiento socialista en América Latina. José Ingenieros fue uno de los ideólogos del período de la Reforma universitaria y en ese sentido, su aporte se coloca junto al de Mariátegui, Mella, Martínez Villena y otros.

**artes**

**ESCRITOS SOBRE MÚSICA POPULAR**  
**Béla Bartók**

Fruto de los esfuerzos de Bartók como investigador etnomusical, los artículos aquí recopilados constituyen un punto de referencia obligado, en lo teórico y lo metódico, para el estudio del folklore musical.

**economía**

**LA LEY DE LA ACUMULACIÓN Y DEL DERRUMBE DEL SISTEMA CAPITALISTA**  
**Henryk Grossmann**

A partir de una profunda y renovada reflexión crítica sobre los supuestos teóricos del marxismo de la II Internacional, Grossmann intenta colocar sobre nuevas bases "la idea fundamental del sistema de Marx", esto es la teoría de las crisis y del derrumbe". Para ello profundizará en los elementos epistemológicos discriminadores entre la estructura lógica (y la funcionalidad interna) de las categorías de Marx y la de los clásicos hasta lograr rescatar la capacidad interpretativa de la teoría del valor en relación con el nexo producción y reproducción. Con ello Grossmann contribuye en forma sustancial a la definición de la autonomía del marxismo y a una aproximación a la ciencia de El capital como crítica de la economía política.

**sociología y política**

**EL IMPERIALISMO**  
**Fritz Sternberg**

Este libro lleva a cabo un análisis del capitalismo tomando en cuenta que cada piedra de la construcción marxista es rozada por las circunstancias del espacio no capitalista, aspecto descuidado por Marx en El capital.

**ESTADO, PODER Y SOCIALISMO**  
**Nicos Poulantzas**

Hablar del estado y del poder implica situarse en la perspectiva de un cambio. ¿Cuáles son las relaciones entre socialismo y democracia? ¿Cómo combinar, en un socialismo democrático, el desarrollo de las libertades, la transformación de la democracia representativa, con el movimiento autogestionario y la democracia directa de la base? Este es, más allá de los incidentes de la coyuntura política, la cuestión histórica de nuestro tiempo.













ra —de cuya capacidad de contestación política se fue tomando conciencia sobre la marcha hasta ganar a los dirigentes sindicales en forma progresiva—, coreando las consignas "Perón presidente" y "un millón de votos", galvanizó el espíritu de los organizadores del acto y dejó planteada ante ellos la salida política que, en forma errática, por varios meses, habían estado buscando.

El trámite singular que rodeó la salida de Perón del gobierno, la permanencia en él de sus colaboradores más próximos, la falta de un compromiso enfático por parte de las autoridades militares con respecto a la prometida normalización institucional dieron a ese momento una sensación de continuidad que alarmaron a la oposición hasta lanzar una embestida final contra el gobierno con el objetivo de provocar la retirada del ejército a los cuarteles y la asunción del poder político por la Suprema Corte. Sin embargo, la equivocada confianza de la oposición en sus propias fuerzas, su obstinada renuencia a un acuerdo con el ejército frustraron en pocos días dos años de luchas, justo en el instante en que el poder estaba finalmente a su alcance. A la par el gobierno careció de una conducción política capaz de imponerse a las múltiples presiones y de hallar rápidamente la fórmula de compromiso que resolviera la crisis de sucesión que siguió a la caída de Perón. Resulta imposible disociar de esta doble vacancia política el inesperado giro que tomaron los acontecimientos a partir del 12 de octubre, más aún cuando la iniciativa estaba en manos de estos dos sectores debido al estado de desmoralización en que se encontraba Perón y a las opuestas reacciones que existían en el seno del movimiento sindical.

El sábado 13 por la mañana se su-

po que Perón había sido encarcelado y remitido a la isla Martín García; más tarde, su segundo, el coronel Mercante, también fue detenido, y hacia la noche los trabajadores se enteraron por intermedio de Juan Fontanes, nuevo secretario de Trabajo, que ya no contarían, como hasta entonces, con el respaldo activo del estado en la defensa de sus reivindicaciones. La oposición celebró aliviada el nuevo panorama político que se abrió. La restauración había comenzado. "Los patronos —denunció la CGT en su sesión del día 16— han empezado a hacer una ostentación abusiva de su poder proclamando a todos los vientos que la obra de justicia social iniciada desde la Secretaría de Trabajo y Previsión sería arrasada por la nueva situación".<sup>2</sup>

Las graves novedades produjeron un inmediato acercamiento entre los dirigentes obreros. Aunque hubo algaría, como Borlenghi, que pudo sugerir, aún entonces, que el gobierno fuera transferido a la Suprema Corte, las posiciones dominantes en litigio eran las de aquellos que urgían el lanzamiento de la huelga general por la libertad de Perón y la defensa de las mejoras obtenidas, y las de quienes sostenían que previamente era necesario esclarecer con el general Avalos y el presidente Farrell lo que estaba sucediendo. El día 15 una delegación obrera encabezada por Pontieri entrevista al general Avalos, quien afirmó que Perón no se encontraba detenido sino puesto en custodia para su propia seguridad y que las conquistas sociales serán respetadas y en lo posible mejoradas. ¿Había alguna razón para dudar de las palabras de uno de los fundadores del GOU, que había contribuido al ascenso de Perón y que secundó activamente desde el ejército la labor de la Secretaría de Trabajo? Sin ob-

jetar las afirmaciones de Avalos la delegación regresó a la CGT, adonde de la presión por la huelga general era ya incontestable. El lunes 15 los partidarios de la movilización propusieron la consigna en las empresas y discuten los detalles de su implementación, hechos que desmienten aquella exaltación del carácter espontáneo de la reacción de los trabajadores del día 17. Que la reacción de los trabajadores fue espontánea —como salieron a la calle lo hicieron detrás de objetivos que sintieron como propios, como la libertad de Perón—, no significa sin embargo que ella no haya sido preparada previamente por la agitación de los militantes obreros y no contara al mismo tiempo con la coordinación de los sindicatos. Todos estos trabajos dieron unidad a las múltiples iniciativas y fueron supervisados por la dirección paralela que actuaba en la CGT.

Cuando Pontieri convocó a la Comisión Administrativa de la CGT el día 15 por la tarde, era por todos conocido que en Tucumán, en Rosario y en el Gran Buenos Aires varios sindicatos ya se habían anticipado y declarado la huelga por su cuenta. Con esta indisoluble presión de fondo, "la reunión de la Comisión Administrativa —dice Pontieri— fue muy breve. Por unanimidad de todos sus miembros presentes, y atropellando las más elementales normas sindicales y los propios estatutos, sin tan siquiera consultar por lo menos a las comisiones directivas de los gremios más importantes, declaramos la huelga general en todo el país; *ad referendum* del Comité Central Confederativo, convocado para el día siguiente".<sup>3</sup>

La definición de la CGT

Los acontecimientos del día 16 son

centrales porque cuestionan inapelablemente aquella versión de que el 17 de octubre fue un motín popular que habría estallado al margen de las organizaciones e impactado, en forma sorpresiva e incontrolada, la escena política. Es verdad que el 15 y sobre todo el 16 hubo manifestaciones callejeras que pueden hacer aparecer la movilización del 17 como la condensación de una serie de iniciativas aisladas que ese día convergen finalmente a Plaza de Mayo. Pero lo cierto es que hasta que el Comité Central Confederativo no aprobó la huelga general los trabajadores no se lanzaron masivamente a la calle. La sincronización de la movilización obrera, no sólo en Buenos Aires sino también en el interior del país, desmienten a quienes sostienen "la espontaneidad" de los sucesos del 17 a la par que muestran la existencia de una voluntad organizadora. La amplia red sindical estuvo pendiente el 16 de octubre de lo que se resolviera en el CCC, aunque nadie esperó, es cierto, la indicación de la central obrera para declararse en huelga. Pero todos los sindicatos, federados y autónomos, dirigieron naturalmente la atención hacia la CGT, buscando en ella la unidad de acción que garantizara la eficacia de la multiforme y extensa movilización obrera.

Por otro lado, la importancia del 16 de octubre proviene de los debates que se desarrollaron en la célebre reunión del CCC. Las actas, difundidas casi treinta años después de los acontecimientos, permiten restablecer la verdad de los hechos y conocer en forma directa el pensamiento de los dirigentes sindicales. De su lectura se desprende que sólo la Unión Ferroviaria estaba dispuesta a emitir una solución de compromiso con los sectores dominantes

en el ejército luego del desplazamiento de Perón a los efectos de proteger las conquistas sociales obtenidas. Por el contrario, el resto de los delegados asistentes se pronunciaron sin excepción sobre la necesidad de un vigoroso contrataque. Pero lo que convierte a las actas en un documento singularmente valioso es el examen de conciencia de las relaciones entre Perón y los sindicatos que realizaron los dirigentes obreros.

"Si la delación que fue a ver al Presidente recibió la salida de Perón con las conquistas serán respetadas y que el coronel no está detenido, me parece que bajo ningún concepto podemos declarar la huelga general, por cuanto los motivos han desaparecido, y no vaya a ser que atropellando a degüello como queremos hacer con la declaración de la huelga, en vez de favorecer, perjudicarnos al coronel Perón. Delat manera, yo sospecho que con esta huelga favoreceríamos a la clase capitalista y no a los trabajadores", afirmó Manso. Otro delegado ferroviario solicitaba no "olvidar que fue el mismo coronel Perón quien nos dijo que la consigna era del trabajo a casa y que debíamos evitar, por todos los medios la provocación de incidentes".

Varios dirigentes cuestionaron con diversos argumentos la táctica dilatoria de los ferroviarios. Así, Libertario Fernández, dirigente de los trabajadores estatales, defendió la declaración de huelga general en el mismo terreno en el que los ferroviarios se ubicaban para criticarla, esto es en el de la unidad política de la medida, y esgrimió la necesidad de una contraofensiva para resolver en favor de los trabajadores el tenso *impasse* político: "Ayer, cuando se tomó la resolución de declarar la huelga general, en principio, en la reunión de la Comisión Administrativa, yo dije que la huelga sería en defensa de las conquistas obreras y contra la oligarquía que había ganado una posición de privilegio en el gobierno, situación confesada por los propios funcionarios [...] Ayer analizamos extensamente el problema antes de tomar la resolución que ustedes conocen y ahora nuevamente se arguye que no hay razones para declarar la huelga general y que no puede ser motivo el pedido de libertad del coronel Perón. Yo pregunto: ¿Y la negativa de los patronos a pagar el 12 de octubre y a otorgar las vacaciones? [...] ¿Y la prisión del coronel Perón? Porque pese a todo lo que se diga el coronel Perón está preso [...]. Dentro de poco seguiremos nosotros el mismo camino [...]. En concreto, la situación sería: Avuel está con Perón y Vergengo Lima está contra Perón. Me parece entonces que nuestra actitud va a reforzar la posición del primero y tendrá como consecuencia inmediata la libertad de Perón y el aseguramiento de todas nuestras conquistas. Tenemos que aprovechar este momento excepcionalmente favorable para nosotros, pues si no habremos perdido la lucha por muchos años."

Paralelamente a esta discusión de orden táctico se desarrolló otra en torno a una cuestión de principios: ¿podía la CGT, como órgano máximo de los trabajadores, movilizarse por la libertad de Perón? Aparentemente ocioso a la distancia, el interrogante fue planteado y resultó significativo, pues al delatarnos los dirigentes obreros debieron confrontarse a la evidencia insoslayable de los propios límites del movimiento obrero. Néstor Alvarez, secretario adjunto de la central obrera, afirmó que "hay que dejar bien establecido que la CGT, por razones de principios, no puede declarar la huelga ge-

neral solicitando la libertad de Perón. Tenemos una gran gratitud con él, pero nuestros principios son los que orientan al movimiento obrero. La CGT no puede pedir en forma directa la libertad de Perón, pero nuestra resolución ha sido motivada por la emoción ambiente; si hemos de declarar la huelga tendrá que ser en defensa de nuestras conquistas y para parar la reacción patronal [...]. La CGT no puede aparecer como saliendo a la calle en defensa de Perón. Eso sería enajenar el futuro de la central obrera". Ramón W. Tejada responderá: "Por mucho que le des vuelta al asunto, si hemos de declarar la huelga general ella será por la libertad del coronel; por más que esgrimamos otros argumentos éste es el punto básico de nuestra actitud o, para mejor decir, de la clase obrera [...]. Si la CGT pide y gestiona la libertad de Perón vulnerará los principios sindicales, porque podemos decir ahora que el coronel Perón es uno de los nuestros, porque se ha acercado a la clase obrera para defenderla [...]. Tenemos que vivir la realidad del movimiento en el que actua-

mos." Al llamar a la fidelidad de los principios sindicales, Alvarez razonaba como si el centro de gravedad del movimiento obrero siguiera estando todavía en sí mismo, en sus tradiciones, en sus luchas. Como si los líderes sindicales pudieran escoger aún una línea de acción independiente de los términos políticos en que estaba planteado el conflicto de clases y disfrutaran de la misma autonomía con la que, hasta los sucesos de octubre, habían adoptado una actitud especulativa frente a las políticas en pugna. Tejada, en cambio, iluminaba un hecho incontestable. La polarización de la escena política, que culminara con el desplazamiento de Perón, había disminuido drásticamente el margen de maniobra de los sindicatos, colocándolos ante la necesidad de optar y, en la opción, ante el reconocimiento del carácter derivado de su fuerza política. Las posibilidades sindicales de acción económica y política a partir de 1943 estuvieron dadas por el espacio creado gracias a la democratización del estado efectuada por Perón y eran

inseparables, ahora se sabía, de la permanencia de éste en el poder. Ante esta evidencia, el arduo debate en el CCC cobraba una dimensión patética: mientras los principales protagonistas del drama histórico de octubre ya habían hecho sus jugadas y se presentaban ante la CGT con los hechos consumados, el sector del movimiento obrero representado en ella se demoraba buscando difícilmente una salida que sanjara sus contradicciones internas.

Ante la imposibilidad de arriar a un acuerdo, hubo que recurrir finalmente a la votación. La moción de los ferroviarios, que en sustancia proponía declararse en sesión permanente y continuar las negociaciones a nivel oficial, fue derrotada por 16 votos contra 11 por la moción que declaraba el paro general por 24 horas para el día 18.

En la lista de reivindicaciones no figuraba explícitamente el pedido de libertad de Perón, pues seguramente fue negociado y, en consecuencia, omitido para asegurar a la unidad de acción de los sindicatos en esa coyuntura.

## CONCURSO INTERNACIONAL PROCESO-NUEVA IMAGEN

La revista PROCESO y la EDITORIAL NUEVA IMAGEN convocan, desde la ciudad de México, a un concurso sobre el tema:

### EL MILITARISMO EN AMÉRICA LATINA

de acuerdo a las siguientes bases:

- 1 Podrán participar en el concurso libros inéditos que pertenezcan a los siguientes géneros:  
a) ENSAYO  
b) NARRATIVA (novela, cuento)  
c) PERIODISMO (reportaje, crónica, entrevista)  
d) DIBUJO (blanco y negro)
- 2 Los trabajos pertenecientes a cualquiera de los géneros literarios deberán presentarse en idioma español, y su extensión no deberá ser menor de 100 cuartillas ni mayor de 300. Los trabajos pertenecientes al género dibujo deberán presentarse en forma que su publicación sea factible, con una extensión no menor de 80 páginas.
- 3 Podrán participar en el concurso escritores y artistas de cualquier nacionalidad.
- 4 Los trabajos (original y dos copias) deberán enviarse con los siguientes datos: nombre completo del autor (sin seudónimo), nacionalidad, domicilio, teléfono y ciudad de residencia. Se recibirán hasta el 31 de julio de 1980. Los envíos (por los que se acusará recibo), deben hacerse a:

Concurso Proceso-Nueva Imagen  
Sacramento No 109  
México 12, D. F. MÉXICO

Para cualquier consulta dirigirse a la coordinación del concurso en el domicilio indicado.

Jean Casimir (HAITI)  
Julio Cortázar (ARGENTINA)  
Ariel Dorfman (CHILE)  
Theotonio Dos Santos (BRASIL)  
Gabriel García Márquez (COLOMBIA)

Pablo González Casanova (MÉXICO)  
Carlos Quijano (URUGUAY)  
Augusto Roa Bastos (PARAGUAY)  
Julio Scherer García (MÉXICO)  
René Zavaleta Mercado (BOLIVIA)

México D. F., septiembre de 1979

Agustín Cueva



Murcia 2, México 19, D. F.  
563-6966 y 563-6990

El autor presenta en este libro, reunidos por primera vez, un conjunto de ensayos dedicados, por una parte, a la revisión crítica de la evolución de la teoría sociológica latinoamericana en los últimos quince años, y, por otra, al análisis de las condiciones económicas, sociales y políticas que han determinado el surgimiento de los regímenes de corte fascista en América del Sur. Las dos partes están unidas por la preocupación común de indagar la complejidad de nuestro desarrollo histórico y por un tratamiento apasionado y polémico que, sin menoscabar el rigor científico de los trabajos incluidos, los convierte en instrumentos incisivos del debate actual.

TEORIAS SOCIALES  
Y  
PROCESOS POLITICOS  
EN AMERICA LATINA

Que la huelga haya sido resultada para el día 18 y que la movilización obrera se produjera el 17 indica que la decisión de la CGT tuvo, en rigor, apenas una función operativa: comunicar a los distintos sindicatos que estaban en estado de alerta desde el día 15 que formaban parte de un movimiento de protesta colectivo, y darles, de este modo, el respaldo necesario para pasar inmediatamente a la acción. En las circunstancias que se vivían entonces, esa función fue, con todo, importante.

Una vez declarada la huelga, los directivos de la CGT entraron en contacto con otras organizaciones gremiales no federadas, que ya habían hecho lo propio, y constituyeron el Comité nacional de huelga. Su primera tarea fue entrevistarse, el día 17 a las 13 horas, con el general AVALOS, incorporándose así a las negociaciones que habrán de desarrollarse durante toda la jornada, teniendo una participación activa en los tramos decisivos previos al conocido desenlace. Un primer fracaso de las conversaciones habría la posibilidad de una revisión, al colocar al ministro de Guerra sin argumentos frente a quienes, como VERNIGO Lima, presionaban sobre el presidente Farrell, urgiendo frenar por la fuerza la movilización obrera. AVALOS, no obstante, favoreció por la indecisión del presidente, persistió en su disposición al compromiso, y después de la negativa de los dirigentes sindicales inició nuevas tratativas con Mercante, a quien convocó luego de ordenar su libertad. Cuando comenzaron estos últimos contactos ya era media tarde, y para entonces la multitud que se había congregado en Plaza de Mayo, sin encontrar resistencias, sólo podía ser desalojada al precio de una masacre. Y tal cosa no entraba en los cálculos del ministro de Guerra, quien prefiriendo "la derrota antes que el derramamiento de sangre" propuso a Mercante que reclamara la intervención de Perón para que "calmara a la gente concentrada en Plaza de Mayo" a cambio de devolverle el poder.

En la gestación de este episodio final el Comité de huelga aparece nuevamente en la crónica de los acontecimientos. Luego de la entrevista

con AVALOS, y después de obtener la autorización del presidente Farrell, lograron llegar al Hospital militar, donde hallaron a Perón indeciso aún sobre el camino a seguir. Participaron entonces en la discusión en que se definió la contrapropuesta a AVALOS, y más tarde se reunieron nuevamente con Farrell para reiterarle el pedido de libertad de Perón y la necesidad de que se constituya "un gobierno que fuera garantía de democracia y libertad para el país y que cesara para pasar inmediatamente a la acción. En las circunstancias que se vivían entonces, esa función fue, con todo, importante.

Cuando a las 11 de la noche, aclamado por los trabajadores, Perón apareció en los balcones de la Casa de gobierno y concluyó el 17 de octubre, nadie podía discutir la sensación de triunfo de los dirigentes sindicales. Es cierto que para ellos se presentaron condiciones propias, pero todas ellas pudieron ser aprovechadas gracias a la declaración de huelga general que, como quiso Libertario Ferrari, contribuyó a definir la crisis en la dirección de las demandas de los trabajadores. Huelga general que, a su vez, contó con el respaldo de todo el movimiento sindical. Es cierto que existieron en el comienzo reacciones diferentes ante la crisis, pero éstas no tuvieron por fundamento la existencia de posiciones objetivas irreconciliables, como la presunta fractura entre una vieja aristocracia obrera y una nueva clase obrera de reciente origen migratorio permitiría suponer. Antes bien, tales diferencias derivaban de las distintas experiencias de lucha de las diversas fracciones de la clase obrera. Los sectores de más antigua militancia tendieron a comportarse en forma vacilante y a concebir más trabosamente la posibilidad de revertir el proceso. Su táctica permanente encadenada a una visión de la acción sindical tributaria de largos años de frustraciones y apuntó, en primer lugar, a asegurar la supervivencia de las organizaciones obreras, buscando para ello desligarse de un compromiso abierto con los bandos en pugna, levantando en medio del conflicto, a la vez político y social, una plataforma de principios. Con todo, en el interior de estos sectores obreros tampoco se puede hablar de

## Disolución de FORJA

15 de diciembre de 1945

Las Asambleas generales de FORJA:  
Considerando:

- 1] La resolución de la misma, de fecha 15 de octubre de 1945, en solidaridad con el movimiento popular de esa jornada y las siguientes.
- 2] La identidad de la gran mayoría de sus miembros con el pensamiento y la acción popular en marcha y su incorporación al mismo.

Declara:

1] Que el pensamiento y las finalidades perseguidas al crearse FORJA están cumplidos al definirse un movimiento popular en condiciones políticas y sociales que son la expresión colectiva de una voluntad nacional de realización cuya carencia de sostén político motivó la formación de FORJA ante su abandono por el radicalismo.

Y resuelve:

La disolución de FORJA dejando en libertad de acción a sus afiliados.

Firmado:

Arturo Jauretche, presidente  
Darío Alesandro, secretario de las asambleas

una respuesta homogénea.

Más unidad, menos fisura interna, tuvo la reacción de los sectores obreros que comenzaron a organizarse a partir de 1943, y también ella reflejó, en su audacia política, las condiciones en que éstos habían llevado a cabo sus primeras experiencias de lucha, todo lo cual les permitió actuar en la coyuntura poniendo de manifiesto una disposición para la movilización que no era separable del proceso de activación política que Perón había lanzado desde el poder. Precisamente por ser nuevos en la acción sindical y haber llevado a cabo sus primeras luchas sin la hipoteca de un pasado sin fracasos no estuvieron dispuestos a tranzar en sus demandas y a disciplinar la combatividad que habían desarrollado en el período de la movilización abierto en 1943.

La expansión del sindicalismo de masas no se había producido en el mismo contexto de aislamiento social y exclusión política que conoció el movimiento obrero clásico en sus etapas iniciales, sino que, desde un comienzo, fue una pieza importante en los esfuerzos de Perón por darse

una base política propia y afirmar el poder del estado frente a la coalición político-social opositora. Gracias a este carácter, que recibía sobre todo por el hecho de movilizar una masa numéricamente significativa en el mercado político urbano, contó con el estímulo y el respaldo oficial y terminó haciendo de la presión sobre el estado la estrategia sindical por excelencia. En rigor, su desarrollo posterior, esto es su progresiva pérdida de autonomía, no fue más que el desenvolvimiento de las premisas que presidieron el momento de su constitución durante los años 1943-1945.

1 Luis Gav, Archivo de historia oral, Buenos Aires, Instituto Di Tella.

2 Acta de la sesión del CCC de la CGT del 16 de octubre transcrita en *Fuado y Presente* núm. 2/3 (nueva serie), Buenos Aires, julio-diciembre de 1972.

3 Silverio Pontieri, *La Confederación General del Trabajo y la revolución del 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Pirámide, 1972, p. 51.



## BLOQUES Y ESTRATEGIAS

### Argentina en el conflicto de hegemonías

Ricardo Nudelman

En un reciente artículo publicado por *Cuadernos Auncha*. (Nº 2, México, 1979), Esteban Righi apunta que "como consecuencia del golpe de Estado, las relaciones exteriores (de Argentina) carecen de objetivos propios, habiendo quedado reducida a la búsqueda infructuosa por superar una situación de aislamiento". Esto es absolutamente cierto: si pudiera definir una tendencia principal en los objetivos buscados por la política exterior de la dictadura militar, diría que ha sido la de recomponer su imagen, deteriorada por las denuncias internacionales a las violaciones de los derechos humanos. Es decir, lo que podría denominarse una política exterior a la defensiva.

Los muy recientes e interesantes cambios ocurridos en Brasil, en Ecuador, en Bolivia y en Perú, no habrán sino de complicar el panorama de la cancillería argentina, y de poner más en descubierto las falencias de su balbuceante política exterior.

Esbozados en rápida síntesis, señalaremos los que han sido los objetivos de la política exterior de nuestro país: a) tradicionalmente, y hasta los primeros años de la década de los '60, fue la hipótesis de guerra con Brasil y, en consecuencia, el delineamiento de una serie de alianzas estratégicas que acompañaban a esta hipótesis: en este sentido, la alianza con Perú y Venezuela, o la reiterada disputa por influenciar a Paraguay y a Bolivia; b) a partir de 1965 (recuérdese la conferencia de comandantes en jefe realizada en Panamá, y a la que asistiera el general Onganía), comenzó la conversión de los ejércitos latinoamericanos en custodios de la seguridad y el orden internos, modificándose en consecuencia sus organizaciones, armamentos y ubicación geográfica, sazando dichas modificaciones con doctrinas *ad-hoc* tales como la de la "seguridad nacional" y la de las "fronteras ideológicas". Hubo también que redefinir qué enemigo externo apoyaría la subversión interior y adecuar el manejo de la política externa a estos parámetros.

Ubicada en este contexto, la aspiración argentina habría sido, en el mejor de los casos, la de constituirse en un satélite privilegiado de los Estados Unidos, para cumplir el papel de vanguardia de los demás países de la zona en la lucha contra cualquiera que atentase, desde afuera o desde adentro, contra el sistema occidental y cristiano.

Pero la política norteamericana en el área ha sido también reiteradamente modificada en el curso de los últimos años. Se ha pasado del sostenimiento de dictaduras estilo Trujillo o Batista al impulso de regímenes tipo Betancourt o Figueres, para arribar luego a la idea kisingeriana de que lo más apto sería la nominación de un país-guía cuyo peso determinaría la actitud de los demás ("hacia donde vaya Brasil, irá América Latina").

Hoy los Estados Unidos tampoco parecen tener una política demasiado definida y precisa hacia América Latina. Podría afirmarse que el interés norteamericano sobre lo que sucede al sur de sus fronteras se centra en estos momentos en México y en Nicaragua. En el primero, a partir de sus necesidades estratégicas de hidrocarburos y por las dificultades crecientes que presenta el panorama del Medio Oriente, y en la segunda por el temor a que se convierta en una nueva cabeza de puente soviética que amenace directamente a los tambaleantes gobiernos de Guatemala y El Salvador.

Y si afirmamos que la política latinoamericana de los EE.UU. no ha sido nunca lo que llamaríamos "permanente", la de la administración Carter ha sido particularmente vacilante y contradictoria. Con el agravante de que su política de defensa de los derechos humanos lo ha llevado a una incómoda situación de enfrentamiento con los regímenes militares, agudizándose esto en el caso de Argentina.

Por otra parte, América Latina ya no es el terreno indiscutido del imperialismo norteamericano, su "patio trasero". Otras fuerzas de alcance internacional han tomado conciencia de su importancia política y estratégica, y han comenzado a tender sus puentes a distintos niveles. La socialdemocracia europea ha sido quizá la más explícita al respecto. En sus congresos y reuniones el tema latinoamericano ha cobrado cada vez mayor importancia, en tanto que se han sucedido algunos hechos que van destacando ese interés: en Nicaragua pareció existir un apoyo socialdemócrata a una de las fracciones del sandinismo y luego una maniobra fallida para constituir una organización política que reflejara sus puntos de vista. El caso de la "apertura" brasileña, que parece corresponder, además de las tensiones políticas y sociales de más de 15 años de dictadura militar, a las crecientes contradiccio-

nes entre el capital norteamericano y europeo, ha significado un hecho de particular importancia para los estrates socialdemócratas, y llama la atención la publicación que se ha hecho de la "apertura" y del retorno a Brasil de algunos políticos, en particular Brizola.

Además de la socialdemocracia, otros dos intrusos buscan ubicarse dentro del panorama latinoamericano: el socialcomunismo y la Unión Soviética. El primero, pese a una cierta influencia en Venezuela y Chile que reconoce un cierto pasado, y de las recientes y futuras giras papales, no parece haber logrado aún definir sus centros de interés en América Latina.

La URSS, por su parte, tiene ya una larga historia de intentos por lograr una influencia significativa, especialmente a partir del momento en que define como centro de gravedad de su política exterior a la disputa con los EE.UU. por la hegemonía internacional. En este sentido se ha podido observar un crecimiento sustancial de las relaciones comerciales, culturales, etc., de la URSS y de los países de Europa oriental con los países latinoamericanos, una participación creciente en la provisión de equipos militares (territorio anfitrión de las pruebas exclusivamente al dominio norteamericano), aporte tecnológico, financiamiento, etcétera.

En el artículo antes citado, Righi señala que "si la soledad internacional que padece el gobierno argentino no ha sido mayor es consecuencia de que el 'modelo occidental y cristiano' no ha sido atacado por los países comunistas, quienes en general en los últimos tres años han superado toda consideración ideológica a conveniencias geopolíticas y comercio exterior". Y especula, a renglón seguido, con la hipótesis de que el dominio del Atlántico Sur explica los intentos soviéticos de dominación del área. Hipótesis que, desde mi punto de vista, es correcta pero no suficiente.

El Atlántico Sur es un punto estratégico de indudable importancia para las dos superpotencias: por allí pasa una de las rutas fundamentales para el tráfico comercial proveniente del Golfo Pérsico y con destino a América del Norte y Europa, fundamentalmente de energéticos. Obviamente, quien intentara estrangular el aprovisionamiento de los EE.UU. y de Europa debería intentar el control del Índico y del Atlántico Sur.

En los últimos diez años ha venido modificándose la correlación de fuerzas entre los dos colosos mundiales con relación a la hegemonía sobre estos dos pasos estratégicos. El acceso al poder del MPLA en Angola, cuestionó la hasta entonces indiscutible autoridad norteamericana sobre la costa oeste de África. El establecimiento de bases navales y de reaprovisionamiento soviéticas en los puertos de Angola y la presencia de una flota soviética en el Atlántico Sur serían hechos ya inminentes.

De llegar a estabilizarse el control soviético sobre el Mar Rojo y el Índico, y todo parece indicar que han puesto todos sus esfuerzos para lograrlo, así como el afianzamiento de su influencia en el sur de África, el paso siguiente sería, lógicamente, una ofensiva en el Atlántico sur y en el cono sur. De ahí la importancia que asignamos a los esfuerzos de la URSS por lograr una presencia importante en el área.

La reciente Conferencia Cumbre de Países No Alineados realizada en La Habana marcó un rumbo diferente en lo que había sido la característica principal del movimiento no alineado hasta entonces. Si bien no puede decirse que la línea favorable a un entendimiento con la URSS haya triunfado en todos los temas tratados (especialmente los más conflictivos de ellos, como por ejemplo el de la representación de Kampuchea o la propuesta de expulsión de Egipto), la ausencia de toda referencia a la situación argentina actual en el documento final (salvo la declaración de apoyo a la reivindicación argentina de soberanía sobre las Islas Malvinas, que también es proclamada por la dictadura militar) indica, a mi entender, una clara aceptación de la política soviética en el área.

La invitación personal que Fidel Castro extendió al general Videla para que concurriese a la conferencia fue rechazada por el dictador argentino, y en su lugar fue enviado el subsecretario de Relaciones Exteriores, un gesto que cualquiera podría interpretar como de subestimación del gobierno argentino hacia la reunión o al invitante.

Sentado sobre 15 000 cadáveres y 20 000 desaparecidos, el delegado argentino escuchó complacido las acusaciones y denuncias que se hicie-











## La era Menotti

Carlos Ulanovsky

*El lema de César Luis Menotti, director técnico del seleccionado argentino campeón mundial de fútbol 1978, tiene especiales resonancias en la actual etapa del país. Morir con la de uno, en nuestra jerga popular, significa creer y poner el hombro en el esfuerzo. Simbólicamente irónico cuando en los últimos cuatro años se persiguió a tantos argentinos que, en diferentes trabajos y dedicaciones, también creyeron en muchos proyectos que tendían a mejorar aspectos de la realidad.*

Entre las frases que en estos 5 últimos años Menotti pronunció por propia voluntad o por obligación, elijo, por su significado "hay que morir con la nuestra". Sin que él se lo hubiera propuesto, la frase sirve para hacer más elocuentes algunas paradojas del momento argentino. De esto —y absolutamente nada más— trata la siguiente reflexión.

Antes de otra cosa, quiero confesar mi admiración por Menotti. Por su franqueza; por su limpieza de procedimientos; por la forma en que protegió su integridad profesional; por cómo se jugó en la defensa de sus elegidos; por sus firmes convicciones con respecto al trabajo en equipo. Pero mi admiración aumenta frente al pletórico contenido del "hay que morir con la nuestra".

En el lenguaje de Menotti, "hay que morir con la nuestra" significa que si los jugadores argentinos fueron dotados por la naturaleza con un determinado estilo de juego (visosidad, dominio de pelota, toque,

habilidad en exceso), no es conveniente obligarlos a cambiar sólo porque los estilos europeos estén de moda.

Pero, ¿por qué a sí si le permitieron llevar su proyecto hasta sus últimas y más memorables consecuencias y a muchos otros, por empeñarse en variadas circunstancias, les hicieron la vida imposible?

Probablemente porque en lo que va del siglo a pocos proyectos en la Argentina se le dio tanta importancia como al del Mundial 78. Aunque estuvieran movidos por procedimientos prácticos e intenciones morales muy similares, Menotti y otros ciudadanos vivieron formas distintas de "morir con la nuestra". Desde la perspectiva del poder, sancionados porque los proyectos de uno y otros eran totalmente distintos.

Puede haber sido un periodista, un maestro de campo, un abogado o un científico, quien con honestidad comparable a la de Menotti en el seleccionado de fútbol, intentó

encarar su tarea con sentido de la responsabilidad y compromiso, hacer del pensamiento de todos los días una aventura de creatividad y de su tarea algo más que una simple obligación.

Desde luego, Menotti no es el culpable de estas diferencias. El procedió con entereza, con sentido humano y con mucha dignidad. Tanta que los procedimientos de los que se valió para lograr sus objetivos futbolísticos no pueden compararse a los que utilizaron los gobernantes para concretar los suyos.

### Los procedimientos

Menotti defendió a sus elegidos, pero no pudo evitar la creciente miserabilidad de una época en la que nadie se acordaba de defender a nadie.

Sus firmes convicciones del trabajo en equipo no impidieron que otras manifestaciones colectivas fueran consideradas sospechosas.

Para arribar al éxito final, Menotti seleccionó a quienes, según su criterio, ostentaban las mejores virtudes futbolísticas pero también humanas. En otras áreas, los pensantes fueron ignorados y los mediocre se mantuvieron la hegemonía.

No realizó declaraciones ampulosas; no mintió para salvarse; encarcó con sobriedad una tarea de resonancia nacional; no alentó falsas opciones en las que el destino, la grandeza o el porvenir de la patria quedarán en el medio.

Consiguió el respeto de la mayoría, pero sin otras armas que la eficacia, la férrea creencia en un sistema y su propio talento. Obtuvo adhesión sin necesidad de recurrir al recurso del terror, porque ayudó a recuperar en alegría algo de lo mucho quitado.

Menotti subsanó ciertas fallas le-

gendarias de personalidad del jugador argentino, pero su influencia no fue suficiente para modificar algunas características negativas del ser argentino. Hizo caminar a un seleccionado, pero no solucionó los problemas del fútbol.

Llegó a pelearse con los dirigentes para obtener las remuneraciones más convenientes para él y sus dirigidos, pero a los obreros que ganan sueldos bajísimos, sólo pudo darles alegrías de tipo espiritual.

Consiguió frenar el éxodo de jugadores en 1976, pero no pudo hacer lo mismo para evitar la salida de millares de técnicos, profesionales y científicos que constituyen el capital intelectual de cualquier país.

Menotti demostró cabalmente la necesidad y conveniencia de un proceso largo, basado en la búsqueda de lo mejor y en la afirmación de objetivos. Pero no por ello el actual proceso político ganó en credibilidad.

Como en tantos otros temas, una cosa es morir con la nuestra y otra poder hacerlo.

Menotti pudo, pero también lo dejaron en ese extraño país del cono sur en donde empujamentos semejantes suelen terminar en el fracaso, la indiferencia o la muerte.

Menotti quiso y lo logró dando con sobriedad una tarea de resonancia nacional; no alentó falsas opciones en las que el destino, la grandeza o el porvenir de la patria quedarán en el medio.

Feliz de él, porque muchos de nosotros, llenos de intenciones, no llegamos a hacerlo.

Sin embargo, estando lejos, una forma adecuada (médica, posible) de morir con la nuestra podría ser empeñar el corazón con nobleza, comprometer el esfuerzo con generosidad, ser cada vez mejores, más honestos, más limpios.

## FICCIÓN

### La bolsa

Ernesto A. Bavio

Debimos comprenderlo mucho antes. En realidad no había motivos para la sorpresa. Hasta podía pensarse como un anhelo natural después de tanto tiempo de separación y con 15.000 km. de distancia.

Lo había decidido. En estos cinco años (casi seis, me corrige Aurora) fantaseamos con la idea y es probable incluso que la hayamos estimulado. Nos hacía bien creer que de verdad queríamos su visita; sin embargo, siempre supimos encontrar una buena excusa.

Razones lógicas, claro está: primero, la búsqueda de departamento; luego, las visas sin que pareciera exilio, un trabajo más o menos seguro, los estudios de Aurora, y así hasta ("Queridos hijos: tengo para darte una buena noticia: Dios mediante, en una semana estaré en ésa...").

Aurora me odiaba y condenaba con esos ojos que usa para decir sin hablar: la culpa es tuya, tendrías que haberlo previsto y ahora qué hacemos ("...pienso estar contigo unos quince días, ¡te extraño tanto!, ¿cómo no viniste cuando papá...? no, mejor no digo nada, ya sé que no te gusta que te diga esas cosas pero de todos modos, ¿por qué...?").

Nada nos era menos necesario a cinco años de escape (casi seis, me corrige Aurora) que la visita de mi madre ("...la tía Juliana cada vez peor, su enfermedad avanza con los años y a pesar de lo que diga el médico yo creo que no pasa de...").

Llegó en el vuelo del miércoles. En el taxi, desde el aeropuerto, supo cuidarse de mostrar la bolsa; sus ojos se animaban con la tensión que ella aumentaba o disminuía alternando ritmos avorados o complacientes en sentido inverso a los requerimientos de nuestra ansiedad. Ella sabía, ella graduaba las expectativas, ella decidía cuándo.

Con Aurora pasamos la víspera de su arribo organizando un plan defensivo; era bueno, calculado simple y framente, sin piedad. Tantas veces lo repetimos, y con tanta seguridad, que llegamos incluso a sentirnos impenetrables: la inundaríamos de pasos, le ahogaríamos con todo y bolsa en el Caribe y Acapulco, llenaríamos su boca de comidas exóticas, no permitiríamos que abriese la bolsa, la llevaríamos, haríamos...

Al primero que sacó fue a papá. Era su segundo café en casa, recién llegada, las muelas en el suelo.

No nos dio tiempo y al primero que sacó fue a papá. Con suaves movimientos malabares lo hizo aparecer desde el fondo de una bolsa sin fondos, su canto de sirena acometía al detalle un cráneo impúdico, los ojos silenciosos, el pañuelo final acompañando al mentón, con nudó en la cabeza.

## Los dibujos de Nicolás Amoroso

Néstor García Canclini

Hay que ver los dibujos de Nicolás con música de Piazzola. Su mundo es el del tango, pero mirado desde la década del 70. Vida de pensión y de barrio, ropa colgada en el patio, el encuentro de hombres duros y mujeres sensuales en la ciudad, todo sin el melodrama, sin la autocomplacencia quejosa de la música clásica de Buenos Aires. Es que no vivimos en una época clásica.

Los dibujos de Amoroso recorren las contradicciones de la Argentina en los años recientes. La primera etapa exhibida, que abarca los años 1975 y 1976, presenta un ciclo de personajes sin contexto, desprovistos de un mundo en el cual pudieran anclarse. En un proceso de transición brusca, cuando todo vacila, pareciera buscar en la figura humana nuevos puntos de partida. "Cuál de las puertas", donde vemos a un hombre mirando ante una serie de puertas insertadas a cada una dentro de las otras, habla angustiosamente de estado indagación. Dos obras referidas a militares condensan su ambiguo papel histórico: "El conquistador", con el brazo derecho en actitud triunfante de ocupación de un territorio mientras parte del cuerpo se confunde o desdobra en una figura cadavérica que asocia la opresión con la muerte; "Adelante" describe los vínculos entre un militar y su alter ego payasesco en el espejo, combinando

elementos de la conquista y otros actuales. "El angelito", alusión a una leyenda rural argentina en la que los niños que mueren son a la vez motivo de tristeza y regocijo, le permite extremar su hábil oposición de zonas negras y blancas, tierra y cielo, símbolos del dolor y su superación.

A fines del año 76 y durante el 77, Amoroso contextualiza sus personajes con ambiente y objetos minuciosamente detallados y aglomerados en una imagen sobrestimada. La expresividad se desplaza de los cuerpos y los rostros a las cosas. Interiores de pensiones, cuartos sórdidos, en los que la diversidad de objetos vecinos indica que es un único lugar de vida, donde se duerme, se come, se estudia, se lava. En algunas obras hay resonancias de pieza de estudiante; en otras, la madurez desencantada de los habitantes y de sus posesiones nos refiere al trabajo mal pagado y la desocupación. No aparecen situaciones opresivas sino sus efectos en el lugar más íntimo, donde se aprietan los ecos del resto de la vida.

El preciso realismo (cada perfil de la mesa, cada pliegue de la ropa rigurosamente trazados) es trascendente por las alusiones, lo no dicho que sin embargo vibra en la manera de organizar el espacio.

Podemos distinguir dentro de la producción de 77 obras diferentes

que nos fue dando poco a poco, con grave deleite embesado, enseñándonos cómo y por qué su vientre canceroso, cómo y por qué el sexo desahogado y flácido, cómo y por qué las piernas imberbes y promiscuas, la agnía, los deslucidos pies amarillentos.

En estos cinco años forasteros (casi seis, me corrige Aurora) mucha gente vino a visitarnos. Todos portadores de una bolsa igualmente destemplada, perversa; mas ninguna podía compararse con la que defendían las implacables espaldas de mi madre. Quizá la diferencia estribara en que a los otros nunca les permitimos abrirnos la casa; en una café tal vez, en una guitarra, pero nunca en la casa. Con mi madre creímos que... Pero ella sabe, ella maneja todas las formas de la vergüenza, los temores. El siguiente fue Daniel. Era la quinta noche y, con desesperanza, pensamos que mamá desistiría.

El siguiente fue Daniel y lo sacó entre el poste y la guitarra de Carulli, en el momento justo que deja resqueño a la imaginación (ella sabe). Estaba impresionante: cuatro balazos en círculo le borran la cara adolescente; la bolsa que se fue abriendo cual mágica galea en medio de una nube apesosa, irrevocable, y los gritos de Daniel se acompañan sobre las notas de la guitarra. Detrás de él sacó a sus cinco compañeros de militancia; por suerte, sólo conocíamos a tres. Los aplamamos en la sofá.

A diez días de su llegada no cabían en el departamento; con la mejor buena voluntad tuvimos que acomodarlos en cualquier rincón: el closet de la cocina era rústico albergue para la muerte de la tía Amanda; sobre la cama matrimonial opinó papá y el policía del quinto "B"; en el baño grande, debajo de la ducha e irremediadamente muerta de un ataque al corazón, la flaca Marina nos pedía disculpas por tanta molestia involuntaria; en el cuarto de los niños sentamos el cadáver del cura Carbalaj, el de la marcha pacifista.

Mamá marcaba la rutina sin escrúpulos, amorosamente.

Muchos otros pasaban turno dentro de su bolsa; gente que creímos dejar en a partida, lejos del país miserablemente bello.

A los catorce días, Aurora tuvo una excelente idea:

—Basta de huir —me dijo. Al menos de esa forma desalojaremos la casa.

Para variar tenía razón y a la siguiente hora ya habíamos tejido nuestra propia bolsa.

—A qué seguir fingiendo —dije, y acaso tuvo tiempo de volver hacia atrás cuando mamá ordenaba el horror de la huida.

Para entonces ya había desenterrado a Carlos el del taller, a Sapito el guerrillero de Wilde, al tío segundo de Bariloche, a Martina mi maestra de tercero...

La despedida fue cordial. Secilla y lacrimosa, mi madre prometía regresar el año próximo.

Aurora y yo nos despedíamos con una intensidad recién nacida, aun que sintiendo al menos que esta vez los sentimientos coincidían.

Si, quizás el año próximo alguien vendrá de allá, se hospedará en la casa, dejará su bolsa sobre la mesa de la sala y al segundo café, recién llegado, con malicioso alivio sacará a mi madre.

futbolística. "Todos los domingos", un público ferviente detrás del alambrado de una cancha, encerrado, separado de lo que festeja. En "El reposo" un deportista acostado, con los ojos cubiertos, alude a un enfermo o un torturado. Ahora vuelven a importar menos los objetos y la ambientación; la imagen se concentra otra vez en la expresividad de los cuerpos y los rostros. En algunas obras, el sentido espectacular del tema es traspasado a la representación con recursos que evocan el lenguaje de la gráfica masiva, la estilización de la publicidad y las historietas, y hacen pensar en que el autor es dibujante, pintor y cineasta. Valoro muy positivamente lo que estas influencias plurales han permitido en sus obras, en el esquematismo de la imagen y la combinación de técnicas. Sólo pediría que en unos pocos casos Amoroso controlara más los riesgos decorativos, cierto lujo visual que sin duda tienta en esos procedimientos, sobre todo al ocuparse del tema del espectáculo. Como lo hace en otros de admirable sobriedad y economía.

Discípulo afirmaba hace medio siglo que el tango es un pensamiento triste que se baila. Ahora hay que decir que se sigue escuchando con veneración, pero cada vez se baila menos, y que la tristeza depende del pensamiento que cada compositor resalte: el abandono, el duelo edípico, el amor a la mujer irremplazable, la amistad o la venganza entre hombres, "la fiesta y la inocencia del coraje" (Borges). La música de Piazzola es una nostalgia energética que se escucha. Los grabados de Nicolás, una bronca insinuada que se mira.







Luchas y aumentos salariales

Septiembre, octubre y noviembre mostraron un cuadro de múltiples conflictos laborales en la Argentina. El reclamo por incrementos salariales fue el dominador común en las distintas luchas. A partir de esta reivindicación se sumaron luego, en muchos casos, medidas de fuerzas por reincorporación de despididos y tensas esperas en cada una de las negociaciones donde difirieron los montos de aumentos solicitados por los productores y lo contrapropuesto por las patronales. Puede decirse que casi todos los conflictos concluyeron con el logro de los reclamos obreros. En este panorama existieron pedidos de incrementos salariales de hasta un 80 %, enfrentados a una media del 8 al 15 % como primera respuesta común por parte de los sectores empresarios. Como término medio, las soluciones se dieron entre un 25 y un 40 %. Aproximadamente, en el total de los conflictos, participaron unos 80 mil trabajadores,

Segunda quincena de septiembre

- 1] **Estibadores:** Puerto de Buenos Aires. Paros parciales cotidianos. Reclamo: 50 % de aumento en los salarios. Sin definir.
- 2] **SAFRAR-Peugeot:** planta de Berazategui, 5 500 trabajadores. Brazos caídos y paralización general de actividades. 23 % de aumento logrado y reincorporación de despedidos.
- 3] **Unión Tranviarios Automotor:** reclamo 40 % de aumento.
- 4] **La Fraternidad:** estado de alerta virtual. Reclamo 35 % de aumento en los salarios.
- 5] **Unión de Empleados de Justicia:** reclamo 35 % de aumento.
- 6] **Sindicato Unido Petrolero del Estado:** reclamo 30 % de aumento.

Primera quincena de octubre

- 7] **Standard Electric:** planta San Isidro, 3 000 trabajadores, paro de dos semanas, 25 % de aumento conseguido.
- 8] **Chrysler Fevre Argentina:** plantas de San Justo y Monte Chingolo, 20% de aumento conseguido.
- 9] **UTA de Rosario:** reclamo de 35 % de aumento, paros escalonados.
- 10] **Transportistas de Tucumán:** paro por aumentos salariales.
- 11] **Textil Bolsalona:** La Paternal, 40 % de aumento solicitado, 300 trabajadores, aún sin solución.
- 12] **Textil Salafa:** 400 trabajadores, paro por 40 % de aumento logrado.
- 13] **Textil Alpes:** 400 trabajadores, 30 días de trabajo a reglamento, luego paro por incrementos salariales.
- 14] **Gilera (Planta Libertador Motor):** 350 trabajadores, 15 días de conflicto con cinco de paro general. Logro: 30 % de aumento y reincorporación de 40 despedidos.
- 15] **Textil Bernalesa:** 1 500 obreros, paro solicitando 70 % de aumento.
- 16] **Diario Crónica:** Talleres Gráficos Editorial Sarmiento, dos días de paro por despido de ocho trabajadores.
- 17] **Electrometalúrgica Andina:** 300 trabajadores, 10 días de paro por incremento salarial.

- 18] **Indian Rubber:** producción en caucho, 20 días de paro, 1 300 trabajadores (San Justo).
- 19] **Burco Metalúrgica:** 10 días de paro por aumentos salariales, 350 trabajadores.
- 20] **Pedro Hermanos (frigorífico):** 750 obreros, 10 días de paro por aumentos salariales, Lomas de Zamora.
- 21] **Embotelladora Argentina:** 250 trabajadores, dos semanas de paro por 45 % de aumento.
- 22] **Eso Campana:** 10 días de paro por aumentos salariales.
- 23] **Green Refractorios:** dos semanas de medidas de fuerza.
- 24] **Textil Sniapa:** diez días de paro para lograr 40 % de aumento y cuarenta reincorporaciones.
- 25] **Stin Selen (soldadora y prensas hidráulicas):** 15 días de conflicto, 180 operarios.
- 26] **Camea:** 1 500 trabajadores, 40% de aumento (Villa Lugano).
- 27] **Frigorífico Santa Elena (Entre Ríos):** 15 días de conflicto por 350 despedidos.
- 28] **Transporte Colectivo (San Juan):** 1 500 trabajadores por incrementos salariales del 40 %.
- 29] **Automovil Club Argentino:** la resaca a desgaro durante 10 días, 4 500 trabajadores que lograron el 35 % de aumento.

Segunda quincena de octubre

- 30] **Textil Ducilo (Bernal):** una semana de trabajo a desgaro y tres días de paro por 20 % de aumento salarial logrado.
- 31] **Textil Sudamtex, Alpargatas:** quince días de quite de colaboración por 40 % de aumento.
- 32] **Yelmo Electrodinámicos:** San Justo, quince días de trabajo a desgaro y dos meses de conflicto por aumentos salariales.
- 33] **Canal 11 de TV:** 500 operarios, aumentos salariales y reintegro de despedidos.
- 34] **Municipalidad de Buenos Aires:** paro de 350 agentes por aumentos de sueldos.
- 35] **Dálmine Siderca Metalúrgica:** 4 300 trabajadores por 40 % de aumento. Campana.
- 36] **Metalúrgica Cometarsa:** 550 trabajadores, 10 días de conflictos.
- 37] **Cerámica San José (San Juan):** 200 trabajadores, 80 % de aumento.
- 38] **Cerámica San Juan (San Juan):** 150 trabajadores, 70 % de aumento.
- 39] **Transportes Micro Mar:** paro una semana por 40 % de aumento, 200 trabajadores.
- 40] **Autotransportes ATA:** Camioneros de Propulsora Siderúrgica.
- 41] **Auxiliar:** aguas gaseosas, 400 operarios, 40 % de aumento.
- 42] **Noel y Cia.:** Mendoza, 20 días de conflictos, 550 operarios.
- 43] **Metalúrgica José Ferrarini:** Gonzalez Catán, 800 operarios, 20 días de conflictos.
- 44] **Metalúrgica San Javier:** Haedo, 500 obreros, 15 días conflictos.
- 45] **Fate:** reclamos y paros parciales por aumentos salariales.
- 46] **Autotransporte Antártida:** 300 operarios, 15 días conflictos.

- 47] **Textil Amat:** Monte Grande, 1 250 operarios, 15 días conflictos.
- 48] **Metalúrgica Rómulo Ruffin:** 300 trabajadores, 15 días conflicto.
- 49] **Falcone, Podeto y Dotti:** Rosario, empresa del vidrio, 200 operarios, 20 días conflicto por 60 % de aumento.
- 50] **Ceramil S.A.:** San Juan, 100 operarios, 80 % de aumento.
- 51] **Textil Rubén Pinkas y Cia:** 150 trabajadores, 15 días conflicto.
- 52] **Subterráneos Línea "B" de Buenos Aires:** una semana de paros parciales por 40 % de aumento.

Primera quincena de noviembre

- 53] **Carrocerías Dequill:** 150 trabaja-

- adores, 30 % de aumento.
- 54] **Citroen:** paros parciales por cierre de secciones de producción.
- 55] **Singer:** 800 obreros, conflictos por cierre de empresa.
- 56] **Frigorífico SAISA:** San Juan, 200 operarios.
- 57] **Metalúrgica Micoro:** Rosario, 400 trabajadores, 40 % aumento.
- 58] **Banco Cooperativo de Berisso:** paros por 35 % de aumento.
- 59] **Beer S.A.:** fábrica de cueros, 200 operarios, 40 % de aumento.
- 60] **Metalúrgica Aldinor SAEL:** 15 días paros parciales, 35 % aumento.
- 61] **Frigorífico Marcedan:** Florencio Varela, 500 trabajadores.

Cámpora en México

La Junta Militar concedió finalmente el salvoconducto a Héctor J. Cámpora, México, como para tantos otros argentinos, se transformó así para el ex presidente en el alero seguro que la patria no brinda. Es un triunfo, sobre todo de la solidaridad latinoamericana, encarnada en la persistente actitud diplomática del gobierno mexicano.

El gobierno de Videla no se acredita con este acto ningún mérito: más bien se cubre de una cuota suplementaria de deshonra. Quedará en la historia política del continente como uno de los regímenes (sólo superado por la dictadura de Odría en Perú en los años cincuenta en ocasión del asilo de Haya de la Torre) que más prolongada y terca mantuvo como prisionero político a un refugiado, violando todas las normas jurídicas y éticas del derecho de asilo en un acto de cruel persecución personal con el que en realidad se quería castigar a todo un pueblo que vivió, en el interregno presidencial de Cámpora, la posibilidad de días jubilosos.

Su "generosidad" fue macabra. Ante un diagnóstico médico que, al parecer, confirmaba la presencia de un tumor irreversible, la Junta se asustó de las consecuencias políticas que le acarrearía la eventualidad de la muerte de Cámpora en una embajada latinoamericana y en territorio argentino. Esa es la verdad del "humanismo" de la Junta; la única razón —por otra parte públicamente confesada— para cumplir con una

norma que deba cumplirse por simple acatamiento a una tradición civilizada.

Cámpora llega a ser así, para todas las fuerzas populares de la Argentina y del continente, un símbolo de la resistencia contra la opresión. Más allá del peronismo o del no peronismo su figura se recorta ya como expresión de la totalidad de las luchas y las esperanzas democráticas del pueblo argentino.

No es ésta la oportunidad para hacer el balance de sus 45 días de gobierno. *Controversia* piensa sin embargo que en ese breve lapso se condensa un trozo importantísimo de historia, y será uno de los temas permanentes de la revista el incitar a la reflexión, desde todos los ángulos posibles para evitar el fácil maniqueísmo, sobre esa gestión presidencial y sobre el marco social y político que la envolvió. Desde ya creemos sin embargo que es posible decir con toda certeza que esos breves tiempos marcaron, desde el estado y desde la sociedad, la posibilidad democrática más intensa de toda la historia política argentina. Ese es un delito que la dominación no ha de perdonar fácilmente.

Tal reconocimiento es el terreno primario sobre el que los argentinos valorarán la fugaz experiencia que va desde el 25 de mayo hasta el 13 de julio de 1973. La unanimidad con que el variado signo ideológico del exilio recibió a Cámpora en México indica entre nosotros la fortaleza de ese reconocimiento a un demócrata.



SEPTIEMBRE 1973. EL EX PRESIDENTE ARGENTINO HÉCTOR J. CÁMPORA EN MÉXICO.